

PINO CAMPOS, Luis Miguel, *Galeno, Sinopsis de su propia obra sobre pulsos. Estudio introductorio, bibliografía, traducción, notas e índices*, Ediciones Clásicas, Madrid, 2005, en 4.º, 421 págs.

El profesor Pino Campos de la Universidad de La Laguna, cuyo interés por la recepción histórica de la doctrina galénica sobre el pulso es bien conocido, nos regala en esta obra, que ve la luz en la Colección de Autores Griegos dirigida por J. A. López Férez, una pequeña muestra de buen hacer filológico. Galeno compuso la *Sinopsis de su propia obra sobre pulsos* a comienzos del siglo III y no a finales del II, según la nueva cronología del *corpus Galenicum* de Vivian Nutton que Pino acepta, para ofrecer una síntesis de sus ideas sobre el pulso expuestas en monografías anteriores. Su objetivo no era tanto el de facilitar la comprensión de su doctrina, como el de prevenir la circulación de extractos y resúmenes de su producción sobre la materia que pudieran tergiversar su pensamiento y redundar en perjuicio de la praxis médica, ya que el pulso es un elemento fundamental para el diagnóstico y el pronóstico de las enfermedades (cf. pp.151-152). Las obras a las que la *Sinopsis* apunta son: *De causis pulsuum libri IV* (IX, 1-204 Kühn), *De pulsuum differentia libri IV* (VIII, 493-765 K.), *De dignoscendis pulsibus libri IV* (VIII, 766-961 K.), *De praesagitatione ex pulsibus libri IV* (IX, 205-430 K.), *De pulsuum usu liber* (V, 149-180 K.), *De pulsibus libellus ad tirones* (VIII, 453-492 K.), a los que se debe añadir una *Ἀρχιγένοῦς περὶ σφυγμῶν πραγματεία*, hoy perdida a la que alude en su *De libris propriis* (XIX, 33, 9-10 K.) y en su *Ars medica* (I, 410, 9-11 K.). A estos tratados monográficos deben añadirse las múltiples referencias sobre el pulso que aparecen a lo largo del *corpus Galenicum*, cuyo listado se encarga Pino de hacer (pp.19-31), en las cuales se reitera la necesidad, para todo buen médico, de saber interpretar correctamente los pulsos, una aptitud que se alcanza «mediante el estudio de los tratados escritos por conocidos autores anteriores (Herófilo, Erasístrato, Rufo de Éfeso, Rufo de Samaria, etc), por el ejercicio práctico en la percepción del pulso en distintas partes del cuerpo, y por el conocimiento del significado de los diferentes tipos de pulso» (p. 32).

Kühn, que sólo conocía la versión latina de Augusto Galaldino, pudo publicar la *Γαληνοῦ Σύνοψις περὶ σφυγμῶν ἰδίας πραγματείας* gracias a una copia del texto griego existente en un códice de la Biblioteca Universitaria de Copenhague que le envió O. D. Bloch. Como dicho códice estaba mutilado en su parte final, Kühn optó en su edición por completar lo que le faltaba con la versión renacentista. El texto griego y el latino de la *Sinopsis* ocupan respectivamente las páginas 431-533 y 534 a 549 del volumen IX del *corpus Galenicum* que vio la luz en 1824. Desde ese momento hasta la presente obra, sólo ha aparecido un estudio sobre la *Sinopsis*, la *dissertatio inauguralis* de J. C. G. Gossen, *De Galeni libro qui Σύνοψις inscribitur* de 1907, por lo que el manido tópico de colmar una laguna bibliográfica cabe aplicarlo con toda justicia al presente trabajo, porque en pocas ocasiones como en ésta se podrá suplir una desatención científica que duraba todo un siglo. El profesor Pino Campos, en lugar de reconstruir, antes de verterlo al castellano, el texto editado por Kühn, depurándolo de interpolaciones, adaptaciones y ampliaciones como proponía Gossen, ha optado con excelente criterio por hacer accesible al lector moderno el contenido de la obra mediante un pormenorizado estudio preliminar. Esto no le impide reconocer en un apartado especial del «Estudio introductorio» (5.7) la necesidad de una reedición crítica de este tratadito.

En las 196 páginas de que dicho estudio consta, el autor aborda la difusión del pulsar en la praxis médica anterior a Galeno, se ocupa del estudio lingüístico de los términos que lo denotan (*σφυγμός* 'latido normal de las arterias', *πήδησις*, *πήδημα*, *παλμός* 'latidos anormales') y hace una detalladísima historia de la esfigmología desde la Antigüedad hasta el presente con un exhaustivo aparato bibliográfico (pp. 78-144). Una vez preparado este bagaje, Pino Campos pasa al estudio de la *Sinopsis*, discutiendo en primer lugar sus aspectos formales, a saber, la edición, la tradición manuscrita, y la estructura de la obra. Gracias a esto se entera el lector de que la versión latina del humanista italiano no se corresponde con el texto griego del ms. Havniensis, lo que presupone la existencia de un *Vorlage* más amplio en dicha lengua sobre el que Augusto Galaldino hizo su versión. En cuanto a la paradosis y composición de la *Sinopsis*, Pino Campos reconoce con Gossen su transmisión en una doble familia de manuscritos (codd. HLR y PQR²ST) y su disposición cuatripartita. A esta estructura cuatripartita (proemio, caps. I-II; 1.ª parte, cap. III, diferencias de los pulsos y su nomenclatura; 2.ª parte, caps. IV-VIII, diagnóstico; 3.ª parte, caps. IX-XX, causas;

4.^a parte, caps. XXI-XXVII, pronóstico), el autor añade en la nota 380 una 5.^a parte (caps. XXVII-XXVIII, parejas de pulsos) y una 6.^a parte (caps. XXIX-XXXIV, nuevo resumen, fiebres, patologías y conclusión) que figuran en la versión latino de Calaldino. El apartado 5.5 del «Estudio introductorio» resume el contenido de la *Sinopsis*. Pulso es «un doble movimiento, dilatación (diástole) y contracción (sístole), sensible a nuestro tacto, de un cuerpo hueco y alargado denominado arteria» (p. 152). En dicho movimiento cabe distinguir la dimensión espacial (longitud, latitud y altura) y temporal (duración del latido), la intensidad (pulso tenso y átono) y la modalidad secuencial (pulso rítmico, arrítmico, regular o anómalo). Todo ello conduce a una complejidad tal de clasificaciones (27 atendiendo sólo a las tres medidas de la magnitud espacial), que Galeno se ve obligado a remitir a las monografías citadas que tratan cada caso por extenso: no en vano la doctrina de los pulsos «ha constituido desde la Antigüedad una de las disciplinas más difíciles de la Medicina» (p. 154).

En la traducción de la *Sinopsis*, que fluye en un lenguaje actual preciso y claro, el autor ha sido especialmente cuidadoso con la terminología médica antigua, lo cual es muy de agradecer, ya que por ser ésta la primera versión que se hace al castellano de un tratado sobre los pulsos puede marcar la pauta para futuras traducciones de las monografías galénicas que tratan del mismo tema. Para ello ha consultado obras ya clásicas como el *Lexicon medicum graecolatinum* de Castelli (1762), así como los modernos diccionarios terminológicos de las ciencias médicas y los repertorios de raíces griegas en el léxico científico castellano. Prueba de la probidad y meticulosidad filológica del autor es el doble índice, de términos griegos (pp. 392-406) y castellanos (pp. 407-421) que acompaña a su trabajo: el primero, con la indicación de la página de la edición de Kühn donde aparecen y (entre paréntesis) su correspondiente versión castellana; el segundo, con sus equivalencias griegas y la página también en que se encuentran. La utilidad de estos instrumentos para futuros traductores de Galeno salta a la vista.

El texto, tanto español como griego, está muy limpio de erratas, las transcripciones de los nombres griegos son correctas, salvo algunas excepciones (Critóbulo por Critobulo, Filareto por Filáreto) y las versiones de los términos griegos son siempre ajustadas. Sorprende, sin embargo, que se vierta por el inexistente 'cenizoso' en vez del correcto 'ceniciente' el adjetivo αἰθαλώδης. Choca también que se entremezclen el castellano y el latín en «fecha ante quam» (p. 13), en vez de emplearse el correcto *terminus ante quem*. Pero esto son minucias que en nada oscurecen el mérito del trabajo de Luis Miguel Pino Campos, a quien felicitamos cordialmente por su acertada labor que sin duda marcará la pauta a las futuras versiones de los médicos griegos a nuestra lengua.

Luis GIL

Universidad Complutense de Madrid

TORALLAS TOVAR, Sofía-WORP, Klaas, A. *To the Origins of Greek Stenography*. P. Monts. Roca 1, Barcelona, 2006, Publicacions de l'Abadía de Montserrat-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 271 págs. + XXIX planchas.

Pocas veces se tiene la fortuna de editar un texto nuevo y que, además, enlaza con otro publicado hace muchos años. Ésta es la suerte, y no chica, que les ha tocado a Sofía Torallas y a Klaas A. Worp (en adelante TW): bien puede decirse que han entrado con buen pie en los tesoros papirológicos de la abadía de Montserrat. Lo más importante es que, además, han sabido estar a la altura de las circunstancias, dando a conocer en un espléndido estudio el hallazgo: un Vocabulario griego que, como veremos, encierra una gran sorpresa.

El libro, publicado gracias a la colaboración y el mecenazgo de la Fundación Reale, se abre con una esmerada descripción codicológica del importantísimo códice Montserrat, Codex miscellaneus, Inv. n.º 126-178, 292, 338, algunas de cuyas obras habían sido ya dadas a conocer por su anterior propietario, el benemérito investigador y gran coleccionista R. Roca-Puig (*Himne a la Verge Maria*, Barcelona, 1965; *Ciceró. Catilinàries*, Barcelona, 1977; *Alcestis. Hexàmetres Llatins*, Barcelona, 1982; *Anàfora de Barcelona i altres pregàries*, Barcelona, 1994). Se compone de un único

cuaderno de al menos 28 biniones, plegados por la mitad y cosidos a la derecha del centro por dos puntadas dobles, de las que se conservan pedazos de cuerda. Los folios, de forma ligeramente trapezoidal, miden 12,3 cm. de alto y 11,4 cm. de ancho. Faltan al menos dos folios al comienzo del libro, y quizá otro al final. Las páginas se enfrentan acoplando fibras verticales contra fibras horizontales. El material que se ha utilizado en la encuadernación, por fuera, es pergamino de baja calidad, con la piel vista; por dentro, se han usado varios papiros que todavía tienen rastros de escritura. Las diferentes obras presentan una composición de página distinta, pero siempre a línea tirada: 22 líneas en la sección A (pp. 5-47), 16 en la B (pp. 149-153), 26-28 en la D (pp. 58-64) y 22-26 en la E (pp. 65-71). La sección C sólo tiene un dibujo. La escritura es cursiva, datable en la segunda mitad del siglo IV. El códice fue compuesto por una misma mano, que escribió tanto los textos griegos y latinos. Al final se encuentran tres vivas bilingües, dirigidos sin duda al futuro propietario (*filiciter Dorotheo. Vtere felix, Dorothee. ἐπ' ἀγαθῶ*).

El Vocabulario de Montserrat comprende un total de 2368 entradas, todas ellas de una sola palabra salvo tres excepciones (ο951 ἡσυχίαν ἔχει [= *Comm.* 387], 1593 ὑπ' ὄροφον [= *Comm.* 474.1] y 1873 οὐκ ἀγνοεῖ [= *Comm.* 474.1]), y se divide, a su vez, en seis listas. Las entradas, como es usual en estos vocabularios, están ordenadas sólo por su primera letra, sin que se haya procedido a hacer un ulterior intento de alfabetización. No se trata de un glosario (no se dan explicaciones de las palabras) ni de un vocabulario extraído de un autor determinado (así lo demuestra la alternancia libérrima de σσ/ττ). Tampoco se distinguen las diversas sílabas, como cuando se hacen ejercicios de silabeo, ni la elección de las formas —bastante uniforme— obedece a un método para aprender Morfología: lo único que está claro es que se trata de una obra escolar. En efecto, en ocasiones se resalta la diferencia que otorga al significado el preverbio: así ocurre sobre todo en la muy notable serie Voc. 1885-1894 παραδούς / προδούς, παραβάλλι / προβάλλι, παρίεται / προίεται, παρεστώς / προεστώς, παρακαλεῖται / προκαλεῖται (cf. *Comm.* 406ss., 487, 545ss.). En las listas finales se recogen largas tiradas de topónimos, quizá para enseñar Geografía a partir de los autores escolares.

Y aquí, en este decepcionante resultado, se hubiese tenido que detener por fuerza la investigación si TW no hubiesen hecho un sensacional descubrimiento: que la lista de palabras de Montserrat se corresponde con el texto de un *Comentario* estenográfico editado por H. J. M. Milne (*Greek Shorthand Manuals*, Londres, 1934), escrito probablemente en Alejandría (a juzgar por las dos primeras entradas: cf. *infra*). Este *Comentario* contiene 810 signos de abreviatura, distribuidos en ocho listas de 100 palabras cada una, más dos péntades léxicas (luego podrían faltar en el Vocabulario de Montserrat dos listas más, debido a la falta de uno o dos folios); a su vez, las palabras se reúnen en grupos de cuatro (o cinco) palabras. El escriba del Vocabulario de Montserrat fue recogiendo las palabras que aparecen en cada lista de signos del *Comentario*, ordenándolas alfabéticamente pero respetando el orden de aparición. Para mostrarlo gráficamente, las dos primeras líneas del *Comentario*, que se refieren de manera clara a Alejandría,

Ἄλεξανδρος μεγίστην πόλιν κτίζει
ἄστῳ σεμνὸν Μούσαις ἰδρύεται,

se reorganizan de la siguiente manera en el Vocabulario:

Ἄλεξανδρος / ἄστῳ / ἰδρύεται / κτίζει / μεγίστην / Μούσαις / πόλιν / σεμνὸν, y así sucesivamente. El Vocabulario es un medio de acceso al *Comentario*; y el hecho de que se haya hecho un vaciado de las palabras de cada lista por orden alfabético (y no un índice alfabético único para todas ellas) indica que cada lista tenía su propia finalidad pedagógica, si bien no es fácil ahora averiguar con exactitud cuál fuese el contenido de cada lección.

En resumen: el texto del Vocabulario y el del *Comentario*, por más que muestren divergencias entre sí, se complementan mutuamente, de suerte que gracias al Vocabulario se pueden salvar lagunas del *Comentario*; y, viceversa, los lemas del *Comentario* ayudan muchas veces a la comprensión del Vocabulario. Así, p.e., el lema μηδεῖα (Voc. 0621), que se podría interpretar como un nombre propio (Μῆδεῖα), no es otra cosa que el verbo μειδιᾷ (*Comm.* 583). Ante un incomprensible περισυλος (Voc. 1913) cabría pensar en corregir περισυλος; pero el *Comentario* (457 y

editores, p. 36, 40) ofrece la lectura verdadera *περύσινος*. 1782 *κατυφής* se lee en el Vocabulario, palabra que uno estaría tentado de enmendar sin más en *κατηφής*; sin embargo, se trata de *καθυφείς* (*Comm.* 446 y editores, p. 36, 39 y ap. crít.); 1723 *εβρος* corresponde a *Εύρος* (el viento; así *Comm.* 431), y no al río tracio Ebro, etc.

Como bien observan TW, no pocas tétrades dan un sentido, bien porque las palabras son sinónimos o pertenecen al mismo campo semántico, o bien porque componen frases completas o casi completas, a menudo escritas en forma proverbial o antitética. Además, las palabras en cada tétrade se ordenan normalmente —pero no siempre— por la vocal de la primera sílaba, de la siguiente manera:

1:	A	-	AI	AY
2:	E	Ω	-	ΩΥ
3:	H	O	OI	OY
4:	I	Υ	EI	YI

Las fuentes de estos trataditos escolares son la Paremiografía (cf. *Comm.* 29 *ἀτηρὸν ἐγγύη* y Greg. Cypr. *Cent.* II 18; en el comentario *ad loc.* de Leutsch-Scheinedewin se cita *βλαβηρὸν ἐγγύη*, tomándolo de los *Anécdota Graeca* publicados por Boissonade), la Comedia (cf. la lista de títulos de Menandro en *Comm.* 330ss.) y la Oratoria. Asimismo, a mi entender, algunas tétrades del *Comentario* conservan fragmentos de la tragedia. Así, 83 *ἀμαυρὸν πεζὸν βῆμα ἰχνος* 'huella evánida de un pie' (*ἰχνος* parece el glosema; la traducción de TW no coge bien el significado: «A step on foot (makes) a faint trace»), recuerda la escena con que comienzan las *Coéforos* de Esquilo (205ss.): Electra compara la huella de su pie con la que ha dejado Orestes. Ecos trágicos tiene también 73 *ἄγγελος ἔρχεται, σημαίνει* (quizá mejor *σημανεῖ*) *συμβάντα*, 74 *μακρὰν ὁδὸν ἔλθων ἴζει* (cf. Soph. *OC* 20), 126 *αἰφνιδίως νεύει ὄξυρεπῆς ζυγός* (*ὄξυρεπῆς* es pindárico: *Ol.* IX 91), 145 *λαμπρὸν εἴσοπτρον τηλαυγὲς στίλβει* (¿metáfora por el sol?).

Lo más sorprendente es la mención a Domiciano en *Comm.* 102 (*Αὐτοκράτωρ Δομετιανὸς Γερμανικὸς ὑπερέχει* = Voc. 0469 + 0456), ya que fue un emperador odiado por todos; el título de Germánico alude a su vergonzosa campaña contra los pueblos bárbaros, que Estacio glorificó no menos vergonzosamente en su *carmen de bello Germanico*. No puedo señalar la fuente remota de esta tétrade: aunque esté perdido el texto original de Casio Dión (LXVII 6ss.), este historiador no mostró simpatía alguna hacia el César, antes al revés; e idéntica inquina destilan las entradas que dedican a *Δομετιανὸς*, como perseguidor de los cristianos, la *Suda* y los historiadores bizantinos (cf. p.e. Georg. Sync. p. 418ss. Mosshammer).

Otra novedad interesante es que algunas palabras raras (*ἀλθεύς*, *γέρδιος*, 1728 *ἐλληγνύει* [confundido al mismo tiempo con *ἐλινύει*, como demuestra la glosa de Hesiquio *ἀργεῖ*], 0961 *θατάζει*, etc.) documentadas en las dos obras se repiten también en el léxico de Hesiquio, que es sin embargo un siglo posterior en el tiempo; a este elenco añádase *ἀντάρτης*, 'el usurpador', 'el que se rebela contra el rey' (*Comm.* 88).

Los fenómenos fonéticos y ortográficos del Vocabulario están recogidos en un tan exhaustivo como excelente estudio, que resulta muy útil para entender el texto y las dificultades que plantea (a los casos de confusión entre *γ/κ/χ* añádase Voc. 1151 *σιχχος* por *σικχός*).

En el capítulo V se nos introduce, con toda su complejidad, en el intrincado panorama que ofrece la tradición manuscrita del *Comentario*. TW traen a colación todos los testimonios papiro-lógicos, conocidos y desconocidos por Milne, haciendo unas concordancias exhaustivas de gran utilidad. Así, bien sentadas las bases, nos pueden proporcionar ya en el capítulo V una nueva y muy mejorada edición crítica de la obra, colmando por primera vez sus lagunas con el valiosísimo apoyo del Vocabulario y proponiendo atinadas correcciones propias. El capítulo VI comenta con todo pormenor las entradas del *Comentario*, estableciendo las pertinentes correspondencias con el Vocabulario y otros textos griegos. Un completo Índice léxico cierra el volumen.

Los textos del Vocabulario y del *Comentario* (en este último a pesar de los esfuerzos de no pocos filólogos y sobre todo de los dos editores últimos) ofrecen todavía espinosos problemas de interpretación, dada la extrema complicación de su contenido. Comento a continuación algunos pasajes que me ofrecen dudas.

Voc. 0749 σφήγξ. TW (p. 41 y ap. crít.) entienden σφήξ, que es lo que se lee también en *Comm.* 196 παπταίνει στέλλεται σφήξ δεινός; pero a una avispa mal le conviene ese adjetivo. Sospecho que la palabra original sería Σφίγξ, si bien el orden de vocales exige la grafía Σφήγξ.

Voc. 0831 αμματιζει (así también en *Comm.* 242 άμματίζει πάγων ήθεος ίουλος). El verbo no está atestiguado («binds» traducen TW, derivándolo de άμμα). Tal vez αίματίζει, 'ensangrienta' (Aesch. *Choeph.* 662).

Voc. 1275 βρενθυεται (así también en *Comm.* 349). Corrijase βρενθύεται.

Voc. 1333 εταζεται y *Comm.* 361 άποστερεΐται έτάζεται σφηνοΰται τυπανίζεται. A mi juicio, εταζεται está por έξετάζεται, 'es examinado', ο αίτιάζεται, 'es acusado'.

Voc. 1599 φρουκτον. TW, que en p. 27 incluyen el vocablo entre los latinismos (esto es, *fructum*), indican a continuación que se trata de un error por una palabra griega, pero no especifican de cuál se trata (como, en cambio, hacen en el caso de 2052 ατρον, al parecer equiparado a *atrum* en p. 27; pero αντρον se lee correctamente en p. 42, 206 y en el ap. crít.); sólo en p. 190 aclaran que aceptan la variante de *Comm.* 369 Παρράσιος έγκαίει προΰπτον πίνακα. No me parece totalmente deseable la corrección más sencilla al papiro de Montserrat: φρουκτόν 'antorcha', que ilustraría entonces las dos acepciones de έγκαίειν: 'prender', 'quemar' y 'pintar a la encaústica'.

Voc. 1654 ανισεται. TW (p. 36, 41) toman el verbo por άνοίσειται, siguiendo el texto de *Comm.* 486 άνοίσειται έπάνυμος όμώνυμος ύπομιμνήσκει. Ahora bien, es muy extraña esa alternancia del futuro (άνοίσειτα) y del presente (ύπομιμνήσκει). Creo mejor enmendar αίνισεται, 'habla por acertijos' (cf. Όδυσεύς/όδυσσάμενος, etc.); para la transgresión contra el orden de vocales cf. 4, 64, 55, 418, etc.

Voc. 2142 επαρξις. TW (p. 22) entienden ύπαρξις ο έπαρξις (p. 210). Me parece mejor έπαλξις 'parapeto', 'protección', con un cambio λ/ρ documentado con numerosos ejemplos en p. 40.

Voc. 2271 ομηνυξ. TW proponen (p. 210) όμηλιξ, probablemente con razón. No se debe descartar, con todo, otra posibilidad: μήνιγξ, con una ό- redundante.

Comm. 10 Άνήρ βέβαιος ήλιος πίστιν ('A stable man, like a sun, (radiates) faith'). A mi juicio, se busca aquí la antitesis de dos adjetivos: α βέβαιος, 'firme', se opone ήλεός, 'insensato' (construido desde Homero con un acusativo de relación).

Comm. 33 λημματίζει. Sería mejor ληματίζει, 'tiene coraje'. La forma nos indica que el glossador ha entendido el verbo en ταχέως ένέργει como un presente y no como un imperativo.

Comm. 64. La adición περενδαριος, un latinismo más de la obra, ha de ser corregida en ρεφερενδάριος (i.e., *referendarius*); tal vez se trate de una persona conocida por su oficio: recuérdese que un poema de la *Anthologia Latina* (380) está atribuido a *Petrus referendarius*.

Comm. 195 άγκίστρον δελεασθείς προσείεται ιχθύς, esto es, como traducen TW, «A fish caught by a hawk is held out and shaken». A mi entender, se ha cometido de nuevo una falta por itacismo: el verbo no es προσείω, sino una forma media de προσίημι: «el pez, engañado por el anzuelo, se acerca (προσιείται) a él».

Comm. 211 παιάνα επίδεικνυται, πρόσοδον διασαφεΐ ('He performs a paean, he displays a procession' TW). El contexto invita a corregir προσόδιον, 'oda' (cf. παιάν και προσόδιον en *SIG* 698 C 1 (citado por LSJ)).

Comm. 301 άνατέλλει σελήνη πλήρης δύνει ('the full moon rises, set'). En esta oposición (comparable a 314, 371, 389, 400, 419, etc.) es necesario buscar otro sujeto para δύνει; sugiero leer Πληιάς (abundantes ejemplos para su δύσις en LSJ s.v. Πλειάς; así ya Safo).

Comm. 505 Καπετώλιος Δοδωναΐος Όλύμπιος Ίταλός. Entre los epítetos de Zeus no se encuentra de ningún modo Ίταλός. Todo induce a pensar que bajo esa forma se oculta Ίδαΐος.

El *Comentario* presenta una serie de glosas latinas que ofrecen gran interés; las agrupo a continuación:

53 δελάτωρ *delator* = συκοφάντης.

124 φύλλεις *folles* = δηνάριον (*denarium*).

133 κορύπτωρ *corruptor* = κόρην βιάζεται.

- 146 στατιωνάριος *stationarius* = πορνοκόπος.
 199 ταβερνάριος *tabernarius* = κάπηλος.
 230 φоссάτον *fossatum* = τάφρον.
 231 πιγμεντάριος (*correxi* : πιμεντάριος *cod.*) = μυροπόλης.
 241 κανδηλα *candela* = λύχνος.
 225 κάστραν *castram* = παρεμβολή.
 266 πλουμάριος *plumarius* = γέρδιος.

En los glosarios latino-griegos¹ encuentro correspondencia exacta para cuatro de las diez palabras anteriormente citadas, lo que indica que se estaba formando ya un léxico bilingüe especializado: *Gloss. Philox.* TA 4 [p. 277] *tabernarius*, κάπηλος; *Gloss. [Cyr.]* p. 452 a 13 (c. 631 Steph.) τάφρος, *fossa*, *saepes*, *fossatum*; *Gloss. Philox.* PI 14 [p. 245] *pigmentarius*, μυροπόλης; CA 178 [p. 209] *castra*, παρεμβολαί. Más lejana es la semejanza con *Gloss. Philox.* FO 44 [p. 190] *fossa*, τάφρος; CA 111 [p. 208] *candela*, λαμπτήρ, κηρίον; PLU 53 [p. 247] *plumarius*, ψιλοβάφος. Por otra parte, en estas glosas aparecen imposibles pero muy curiosas etimologías que no encuentro en ninguna otra parte: p.e., se ponen en relación por el mero sonsonete 32 φείδου y φιδεικόμμισσον; 133 *corruptor* y κόρην ¿quizá pensando también en κορύπτω?, 50 φήμη y φαμίλια, 204 αύγή y αύγουστος. La forma *castram* parece un neutro pasado ya a femenino, si no es redundante la -m.

TW nos ofrecen una traducción completa del *Comentario*, un esfuerzo verdaderamente encomiable dada la extrema dificultad del texto, aunque a veces, en su lucha titánica por dar cuenta de todo, intentan dar sentido a palabras absolutamente inconexas. Son muy pocas las ocasiones en que su versión no me parece acertada:

Comm. 24 ἀρίστην ἐνεγκεῖν ψῆφον κρίνε 'Consider you vote the best to bring' TW; sería mejor traducir 'votar lo mejor, juzga', separando las dos oraciones. Lo mismo hay que hacer en otras ocasiones: 271 ἀρμόζει εἶοικε οἰόμενος εἰκάζει ('he joins, it seems, while thinking he conjectures' TW): «cuadra, parece [los dos verbos impersonales], pensando conjetura».

Comm. 239 ἀνδράποδον ἐπιγνοῦς ὄλβιον λυτροῦται 'After making his decision he sets the blessed slave free' TW; preferiría 'reconociendo que el esclavo es dichoso lo libera'.

Comm. 251 μάταιος μεταμέλεται ζημιωθείς ὑπερόπτης, «The vain disdainer regrets that he is punished» TW. Mejor: «El desdenador insensato se arrepiente cuando es castigado».

Comm. 252 παράνοταν ἐλλέβορος, «Hellebore has madness» TW. Hay aquí una asociación de ideas, pero no una frase: el eléboro tomado en pequeñas dosis —como en el siglo XX la estricnina— es un remedio contra la locura.

Comm. 364 Αἰθίοψ μέλας πόρρωθεν Ἰνδός. TW traducen: «From far away the black Ethiopian looks like an Indian». A mi juicio hay que invertir el sujeto («Desde lejos un indio parece un negro etíope»), que es la posibilidad que admiten también TW en p. 190.

Comm. 492 παραμυθεῖται ἐπικήδειον no es «He encourages an elegy», sino «el epicedio consuela».

Salvando algunos acentos, no hay casi erratas en un libro muy pulcramente presentado. Por ello creo conveniente salvar las más insidiosas: δυσιτελής en vez de λυσιτελής en el aparato crítico de 0894 (lo correcto en p. 44) y ψύγωμαι por ψύχωμαι 'me enfrió' (*Comm.* 252). Por cierto que en dicho aparato, escrito como es preceptivo en latín, se cuela en una ocasión de manera impertinente el inglés (p. 49: «1st σ corr. ex π») como para demostrar de una vez por todas su pasmosa ubicuidad. Las láminas que reproducen el texto del papiro son excelentes.

En resumen, se trata de un libro importante de veras, destinado a abrir nuevos horizontes en campos tan diversos como la Lexicografía, la enseñanza de la Estenografía y hasta el estudio del

¹ Para el *Philoxenus* utilizo la edición de los *Glossaria Latina iussu Academiae Britannicae edita*, II, París, 1926. El *Gloss. [Cyr.]* lo cito por la edición de C. Coetz (*Corpus Glossariorum Latinorum*, Leipzig, 1888, II, p. 213ss.), aunque también he consultado la edición de ambos léxicos en *Glossaria duo, è situ vetustatis eruta* publicados por H. Estienne, París, 1573.

bilingüismo, ese maridaje del griego y del latín que, como vemos, todavía se mantenía vivo en el siglo IV.

Juan GIL
Universidad de Sevilla

R. OLMOS, P. CABRERA, S. MONTERO (Coords.), *Paraíso cerrado, jardín abierto. El reino vegetal en el imaginario religioso del Mediterráneo*, Madrid, Ed. Polifemo, 2005, 350 págs. (+ XVI en la parte central)

Se suele decir que una imagen vale más que mil palabras y esa afirmación, convertida en tópico, es sólo parcialmente cierta. Vale más que mil palabras cuando conocemos su contexto, su situación, sus razones de ser, si no, puede llegar a ser absolutamente opaca. Por eso es muy de agradecer que personas que saben hacerlo, como los que participan en este libro, obren el milagro de que imágenes venidas de mundos muy lejanos en el espacio y en el tiempo se nos hagan explícitas, nos hablen, nos cuenten lo que quieren expresar, las razones de su aparición, su entorno o su significado.

Ricardo Olmos, Paloma Cabrera y Santiago Montero han coordinado este libro, en el que han participado, además de ellos, otros catorce estudiosos, que nos ofrecen una serie de trabajos sobre el reino vegetal en el imaginario del Mediterráneo, en un amplio recorrido por espacios, tiempos y culturas muy diferentes y al mismo tiempo profundamente hermanadas, desde la antigua Mesopotamia, el mundo bíblico y Egipto hasta la España barroca, el universo de Goethe o las creencias populares de la gente de la calle de nuestros días, pasando por el mundo etrusco o la Roma clásica.

Presenta el libro Ricardo Olmos quien engarza las diversas aportaciones que siguen en el hilo conductor de la *physis* entendida etimológicamente como acción de brotar. El capítulo de Bárbara Böck sobre las plantas y el hombre en la antigua Mesopotamia nos muestra la percepción del reino vegetal como un universo animado por parte del habitante del país entre ríos y la ejemplificación de esta percepción en tres plantas concretas, la saponaria, el tamarisco y la palmera, asociadas a poderes mágicos. Ignacio Márquez Rowe nos traslada al jardín de las delicias y a la sugestiva imagen del árbol bíblico del bien y del mal y la «penosa historia infantil» con que la imaginación del anónimo autor al que llamamos Jota se figuró las razones de la desdichada condición humana. El autor entreteteje ante nuestros ojos la compleja relación de sexo, madurez y consciencia que se hermanan en la concepción del poeta. Por su parte, José Manuel Galán, aborda el análisis del carácter simbólico de algunos árboles y plantas en el antiguo Egipto, en dos terrenos específicos, el de los mensajes de carácter político, oficial, protagonizados por el rey o sus cortesanos, y el de textos religiosos, más personales, creados por personajes particulares que expresan sus creencias sobre el Más Allá. Carolina López Ruiz se centra en un enigmático verso de la *Teogonía* (35) en que Hesíodo abandona una digresión para decir: «Pero ¿a qué me viene todo esto en torno al árbol o la piedra? y compara la expresión con otras parecidas de la literatura griega arcaica y del Próximo Oriente (desde el libro de Jeremías al ciclo Ugarítico de Baal). De este modo, la frase adquiere un mayor sentido. Hesíodo se refiere a todo lo narrado antes sobre la revelación de las Musas y su propia posición, para proceder al verdadero relato del origen del mundo y las genealogías de los dioses.

Nos introduce ya plenamente en el mundo griego Margarita Moreno Conde, quien analiza la función del azafrán, narciso y jacinto a través de los mitos de Jacinto, Croco y Narciso, tres leyendas semejantes, protagonizadas por jóvenes bellísimos que encuentran la muerte en el curso de actividades aristocráticas y en un marco ajeno a la ciudad. Al menos en dos casos, el joven es objeto del amor de un dios y la muerte del muchacho origina siempre el nacimiento de la flor. La autora pone de manifiesto la peculiar capacidad de las flores (como de los vegetales en general) de convertirse en signos de naturaleza polisémica. La flor teje en estos mitos y en los ritos que se asocian a ellos una estrecha relación con el mundo de la adolescencia en su transición a la sociedad adulta. Por su parte, Paloma Cabrera, ya en el enigmático y complejo mundo de la Magna Grecia, se refiere a Eros como encarnación del impulso para el nacimiento, creación, crecimiento, multiplicación

y diferenciación de los seres que conforman el cosmos y como un dios que gobierna la vida y la muerte, cuyo reino es también florido, húmedo y dinámico, como refleja de modo insigne la iconografía suritálica. Su análisis recorre las praderas y jardines como espacios primordiales, las flores y plantas en el reino de la muerte, con excelentes ejemplos, para poner de manifiesto cómo el poder de Eros elimina las fronteras y construye formas efímeras para dar lugar a otras nuevas; Eros, como nuestro agricultor, nos cultiva y recolecta en la muerte para trasplantarnos a una nueva vida. En el ámbito etrusco se mueve el trabajo de Santiago Montero sobre los árboles en los libros de adivinación. Se centra el autor en el estudio de los «árboles infelices» (caracterizados por carecer de fruto, por ser espinosos, tener ramas rojas y producir frutos negros y que eran considerados malditos, al tiempo que auxiliadores), los árboles fulminados y los de nacimiento insólito, objeto de atención en las prácticas adivinatorias porque los arúspices creían ver un estrecho paralelismo entre la vida de los árboles y la del Estado, de forma que estaban convencidos de que el destino de Roma y el de sus dirigentes podía ser conocido a través de la cuidadosa observación de los árboles. La aportación de José Delgado aborda la ritualización del reino vegetal en la Roma antigua. Sobre la base de que plantas y animales son omnipresentes en la praxis cultural oficial del Estado romano, especialmente en el sacrificio, el calendario cívico, las prácticas adivinatorias oficiales y el ámbito sacerdotal, se centra el autor en los *liba*, pastelillos sacrificiales cuya elaboración estaba sujeta a precisas normas rituales en todas las fases del proceso y que tenían especial protagonismo en un entorno expiatorio y de lustración. Por su parte, Diana Segarra nos hace una interesante propuesta sobre la manera en que la práctica del injerto llevó a los romanos a reflexionar sobre el orden del mundo, sobre la modificación del estado de cosas «natural» que el agricultor podía producir y sobre la necesidad de insertar esas modificaciones en el orden del mundo. Al acoger los injertos bajo la tutela de un dios, Vertumnus, que lleva en su nombre la noción de *vertere*, de tornar una cosa en otra, la modificación del orden del mundo queda en el ámbito sacral. Por contraste, en el ámbito judío se prohíbe cualquier injerto en tanto que violación del orden establecido por el Dios creador. Más adelante, sin embargo, los cristianos se dedican sin rebozo a la práctica del injerto en la idea de que todo lo que puede dar de sí la naturaleza se hallaba previsto por Dios desde la Creación.

Situándonos en el ámbito islámico, Indalecio Lozano se refiere al cáñamo como planta sagrada del sufismo heterodoxo y marginal. Las propiedades psicotrópicas de esta planta eran ya conocidas en ámbitos como el Mesopotámico o el persa desde la más remota antigüedad, pero encuentran entre los siglos XII y XIII de la era un uso novedoso, el de «generar lo divino» en la persona que la usa. El sufismo ortodoxo se basaba en la búsqueda de un estado de satisfacción interior y paz espiritual con Dios, que debía buscarse sin la ayuda de agentes externos, pero ciertas cofradías del sufismo heterodoxo, se mostraban más proclives a ayudar a sus adeptos a lograr este tipo de estados del espíritu, a través de vías más sencillas; una de las cuales fue la utilización de esta planta psicotrópica cuyo uso, según ellos, le permitía al sufí ascender desde el plano de las formas materiales al de la Realidad y culminar así su unión con Dios.

Mar Rey Bueno nos traslada a la magia vegetal de la España barroca. Analiza la asimilación en el s. XVII de la percepción sagrada del reino vegetal propia de la Antigüedad, cuyo vehículo de transmisión privilegiado fue Plinio el Viejo. Su Historia Natural, basada en innumerables fuentes antiguas, la mayoría perdidas para nosotros, fue durante siglos el compendio de la ciencia helenística y romana. Cuando fue traducida al español por Gómez de la Huerta se hizo accesible a un público más amplio y a través de ella se difundieron numerosos rituales mágicos descritos por Plinio. La autora nos da numerosos ejemplos de variadas adaptaciones de estas creencias, incluyendo su incorporación a santos diversos, expediente admitido por la Iglesia como mal menor, tras su fracaso en erradicar las creencias en vegetales sagrados. M.^a Cruz Cardete del Olmo trata de dar respuesta al hecho de que una región un tanto marginal y perdida de la Grecia Antigua como Arcadia se convirtiera en un punto fundamental en el imaginario cultural de nuestra época. La configuración de esa imagen idílica de paraíso más soñado que real poblado de pastores felices hunde sus raíces en Virgilio, pero cuaja completamente en el Renacimiento, de la mano de Sannazaro, alargando luego su sombra hasta Goethe, con su declaración *Auch ich in Arkadien* y la idealización romántica del paisaje. Por contra, en el XIX, el encuentro del paisaje idílico soñado con la prosaica realidad produce una decepción y una visión muy negativa de Arcadia, tal irreal como la otra. Juan Pimentel, por su parte,

analiza el contraste entre dos grandes figuras de la historia cultural de occidente: Linneo, denominado en su día «El nuevo Adán», con su deseo de clasificar y denominar las plantas de la naturaleza de un modo que permitiera someter a racionalidad y sistema el ingente mundo botánico, y Goethe, que en este terreno no pasaba de ser un ilustre aficionado, a quien le molestaba el sistematismo linneano porque, como buen romántico, consideraba que la Naturaleza no tenía sistema. Su propuesta, con resonancias místicas y herméticas, intentaba evidenciar el ritmo armónico de las formas naturales. Por último, Manuel Pardo de Santayana y Ramón Morales nos ofrecen la pervivencia de algunos ejemplos de la relación entre vegetales y vida simbólica. Pese a los avances de la sociedad que denominan los autores «intoxicada de información», los seres humanos sometidos a situaciones de inseguridad recurren a lo sobrenatural, y es en ese esquema en el que el mundo vegetal ha sido fuente de símbolos para curar misteriosamente nuestros males. Buenos ejemplos de esta pervivencia son las plantas protectoras (como el romero, las lentejas o el laurel), los ramos y enramadas (como los de olivo que se cuelgan de los balcones el Domingo de Ramos) y prácticas mágicas de curación con plantas como el enebro o el boj. De este modo, antiquísimas costumbres acaban por formar parte importante de nuestro acervo cultural.

En dieciséis páginas centrales numeradas en romanos se han seleccionado diez plantas fundamentales del mundo mediterráneo, de cada una de las cuales se nos ofrece algún pasaje poético de diversos ámbitos literarios, desde la Biblia hasta Antonio Machado, y un magnífico dibujo botánico de Marta Chirino.

El libro es absolutamente solvente desde el punto de vista científico, pero se ha evitado en él la erudición tediosa, lo que permite que pueda ser leído por un público muy amplio, no sólo sin dificultad, sino incluso con mucho agrado. Las notas están reducidas al mínimo, casi todas, para señalar fuentes literarias o iconográficas. Unas breves bibliografías al final de cada capítulo abren al lector interesado posibilidades para ampliar sus lecturas. Contribuyen a su exquisita presentación las cenefas e iconos de Sara Olmos que ilustran de modo diferente cada capítulo. Es, en suma, un libro para disfrutar.

Alberto BERNABÉ

Universidad Complutense de Madrid

Commedie di Aristofane (II). A cura di Giuseppe Mastromarco e Piero Totaro, Unione tipografico-Editrice Torinese, 2006, 713 pp.

El volumen comprende los siguientes apartados: introducción (pp.7-49), nota bibliográfica (51-60), abreviaturas (61-62), nota crítica (63-98), *Aves* (99-299), *Lisístrata* (301-433), *Tesmoforian-tes* (435-551), *Ranas* (553-703), índices de ilustraciones y del volumen (705-711). El libro contiene, además, ocho ilustraciones, seis de las cuales reproducen textos selectos ofrecidos por códices o papiros.

El profesor Mastromarco¹ se ha encargado de la introducción, la traducción de las cuatro comedias y sus argumentos, así como de las notas críticas y comentarios de *Lisístrata*; a su vez, el profesor Totaro² es el responsable de las notas críticas y comentarios de las otras tres comedias.

¹ Catedrático (Professore ordinario) de Literatura griega en la Universidad de Bari (Italia) es un gran estudioso dentro de su especialidad. Destacaré cuatro títulos muy relacionados con el ahora reseñado: *Storia di una commedia di Atene*, Florencia, 1974; *Aristofane. Le commedie* (I). Testo, traduzione e commento di *Acarnesi, Cavalieri, Nuvole, Vespe, Pace*, Turin, 1983; «La Commedia», en *Lo spazio letterario dei Greci*, Roma, 1992, pp. 335-377; e *Introduzione a Aristofane*, Bari, 2004⁵ (1994¹).

² El Profesor Piero Totaro, discípulo del anterior, enseña en la misma universidad, encargándose, entre otras materias, de la Historia del Teatro griego y latino. Es autor de numerosos estudios en su área científica. Señalo dos: *Le seconde parabasi di Aristofane*, Stuttgart-Weimar, 1999; y, junto con otros tres colegas, editor responsable de *Tessere. Frammenti della commedia greca*, Bari, 1998.

1. La introducción recibe un subtítulo: «Dalla pace di Nicia alla disfatta di Atene».

a. En la llamada «segunda fase» de la carrera teatral de Aristófanes —420-404 a.C.—, aparte de las cuatro obras conservadas presentadas en el volumen, el comediógrafo escribió otras de las que estamos mal informados. No obstante, por su interés literario, social y político, Mastromarco se ocupa de los datos más relevantes sobre esas piezas no conservadas. Diré lo esencial, en el mismo orden cronológico allí seguido. Entre las obras fragmentarias³ de esos años figuran los *Freidores* (en el más allá los difuntos, perfumados y engalanados, participan en simposios y reciben los sacrificios y libaciones que les dedican los vivos), los *Héroes* (los protagonistas exhortan a los hombres a honrarlos como divinidades), *Dédalo* (se menciona el gran huevo puesto por Leda tras haberse unido con Zeus), *Paz* (II) (del 420: uno de los personajes es Agricultura, fiel colaboradora de Paz), *Vejez* (también del 420; se aborda el tema del rejuvenecimiento del pueblo ateniense y de las tropelías varias cometidas por los rejuvenecidos. En sus fragmentos leemos que alguien echa de casa a su vieja esposa para casarse con una jovencita), *Estaciones* (se critica el culto a las divinidades extranjeras, especialmente a Sabazio), *Anagiro* (con el nombre del héroe epónimo de un demo ateniense; un padre le promete a su hijo comprarle un caballo «bucéfalo»), las *Ocupadoras de tiendas* (un personaje admite imitar el lenguaje «rotundo» de Eurípides, aunque sus pensamientos son menos vulgares que los del trágico; una vieja borracha muestra su excesivo amor por el vino, presentándose con una vasija llena de tal bebida), *Anfiarao* (de las Leneas del 414: un viejo acude al santuario de Oropo para pedir la ayuda de Anfiarao —uno de los famosos Siete que, junto a Polinices, atacaron Tebas— a fin de curarse de los males de la vejez, entre los que figuraba, quizá, una diarrea incoercible).

Aves (del 414; 1765 versos): dos viejos atenienses, Pistetero (Pisetero- *Peisétairos*-, siempre en la edición comentada) y Evélpides, cansados de la pasión ateniense por los procesos, buscan una localidad utópica donde vivir en paz; encuentran a Tereo-Abubilla y le proponen fundar la ciudad celeste de los pájaros (*Nephelokokkygia*, «ciudad de las nubes y cuclillos») donde éstos podrían ejercer su poder sobre los dioses y someterlos por medio del hambre. Vienen luego varias escenas de expulsión de impostores parásitos llegados a la nueva ciudad todavía en construcción: un poeta, un falso adivino, el astrónomo Metón, un inspector de Atenas, un vendedor de decretos. Dirigida por Prometeo llega una embajada en la que figuran Posidón, Heracles y Tribalo, representante de los dioses bárbaros. Zeus abdica de Basilea, su soberanía sobre la tierra. Todo acaba con la boda de Pistetero y Basilea. Mastromarco sugiere que la salida de los dos ancianos atenienses en busca de una ciudad purgada de todos los males que afligían a Atenas puede tener relación con la expedición ateniense a Sicilia (415 a. C.), destinada a conquistar un territorio muy lejano de la patria.

Poco después de la derrota siciliana (otoño del 413) y antes del 408, se representó *Poliudo* (el argumento desarrollaba aspectos míticos de ese adivino corintio que devolvió la vida a Glauco, hijo de Minos; contenía ciertos ataques contra los adivinos, acusados de haber fomentado, en los atenienses, la esperanza de conquistar Sicilia).

Lisístrata (del 411; 1321 versos) se lleva a la escena en un momento muy difícil para Atenas, pues se había producido la derrota de Sicilia y los espartanos habían ocupado la fortaleza de Decelea en la primavera de 413, con lo que tenían bajo su control el territorio próximo a Atenas. La ateniense Lisístrata convoca a sus conciudadanas y, además, a las beocias y espartanas para hacer una huelga sexual, y, de ese modo, conseguir que los varones hicieran la paz. Las huelguistas, refugiadas en la Acrópolis, quieren apoderarse del tesoro público allí depositado para impedir que se malgastara en guerras inútiles. La escena de Mirrina y su esposo Cinesias está muy conseguida, pues éste, a pesar de su gran urgencia sexual, no logra consumir la unión con su esposa, que hábilmente le va poniendo sucesivos inconvenientes e incrementando sus ardores eróticos. La llegada a Atenas del heraldo lacedemonio, con signos evidentes de terrible excitación sexual, trae la noticia de que la huelga sexual se ha extendido por Esparta; todo ello conduce rápidamente al establecimiento de la paz.

³ Para un conocimiento más amplio sobre el particular, acúdase a L. Gil Fernández, *Aristófanes*, Madrid, Ctedos, 1996, pp. 135-189: «Obras fragmentarias».

Tesmoforiantes (del mismo 411; 1231 versos) nos hablan del segundo día de las Tesmoforias (durante tres días del otoño las atenienses celebraban a Deméter y Perséfone). Las mujeres deciden vengarse de su difamador, Eurípides. El poeta logra que su pariente político, Mnesiloco, con venza al afeminado Agatón de vestirse de mujer y acudir a la reunión de las mujeres. Finalmente será Mnesiloco quien vaya a la asamblea, con sus partes íntimas bien afeitadas y vestidos femeninos; allí dirá que Eurípides no había sacado a la luz los peores vicios mujeriles; una vez descubierto recurre a varios expedientes relacionados con obras eurípideas (en especial, *Palamedes*, *Télefo*, *Helena* y *Andrómeda*; por ejemplo, rapta a la hija de la oradora principal, aunque, en verdad, se trata de un odre de vino). El tragediógrafo intentó liberar a su pariente mediante diversas estrategias, pero, por último, hace la paz con las mujeres y logra salvarlo, tras haber prometido que no las atacaría jamás en lo sucesivo.

Tesmoforiantes (II) (representada entre 410 y 405; de sus escasos fragmentos puede deducirse un contenido claramente femenino, con referencias a Eurípides, Agatón y Crates), las *Fenicias* (posteriores quizá al 409, parodiaban diversas escenas de la obra homónima eurípidea), *Trifálico* (algo anterior al 408; en ella sobresale un personaje singular dotado de un miembro descomunal), las *Lemnias* (del 409 o 408, abordaban el mito de las mujeres de Lemnos, las cuales, por su mal olor corporal (castigo de Afrodita por haber descuidado su culto) fueron repudiadas por sus esposos, que prefirieron unirse con las esclavas; en venganza, aquéllas mataron a todos los varones de la isla; después, los Argonautas llegaron al lugar), *Geritades* (también del 409 o 408, versaba sobre crítica literaria; tres poetas (cómico, Sanirión; trágico, Meleto; lírico, Cinesias) son presentados como frequentadores del Hades, a causa de su endeble salud).

Las *Ranas* (son del 405; 1533 versos) se pusieron en escena un año después de la victoria ateniense en las islas Arginusas. Dioniso, vestido de Heracles y acompañado de Jantias, llega a casa de Heracles; tras la muerte de Eurípides (406), el dios del teatro decide bajar a Hades en busca de un buen autor trágico, para lo que le pregunta al héroe panhelénico por el camino que otrora siguiera cuando allí bajó a fin de apoderarse del Can Cérbero. Llegados al Aqueronte, Dioniso toma la barca de Caronte, rodeado del croar de las ranas. Tiene lugar el agón literario entre Esquilo y Eurípides: el primero está en posesión del trono de la tragedia; el segundo reclama sus derechos a ocuparlo personalmente; los dos tragediógrafos discuten y ponen sobre una balanza sus respectivos versos. Vence Esquilo en la prueba final: cuál de los dos ofrece el mejor consejo para la ciudad. A continuación, Esquilo se marcha con Dioniso, tras dejar a Sófocles al cargo del trono de la tragedia.

b. La comedia ática antigua encuentra su expresión poética más significativa en la escrología carnavalesca. El *onomasti kōmodeîn*, es decir, atacar en una comedia a alguien diciendo claramente su nombre, procede del mundo ritual en que, acudiendo a la invectiva personal, se busca el mundo al revés. Los políticos más prestigiosos y conocidos (Pericles, Cleón, Alcibiades) fueron objeto de los ataques verbales de la comedia antigua, en la que, por norma, ningún político vivo recibe elogio alguno. Ahora bien, acabada la representación de la comedia en que se había atacado de modo virulento a un político determinado, éste gozaba de un respeto sin fisuras. En varias ocasiones los mismos espectadores que se habían reído a carcajadas de cierto personaje político, vilipendiado y escarnecido en el teatro, lo votaban para estratego unas semanas más tarde. Con todo, no puede deducirse que la comedia política no haya tenido una influencia en la opinión pública del ateniense medio. De otro lado, puede afirmarse, por los datos de que disponemos, que los comediógrafos gozaron de gran libertad de expresión durante toda la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), aunque algún decreto aislado, como el de Siracosiso en el 415-414, intentara, con poco éxito, poner límites a las libertades verbales de los autores.

c. En la primera parte de su carrera dramática Aristófanes subraya con frecuencia en las parábasis la originalidad y superioridad de su obra, llegando a presentarse como un Heracles que lucha contra monstruosos adversarios (*Avispas* 1029-1035, refiriéndose explícitamente a Cleón). Mastromarco ha comparado *Avispas* 1032-4 con la *Teogonía* hesiódica 834-30, mostrando que Aristófanes no acude a un juego literario, sino que se empeña en oponerse radicalmente al político demagógico más importante en la Atenas del momento.

d. En la segunda fase de su producción literaria, la que nos ocupa, el autor recupera temas tradicionales propios de la comedia antigua, mezclándolos sabiamente con asuntos políticos. En

las *Ranas*, por ejemplo, hallamos el contenido fantástico, de tipo tradicional, junto al mensaje realista, político; de un lado, el viaje al Hades, motivo carnavalesco propio del mundo al revés; de otro, la importancia del mensaje político de las tragedias para la ciudad en su conjunto.

Una muestra palpable de la distancia de esta fase literaria con la poética anterior es la importancia que cobran ahora las mujeres en varias piezas: en *Danaides*, *Lemnias*, *Lisístrata* y *Tesmoforiantes* eran las verdaderas protagonistas. En el plano literario, no debe olvidarse la importante presencia de la mujer en la tradición yámbico-cómica.

De otro lado, la vieja alcahueta la hallamos en tres obras de esta fase: *Vejez*, *Tesmoforiantes* y *Lemnias*: motivo ofrecido también por otros autores contemporáneos de Aristófanes, pasará, con éxito, por ejemplo, al teatro latino de Plauto. Además, cabe señalar la presencia de Heracles glotón, conspicua, ya antes, en Epicarmo, y, después, en la comedia media y el drama satírico.

La parábasis experimenta cambios importantes: no presenta ya las siete partes canónicas de la etapa anterior y en ella el autor no insiste en su decidida vocación poético-política.

Si nos detenemos en *Lisístrata* encontraremos palpables referencias a la realidad política, pero, junto a ellas, se nos muestran no pocos elementos carnavalescos. Desde luego cabe citar a varios políticos activos en aquellos años (sucesivamente, en la obra, son nombrados Teógenes, Licón, Demóstrato, Pisandro, Clístenes, Mirónides, Formión, Timón, Filóstrato (el perro-zorra) y Lisístrato); dos nombres literarios parlantes como Lisístrata y Mirrina les servirían a los espectadores para recordar a las reales Lisímaca y Mirrina, las cuales ocupaban cargos públicos relevantes en Atenas como sacerdotisas; Lámpito, la que en la comedia es guía de las espartanas, recibe el mismo nombre que tenía la madre del entonces rey de Esparta. Otras muestras de realidad política son patentes: la flota que acudió en ayuda de los demócratas de Samos, la mención del decreto que impedía importar angulas de Beocia, la alusión a la mutilación de los Hermes, etc. También recorre la obra un motivo que debió de comenzar en el invierno de 412-411: a saber, la salvación de toda Grecia estaba en manos de las mujeres. Pero esto no quiere decir que el comediógrafo se mostrara partidario de la emancipación femenina, ni que —como alguien ha postulado— el autor, con *Lisístrata*, llevara a la escena un trasunto del movimiento antifalco de la Atenas contemporánea, en virtud del cual las mujeres habrían sido las verdaderas responsables de la mutilación de los Hermes. Realmente, como Mastromarco ha subrayado de modo convincente, eran grandes las dificultades que tenían las mujeres atenienses para salir de sus casas incluso a pleno día.

Mediante un análisis histórico-filológico de tal comedia cabe destacar el proyecto utópico, propio del mundo al revés, en que se empeña la protagonista: poner fin a la guerra de Atenas contra Esparta mediante una huelga sexual activa, caracterizada no sólo por la abstinencia del acto sexual, sino por la provocación erótica ejercida sobre los varones; de otro lado, para lograr sus objetivos, había que apoderarse de los fondos públicos depositados en la Acrópolis, a fin de que no fueran derrochados en guerras estúpidas. Dentro de la inversión de funciones, Lisístrata le expone al probulo (delegado del Consejo) la situación de las mujeres: estar en casa y en silencio, pues, de lo contrario, sus maridos les mandaban callarse y ocuparse de tejer la lana; ahora bien, después, de modo sorprendente, la protagonista le ordena al probulo que se ponga el velo, permanezca callado, tome una canastilla y se ocupe de cardar la lana mientras comisca unas habas. También en la Acrópolis se han cambiado los papeles, pues las mujeres ocupan la posición dominante, de tal modo que serán ellas las que administren el tesoro público, como venían haciendo con los bienes familiares.

Declarada la huelga ya señalada sus efectos no tardaron en manifestarse. La escena clave de la obra es aquella en que Mirrina seduce a su marido, a quien, con sus palabras, ademanes e indicaciones, le incrementa, si sabe, el enorme deseo sexual, sin permitirle en ningún momento la satisfacción de sus deseos. A partir de ese punto comienza, en realidad, la solución del nudo dramático y la consiguiente victoria de las mujeres.

La obra nos ofrece otras muestras de inversión social: Lisístrata afirma ser «centinela diurna», cargo propio de varones; el esclavo que acompaña a Cinesias se encarga del hijito de su dueño, cuando la norma era que de esa función se ocuparan las mujeres; Mirrina usa la exclamación «¡No, por Apolo!», propia de varones, cuando se niega en redondo a realizar el acto sexual en el puro suelo, acción propia de prostitutas, como sabemos por otros textos; de otra parte, indi-

ca, refiriéndose a su esposo, que «no va a extenderlo en el suelo», movimiento que los hombres solían hacer con las furcias.

Otro aspecto digno de atención es la alta consciencia de las mujeres respecto a su importante función económica y social dentro del hogar: el cuidado de los hijos, la administración del patrimonio y la conservación y cuidado del fuego doméstico. Todo eso las avala y les da fuerzas para administrar mejor que los varones los dineros públicos.

El helenista informado concluye entonces, no que Aristófanes escriba como portavoz de la importancia de la mujer y de su función social relevante, sino que el comediógrafo saca todo el partido posible al motivo carnavalesco del mundo al revés, presentando un mundo utópico en que resultan invertidas las reglas entonces vigentes en la ciudad. Para muchos, resulta un dislate la interpretación feminista de esa comedia, pues, en realidad, las mujeres no aspiran a independizarse, sino que, al asumir funciones entonces masculinas, reafirman la estabilidad del modelo social vigente en la polis. Entre las frases finales de la protagonista, ya casi al final de la obra, figura la recomendación a los dos bandos para que, una vez reconciliados, cada uno se marche a su casa junto a su respectiva mujer. Contra los postulados feministas puede esgrimirse que son los varones, y no las mujeres, los que se dan los juramentos mutuos y, en definitiva, establecen la paz.

2. La nota bibliográfica recoge, en general, las ediciones, traducciones, escolios, historia del texto y métrica; además se detiene en cada una de las cuatro comedias ahora comentadas, señalando las ediciones, comentarios, traducciones y estudios particulares.

Viene luego una lista de abreviaturas y las ediciones básicas que se han tenido en cuenta. *Aves*: N. Dunbar, Oxford, 1995; *Lisistrata*, J. Henderson, Oxford, 1987; *Tesmoforiantes*, C. Austin-S.D. Olson, Oxford, 2004; *Ranas*, K.J. Dover, Oxford, 1993.

En la nota crítica se indican expresamente todos los lugares en que los editores se apartan o discrepan de la edición básica.

3. Con respecto a las notas creo que ha sido una buena idea señalarlas tanto en el texto griego como en la traducción italiana, pues el lector tiene así una doble confirmación sobre el término o concepto comentado.

Aves tiene 349 notas. Destaco, con indicación de su número, las que más me han llamado la atención: 1 (presentación de los personajes y de la escena); 5 (leyenda de Procne, Filomela y Tereo; a éste se refieren, asimismo, 19 y 43); 65 (sobre los veinticuatro coreutas); 92 (acerca de los jueces de los agones dramáticos); 150 (en torno a Caos); 327 (en punto a la vitalidad cómica del personaje de Heracles). Especial atención, por estar dedicadas a diversos pájaros, merecen las siguientes: 49, 51, 52, 56, 67 (muy importante), 68 y 192.

Lisistrata, 245 notas. Señalo las siguientes: 3 (la relación del nombre de la protagonista con la histórica sacerdotisa Lisimaca); 20 (Lámpito. La importancia del dorio en la obra, pues tal dialecto literario ocupa setenta versos recitados y cuarenta líricos); 23 (el término *pedion*); 48 (el vino de Tasos); 86 (los ritos en honor de Adonis); 130 (la antoda, vv. 638-647, es la fuente escrita más antigua que acredita los cultos iniciáticos en el Ática); 141 (las Amazonas); 161 (Melanión); 236 (referente a Mnemósine y al recuerdo de las gestas comunes de atenienses y espartanos).

Tesmoforiantes, 179 notas. Subrayo algunas: 10-11-12 (las Tesmoforias); 17 (el himno cultural de vv. 101-129); 23 (los atuendos femeninos de Agatón); 26 (la acción femenina de «montar a caballo» sobre un varón, y la referencia a Fedra); 80 (*tekōmetha*); 103, 107, 111 (parodia del *Télefo* eurípideo); 113 (Palamedes); 125 (la nueva *Helena*, quizá la eurípidea representada en el 412); 148 y 157 (la *Andrómeda* de Eurípides); 153 (la ninfa Eco, presente también en la homónima tragedia de Eurípides).

Ranas, 243 notas. Apunto algunas relevantes: 2 (Dioniso *Stámnios*, es decir, el hijo de la Tinaja u Orza); 24 (Can Cérbero); 35 («¡Salud, oh Caronte!»); 44 (el Coro de las *Ranas*); 49 (Empusa); 109 (las monedas de antiguo cuño y las entonces en circulación); 138 (las divinidades de Eurípides); 166 (los *Persas* de Esquilo); 189 (Edipo); 208 (*lesbiázein*); 221 (pesaje de los versos).

En resumen, una obra de madurez, elaborada con cuidado y precisión filológica en un departamento que lleva muchos años consagrado a la investigación y docencia de la literatura griega, y, de modo relevante, la comedia. En mi opinión, la traducción italiana se mantiene fiel al original griego, con las libertades necesarias en un autor tan especial. He podido advertir el esfuerzo del traductor por conservar el ritmo, estructura y estilo del original.

Cabe afirmar que esta edición bilingüe marcará un hito bien visible para los helenistas y filólogos clásicos, sirviendo de gran ayuda y estímulo a cualquier estudioso de la Antigüedad y, asimismo, al público culto, en general.

Juan Antonio LÓPEZ FÉREZ
UNED, Madrid

Antonio GARZYA, Rita MASULLO, *I Problemi di Cassio Iatrosophista*. Testo critico, introduzione, apparato critico, traduzione e note. Serie Quaderni dell' Accademia Pontaniana, Accademia Pontaniana, Nápoles 2004. 116 págs.

Se trata de una nueva edición crítica, muy necesaria, en el complejo panorama del género de los Problemas, habida cuenta de que la edición al uso de Casio Iatrosophista es la de Ideler¹, de 1841, que sigue un método un tanto ecléctico en la reconstrucción del texto.

En la Introducción se nos ofrece una puesta al día muy valiosa y precisa de Los Problemas² en general, que aparecen con los Sofistas, al decir de Aristóteles, y parten de cuestiones planteadas en cursos, alcanzando luego forma literaria. Los Problemas auténticos del propio Aristóteles (Los Problemas «canónicos», a los que se añaden los Problemas llamados «Inéditos»), marcan el punto de partida del género escrito³. La adscripción a uno u otro autor es, cuando menos, confusa. El segundo bloque de Problemas lo componen los Ἱατρικὰ ἀπορήματα καὶ φυσικὰ προβλήματα atribuidos a Alejandro de Afrodisia (akmé ca. 200 d.C.)⁴.

Próximos a éstos, y a las *Definitiones medicae* del Pseudo-Galeno, se encuentran los Problemas de Casio. Dieciséis de ellos derivan de los del Pseudo-Aristóteles.

En una línea algo similar se sitúan los llamados Problemas Hipocráticos, anónimos, fechables en los siglos IX-X. De otra índole los del Emperador León VI el Sabio, de táctica militar⁵, y más lejanos aún los de Teofilacto Simocata⁶.

En cuanto a la datación de este tratado, la única referencia clara es la cita de Sorano en el texto, que sitúa al autor en un *post quem* siglo II d.C., y, según los editores, bastante próxima a dicho siglo⁷. Dentro de la corriente Metódica, a la que se refiere explícitamente, se encuentran tanto algunas nociones concretas, como determinadas palabras (así, μετασύγκρισις).

Para la edición del texto, firmada por Antonio Garzya, se han reunido 14 mss. con el texto completo o parcial, además de otra docena de códices con algunos de los Problemas. Diels⁸ reunía 11 en total.

De los manuscritos básicos, dos datan de mediados del siglo XIII (el Marciano gr. 521, **Mb**), o de su segunda mitad (el Bodleiano Ox. Bar. 131, **Ba**), y los restantes se encuadran en los siglos XIV-XVI.

¹ *Physici et medici Graeci minores*, Cassius Iatrosophista en vol. I, Berlin, 1841, reimpr. Amsterdam 1963, pp. 144-167.

² Sobre el género puede verse A. Garzya, «Appunti sulle eratopocriseis», recogido en A. Garzya, *Percorsi e tramiti di cultura*, Nápoles 1997, pp. 143-152.

³ La edición básica, en U. C. Bussemaker, *Aristotelis Opera omnia, Graece et Latine cum indice nominum et rerum absolutissimo*, IV, París 1857. Traducción de los *Problemata physica* por H. Flashar, Berlin 1962.

⁴ Edición en Ideler, J.L., *Physici et medici Graeci minores*, vol. I, *Alexander Aphrodisiensis Problemata (lib. 1-2)*, Berlin 1841, reimpr. Amsterdam 1963, pp. 3-80.

⁵ Edición de A. Dain, *Leonis VI Sapientis Problemata*, París 1935.

⁶ J.F. Boissonade, ed., *Quaestiones physicas* &c. París 1835, reimpr. Hildesheim 1976; L. Massa Positano, ed., Teofilatto Simocata, *Questioni naturali*, Nápoles² 1965.

⁷ Cf. C. Iatrosophistes, en H. Canziky y H. Schneider, eds., *Der Neue Pauly*, Vol. II, Stuttgart 1997, col. 1017, para una fecha entre los siglos IV y VII.

⁸ H. Diels, *Die Handschriften der Antiken Aertze*, vol. II, *Die übrigen griechischen Aertze ausser Hippokrates und Galenos*, Abh. d. Königl. Preuss. Akademie d. Wiss., Berlin 1905, p. 22. Suppl. Berlin 1907, p. 46.

En su mayoría, los códices son de contenido filosófico-científico, acorde con la tradición aristotélica de la obra.

Distingue dos familias procedentes de un mismo arquetipo, con muchos errores de mayúsculas, y algunos de minúsculas: poco posterior al siglo IX. La contaminación es profunda: la edición se funda en buena medida en el iudicium del filólogo. El aparato crítico es conciso, eliminando lecciones de escasa importancia, y recogiendo con precisión lo fundamental⁹. Los *loci similes* señalados son muy numerosos, hecho que deja entrever el rigor de este trabajo.

Antonio Garzya ha venido publicando estos años estudios muy valiosos para esta edición. En lo tocante a los manuscritos, pueden verse «La tradition manuscrite des *Problemata* de Cassius le iatrosophiste»¹⁰ y «Ancora sulla tradizione manoscritta dei *Problemi* di Cassio Iatrosofista»¹¹, y en lo que se refiere a las ediciones renacentistas, «La traduzione a stampa dei *Problemata* di Cassio iatrosofista»¹² y «Friedrich Sylburg éditeur des *Problemata* de Cassius Iatrosophiste»¹³. Por otra parte, avalan al Profesor Garzya numerosas ediciones de autores de diversos géneros y épocas, junto a una copiosísima bibliografía, tan acertada como rigurosa, que abarca de un extremo a otro de su historia, los saberes griegos.

Su especial interés en formar una escuela de filólogos competentes en campos varios, ha dado y seguirá dando muestras de la impronta de su maestro. Buena parte de ellos ha realizado ediciones críticas, en medicina y fuera de ella. Un reciente trabajo de conjunto, reseñado en este mismo número por Penélope Stavriou, es *Medici bizantini* (Turín 2006), en el que colaboran, junto a Antonio Garzya, Roberto de Lucia, Alessia Guardasole, Anna Maria Ieraci Bio, Mario Lamagna y Roberto Romano,

La traducción de Rita Masullo busca sencillez y claridad, como el propio autor del tratado. Es literal sin caer en exceso, y correcta sin exponerse a ser tachada de literaria. La autora ha encontrado la expresión adecuada para este tipo de tratado de pregunta-respuesta. Las notas a la traducción, además de ser tales, componen, a mi modo de ver, un Comentario a la edición, que toca los más variados temas. La bibliografía es muy amplia y adecuada, incluyendo todos los trabajos fundamentales, y los más recientes.

Cabe, en suma, felicitar a los dos filólogos italianos que, con su buen hacer, riguroso siempre, tan escueto como certero, han actualizado la obra de un autor que enriquece los estudios de medicina antigua, colocándolo en su género y en su cultura —nuestra cultura.

Elsa GARCÍA NOVO
Universidad Complutense de Madrid

A. PIÑERO (ed.), *En la frontera de lo imposible. Magos, médicos y taumaturgos en el Mediterráneo antiguo en tiempos del Nuevo Testamento*, Ediciones El Almendro, Córdoba y Universidad Complutense, Madrid 2001, 348 pp.

Este libro tiene su origen en un curso de verano de la Universidad Complutense dirigido por el Profesor A. Piñero, en el que reunió a un grupo de los mejores especialistas para reflexionar sobre

⁹ Es muy interesante la acogida de *hápax*, como *μυιοειδής*, en 19, 2, en la serie *κωνοποειδῆ καὶ μυιοειδῆ καὶ μυρμηκοειδῆ*.

¹⁰ *Storia e ecdotica dei testi medici greci*, A. Garzya (ed.), Nápoles, M. D'Auria Editore, 1996, pp. 181-190.

¹¹ *Text and tradition, Studies in Ancient Medicine and its Transmission*, presented to Jutta Kollesch, K.D. Fischer, D. Nickel y P. Potter (eds.), Leiden, Brill, 1998, pp. 85-89.

¹² En A. Garzya-J. Jouanna (ed.), *I testi medici greci. Tradizione e ecdotica*, Atti del III Conv. Intern. (Napoli, 15-18 ottobre 1997), A. Garzya-J. Jouanna (ed.) Nápoles, M. D'Auria Editore, 1999, pp. 219-226.

¹³ Cf. *Lire les médecins grecs à la Renaissance*, Véronique Boudon-Millot y Guy Cobolet, eds., con colabor. de H. Ferreira-Lopes y A. Guardasole. *Bibliothèque interuniversitaire de médecine*, De Boccard Ed. - Diff., París 2004, pp. 155-161.

las concomitancias y diferencias entre magia, taumaturgia y medicina en el ámbito mediterráneo en tiempos neotestamentarios.

El primer trabajo es de nuestro siempre recordado J. L. Cunchillos, que con la maestría que le era habitual diserta sobre «EL mundo cananeo: medicina, milagro y prácticas mágicas» y nos demuestra cómo en este mundo se ejercía la medicina, la veterinaria y las prácticas mágicas. No tenemos, sin embargo, constancia de la creencia de este pueblo en los milagros. A Piñero realiza una contribución sobre «La magia en el Antiguo Testamento», en la que nos hace ver el rechazo veterotestamentario a las prácticas mágicas, a la vez que señala ciertas prácticas sustentadas en la magia que se defienden en los textos veterotestamentarios. R. Noth escribe sobre «Medicina y terapias en el Antiguo Testamento» y, tras hacer un breve estado de la cuestión sobre el concepto de enfermedad, pasa a disertar sobre la experiencia bíblica del dolor, de las disfunciones corporales, de los remedios y de la imagen del médico. Aunque este autor es buen conocedor de las Escrituras, cuando escribe de medicina puede confundir. Basten un par de ejemplos: «Hipócrates es más bien el nombre de una escuela que el de una persona concreta, y Alejandría, ciudad en la que floreció principalmente esta escuela ...» (p. 83), «Tanto él <Hipócrates> como Galeno y otros fundadores reales de la medicina al estilo griego procedían de la isla de Cnidos ...» (p. 111). Son excelentes las aportaciones de L. Gil sobre «Medicina, religión y magia en el mundo griego» y sobre «Las curaciones milagrosas del Nuevo Testamento a la luz de la medicina popular». En la primera traza las distinciones ente magia y religión, medicina y religión, y medicina y magia, y también distingue en el período estudiado entre una medicina religiosa, una medicina técnica y una medicina popular, en la que «la empiria, la magia y las creencias se combinan según las maneras de concebirse la enfermedad» y en ello pone su acento. En la segunda L. Gil, como buen conocedor de la medicina griega y también de las Escrituras, estudia en primer lugar con *akribía* filológica cómo la designación de la enfermedad revela su forma de concebir la dolencia y su etiología y cómo los tipos de curaciones son consecuencia de ello. Pasa después a la consideración de las enfermedades y de las curaciones del NT desde la óptica de la medicina popular griega y nos muestra las concomitancias existentes entre el NT y la medicina popular del mundo grecorromano en lo relativo a la concepción de la enfermedad, a los procedimientos terapéuticos, como el contacto o la palabra imperativa, e incluso respecto a las curaciones sorprendentes. C. Padilla escribe sobre «Hombres divinos y taumaturgos en la Antigüedad. Apolonio de Tiana», donde primero realiza un estado de la cuestión sobre el concepto de *theios aner* para centrarse después en Apolonio de Tiana como figura histórica, como taumaturgo y como hombre divino. J. Peláez aborda la cuestión de «Los milagros de Jesús en los evangelios sinópticos: posibilidad e historicidad», en el que se plantea la posibilidad de que existan milagros, lo que dependerá de la concepción que tengamos del milagro, y se pregunta por la historicidad de los relatados en los evangelios sinópticos. Deducer, tras cuidado análisis de cada relato milagroso, que los que mayor tinte de verosimilitud histórica tienen son los exorcismos y las curaciones. Para Peláez los relatos de milagros «elevan a categoría de símbolo y paradigma la actuación del Jesús de la historia» (p. 194). Señala que no aparece nunca el término *thauma* en los sinópticos y el término más frecuente para referirse al poder curativo de Jesús es *dynamis*. La pregunta que se hace H. C. Kee es «¿Hay magia en el Nuevo Testamento?» y para encontrar respuesta analiza las prácticas mágicas del judaísmo y del mundo grecorromano y los relatos milagrosos del Nuevo Testamento para concluir que «las semejanzas superficiales muestran también cómo ha sido posible para los detractores del cristianismo, antiguos y modernos, asignar a la magia las acciones divinas que se describen en las Escrituras». A Navarro escribe sobre «Magia, medicina y milagro en el judaísmo postbíblico». Nos habla de la influencia de la medicina mágica persa y babilonia así como de la influencia griega en el pensamiento médico judío, de la imagen del médico y cómo «el conocimiento médico de los talmudistas se basaba en la tradición, la disección de cuerpos humanos, observación de las enfermedades y experimentos con animales». Nos hubiera gustado que la autora aportara algún texto sobre estos procedimientos, especialmente sobre la disección de cuerpos humanos. Los textos que aporta sobre la magia hubiera sido también interesante analizarlos a la luz de la medicina popular. También se plantea cómo distinguir milagros y actos de magia, y nos pone en sobre-aviso del recelo que sintieron los rabinos de los primeros siglos ante los milagros. F. Bovon se ocupa de

«Milagro, magia y curación en los Hechos apócrifos de los apóstoles». Centra magistralmente el tema al distinguir entre milagros y relatos de milagros, entre la función social de la curación y la función literaria de los relatos, y señala cómo esta función depende del género literario escogido por el autor del relato. También con maestría establece el lugar que ocupan los relatos de milagros en los Hechos y nos propone como hipótesis de trabajo un sistema en el que entren en interacción el milagro, la palabra del apóstol, el sacramento y el martirio, pues «el milagro desempeña una función semántica ... la palabra apostólica una función hermenéutica...el sacramento una función iniciática y misteriosa; el martirio, finalmente, una función probativa, es decir, glorificante». Estudia también la variedad de milagros de los apóstoles y la imagen que de ellos nos ofrecen los textos. Estudia a continuación los otros tres vectores, palabra, sacramento y martirio, por los que cobra sentido el hecho milagroso, cuya función sería un llamar la atención sobre los otros polos del sistema. También se plantea «cómo conciliar la teología de la potencia inherente a los relatos de milagro y la teología de la debilidad que subyace a los martirios». Es el suyo un trabajo muy bien estructurado, original en su planteamiento y en el que subyace una profunda reflexión teológica. La última contribución que figura como apéndice es de C. Bueno y lleva por título «Medicina, magia y milagros (conceptos y estructuras mentales). Planteamiento filosófico». El autor nos propone una categorización de estos conceptos en su contexto cultural. Finalmente el editor a modo de epílogo hace unas «Reflexiones finales sobre dos temas cruciales presentados en este libro: magia y milagro», en el que resume las aportaciones principales sobre estos dos temas y añade algunas reflexiones personales.

Quizá hubiera aportado cierta luz sobre el género literario de los relatos de milagros y su función comparar los de los evangelios sinópticos con los del cuarto evangelio, que no se tratan en este libro. Creemos también que completaría la obra el haber abordado los de los Hechos de Lucas, de quien la tradición dice que era médico, o los que se narran en las cartas y en los Apocalipsis. De cualquier modo, consideramos que este libro es una obra de imprescindible consulta y que plantea temas que invitan a ulteriores investigaciones, lo que no es pequeño mérito.

Mercedes LÓPEZ SALVÁ
Universidad Complutense de Madrid

Juan Antonio LÓPEZ FÉREZ (ed.): *La lengua científica griega: orígenes, desarrollo e influencia en las lenguas modernas europeas*, Madrid 2004, Ediciones Clásicas.

El presente volumen es el resultado de un Programa financiado por la Comunidad Europea para el estudio de la lengua científica griega y su influencia en las lenguas actuales europeas, en el que participaron catorce universidades con la coordinación del prof. Juan Antonio López Férez. La reunión del Programa intensivo tuvo lugar en el verano del año 2000, en Madrid (U.N.E.D.), con profesores y alumnos procedentes de distintas universidades europeas. La publicación que ahora presentamos recoge, enriquecidos, los trabajos que en dicha reunión se expusieron, y ha sido nuevamente posible gracias al buen quehacer del prof. López Férez. Constituye el tercer volumen de la serie dedicada al mismo tema (los volúmenes I y II se publicaron en Madrid, 2000), dentro de la ya conocida colección de *Estudios de Filología Griega (EFG)*, que dirige el mismo profesor. Con el que presentamos, la colección ya alcanza el meritorio número de diez volúmenes publicados, lo que de por sí es ya todo un logro, habida cuenta de las dificultades de financiación que suelen padecer las publicaciones de Filología Clásica.

Como figura en el título del volumen, el denominador común de todos los trabajos es el estudio del vocabulario griego y su pervivencia en la lengua y el pensamiento europeos. Son ocho los trabajos reunidos. Se comienza con la épica griega, con el estudio de P. Wathelet (pp. 1-18) sobre los términos *aéido* y *aoidós* —y sus derivados— en Homero, especialmente en la *Odisea*.

La Filosofía toma el testigo de la épica en los dos trabajos siguientes. I. Rodríguez Moreno (pp. 19-52) analiza los términos que designan a los seres intermedios entre el mundo divino y humano, centrándose en *ággelos*, *daímon* y *héros*, desde los fragmentos presocráticos conservados hasta los

filósofos de época imperial romana. A continuación, el anfitrión de la reunión, J.A. López Férrez nos ofrece un exhaustivo trabajo —casi una monografía (pp. 53-153)— sobre el léxico de la educación en Aristóteles, que es continuación de otras investigaciones del autor sobre el mismo tema en Heródoto, Tucídides, Eurípides, Aristófanes, el *Corpus Hippocraticum*, Platón y Galeno. Se estudian pormenorizadamente ahora las familias léxicas de *didásko*, *país* y *mantháno* en el complejo *corpus* aristotélico, pero con proyección también hacia otros autores (por ejemplo, el muy útil cuadro comparativo —pp. 149-150— con la presencia en Platón y Aristóteles de los 68 términos concernidos).

El campo de la medicina no podía faltar en un volumen de estas características. F. Skoda (pp. 155-172) lo relaciona con otros dos dominios científicos que acreditan amplia presencia del vocabulario griego, la botánica y la zoología, ocupándose de los lexemas, sufijos y metáforas más recurrentes, y de la incardinación en ellos del registro culto y popular. Con el trabajo de Skoda también puede relacionarse el de L.M. Pino Campos (pp. 209-238) sobre el carácter y pervivencia en latín, inglés, francés italiano, alemán y español del «léxico esfígmico», es decir, del relacionado en mayor o menor medida con el «pulso», *sphygmós*.

El teatro y, más concretamente, la comedia tiene también su lugar reservado en el volumen. J. Sanchis Llopis (pp. 173-193) hila su exposición sobre el valor de *téchne* y sus derivados y compuestos en la comedia griega, desde la Antigua a la Media, y lo relaciona con los cambios ideológicos y sociales que acaecen en Grecia a partir de la segunda mitad del s. V a.C. En el trabajo siguiente, M. Lamagna (pp. 195-208) se ocupa de la discutida valoración que los dos más importantes rétores aticistas de época antonina, Frínico y Pólux, hacen del léxico del comediógrafo Menandro, y de cómo esta valoración influyó —más si cabe que la aceptación de su teatro por el público— en su azarosa transmisión.

El último trabajo se reserva, quizá, a la parcela más humanística. P. Burton (pp. 239-257) analiza los diferentes modos en que se tradujeron del griego al latín la terminología de las llamadas «siete artes liberales»: gramática, retórica y dialéctica (es decir, el *trivium* medieval), más la música, aritmética, geometría y filosofía (el *quadrivium*).

Un volumen como éste se hace perfectamente manejable con los útiles índices incorporados por el propio López Férrez: el de pasajes citados, pero, sobre todo, el de términos más relevantes, separados por su respectiva lenguas (alemán, español, francés, griego clásico y micénico, inglés, italiano y latín). Un broche de oro para un volumen que, a buen seguro, será consultado con gran provecho por los estudiosos de esa inagotable veta que constituye el vocabulario griego.

Felipe C. HERNÁNDEZ MUÑOZ
Universidad Complutense de Madrid

Jesús M.^a NIETO IBÁÑEZ (coord.), *Estudios sobre la mujer en la cultura griega y latina*, XVIII Jornadas de Filología Clásica de Castilla y León, Universidad de León, 2005, 347 págs.

Nos encontramos ante un libro que recoge las intervenciones de varios profesores de distintas Universidades españolas en las XVIII Jornadas de Filología Clásica de Castilla y León, celebradas en noviembre de 2004 y editadas por el profesor Jesús M.^a Nieto Ibáñez.

Entre las múltiples sesiones científicas que han organizado las Universidades de la región castellano-leonesa, dedicadas a diversos temas clásicos, en estas de 2004 correspondía tratar el tema de las mujeres, que en los últimos tiempos tanta literatura de género viene suscitando; pero el libro traspasa el umbral de la Antigüedad y llega hasta la época medieval.

Y si en otros campos científicos como la sociología o la historia es más factible sacar conclusiones sobre la realidad social femenina, en los estudios de Filología griega y latina uno de nuestros problemas radica en las fuentes que hemos de utilizar, —obras literarias cargadas de ficción y escritas por hombres—, para después extrapolar los datos a la condición real de las mujeres en la Antigüedad clásica, una dificultad que este volumen ha resuelto de forma satisfactoria. Y hay que destacar como virtud del libro la inclusión de numerosos textos en buena parte de los trabajos para apoyar las aseveraciones.

Entiendo que el primer dilema que se le plantea a un editor ante un volumen algo heterogéneo con las mujeres como hilo conductor es, o bien agrupar los trabajos por el orden cronológico de los contenidos dentro del mundo griego y dentro del romano, o por temática, es decir, mujeres desde la perspectiva literaria o histórica, o bien se opta por el menos complicado, como aquí ha ocurrido, por el orden alfabético de los profesores que intervienen.

Se inicia el volumen con el estupendo trabajo de Carmen Barrigón Fuentes que investiga sobre la «Mujer y Cultura en el mundo griego antiguo». Su amplio y acertado recorrido cronológico y geográfico nos lleva a conocer la desigualdad educativa que tuvieron las mujeres de época arcaica en Atenas, Esparta y Lesbos y la progresiva adquisición de conocimientos literarios por parte del mundo femenino fuera del Ática. Un nuevo camino se abría en la época helenística cuando se produce una eclosión de documentación epigráfica que testimonia el maridaje femenino con la educación en el cultivo de la literatura, la poesía o la música.

Le sigue el ambicioso estudio sobre «La mujer ateniense vista desde la oratoria», llevado a cabo por Francisco Cortés Gabaudan. Su elogiabile pretensión de abarcar todos los aspectos que afectan a las mujeres le hace adentrarse en el no fácil mundo del Derecho de familia y le obliga a condensar en pocas páginas tanta materia, en detrimento de tan siquiera un esbozo de la problemática que reina en determinados aspectos, pero a cambio nos encontramos con un magnífico resumen que agradece todo lector poco versado en el tema, aunque, si se me permite, pienso que a veces hemos de ser cuidadosos con las pequeñas afirmaciones, como por ejemplo al decir que el matrimonio se decidía entre dos *kyrioi* (p. 46), cuando sabemos que la figura del *kyrios* sólo tutela a la mujer y, por ende, a la novia, pero no al novio. Por tanto, son el futuro esposo, (tenga la edad que tenga) y el padre (hermano o incluso marido) de la futura esposa en calidad de *kyrios*, quienes acuerdan la concertación matrimonial. Hay que destacar la extensísima bibliografía con la que se acompaña la investigación que será de gran utilidad para quien desee profundizar en el tema.

Y si en «La mujer en el deporte griego: mitos y ritos femeninos» el profesor Jesús M.^a Nieto hace buena elección al introducirse por los vericuetos del mito para ofrecernos una galería de figuras femeninas dedicadas a actividades deportivas, no menos buena es su conclusión, puesto que, en verdad, éstas no representan más que modelos imaginarios. La realidad nos recuerda que el atletismo femenino «aunque admitido y practicado», —pero, considero, pasada ya la época clásica a excepción de algunos datos procedentes de Esparta—, nunca se nivelará a las competiciones masculinas.

El epigrama griego, un género que se caracteriza por la crítica mordaz de personajes reales o tipos, entre los que se cuentan las mujeres, ha sido objeto de un examen profundo y minucioso en «La mujer como figura satírica en el epigrama griego» que ha realizado con rigor la profesora Begoña Ortega Villaro. A través del análisis de los textos se ratifica la evolución de la mentalidad masculina sobre las mujeres, como también se observa en otras expresiones literarias. Aquella misoginia recalcitrante de la época arcaica da paso a una crítica más suave en los epigramas desde el s. III a. C. al I a. C. cuyo estudio nos revela que ahora, como nos dice la autora en sus precisas y acertadas conclusiones, se dedican, sobre todo, a criticar y a ridiculizar la fealdad y la vejez de las mujeres como sus defectos más llamativos.

La novela es otro de los géneros literarios al que se acude en este volumen para extraer conclusiones sobre las mujeres. Y aunque figuras femeninas ocupan el escenario de la obra de Heliodoro, que son con acierto analizadas por Enrique Pérez Benito en «Consideraciones en torno a la mujer en la novela griega antigua. Las *Etiópicas* de Heliodoro de Emesa», resulta difícil tomarlas como referentes de las mujeres de su época. El problema, bien expuesto por Pérez Benito, no reside sólo, como se piensa, en «la fuerte influencia que ejercen los modelos de la tradición literaria», sino también en la «pretensión de los autores de situar la acción en un marco histórico casi atemporal», (p. 103). A lo que podría añadirse quizás la dificultad de separar realismo de ficción, lo que sólo sería posible de forma inversa, cotejando documentos no literarios que confirmen los aspectos de la realidad coetánea que la novela alberga. Tal vez este género busque, de acuerdo con el autor, presentar modelos de comportamientos en una sociedad que se replantea los valores éticos.

La afirmación de que las mujeres están excluidas del *logos* se pone en entredicho en el interesante trabajo «Mujer y Filosofía en Grecia» de Inmaculada Rodríguez Moreno, que hace un

bonito recorrido por las mujeres de carne y hueso que alcanzaron un lugar destacado en los círculos filosóficos. Nombres femeninos como Cleobulina, Aristoclea, Areta, hija de Aristipo de Cirene, Hiparquia la cínica, Temistia e Hipatia son testimonios de que las mujeres tuvieron capacidad para abrazar la filosofía y entregarse a ella con excelente dedicación.

Llegamos de la mano de Aurelia Ruiz Sola a un precioso y sugerente trabajo sobre «Las heroínas griegas: trasvase cultural», cuyo estudio derrocha gran sensibilidad literaria. En él se tocan multitud de aspectos, acompañados de importantes reflexiones y consideraciones, sobre el paso del mito a la literatura de estas figuras femeninas. A veces en este recorrido pierden aquellas funciones que desempeñaban en el mito para quedar reducidas a personajes literarios. Esas heroínas traslucen los mismos tópicos, inherentes e inevitables en las mujeres, como la debilidad, la astucia, la habilidad para el engaño. Aurelia Ruiz Sola ha sabido a continuación trasladar de un modo exquisito lo investigado sobre las heroínas míticas a la literatura actual, ejemplificando en la obra de Lorca donde afloran personajes como Yerma o Bernarda, que tienen vividas conexiones con el mito griego y cuyos caracteres en nada desmerecen de las figuras de la leyenda en la antigua Grecia.

Una combinación de filología y aspectos jurídicos teniendo como fuente un texto literario ha sabido aglutinar de forma magnífica la profesora Rosa Araceli Santiago Álvarez en «Acogida y protección de mujeres extranjeras: el testimonio de *Suplicantes* de Esquilo». Este trabajo, muy extenso y bien documentado, que se detiene en cada momento en el análisis de los términos, remontándose a las etimologías e incluso aportando datos de las tablillas micénicas, demuestra el gran bagaje lingüístico de la autora que ha aprovechado perfectamente una fuente literaria para darnos a conocer la situación legal sobre la concesión de derechos a los extranjeros. De esta manera se comprenderá el problema que encontraron las Danaides que pidieron asilo a Argos huyendo de Egipto para evitar matrimonios indeseables.

Cinco trabajos de este volumen se dedican a examinar la situación real de las mujeres romanas. En un estudio riguroso, que aporta la crítica de las hipótesis precedentes titulado «En torno a la problemática sobre la condición jurídica de Cynthia, musa de Propercio», Arcadio del Castillo investiga sobre el estatus de Cynthia para encontrar la clave que explique la posible separación que se cernía sobre Propercio y Cynthia, de no haberse derogado cierta ley. Del Castillo la identifica con la ley de 28 a. C., promulgada por Augusto, que contenía disposiciones sobre una reforma matrimonial. Tal prescripción no hubiera impedido al poeta casarse con su amada, aunque su matrimonio sería *iniustum*, puesto que, concluye, Cynthia habría sido posiblemente una rica extranjera o liberta.

Desde planteamientos más feministas en «Espacios de poder de las mujeres en Roma», Rosario Cortés Tovar llega a la conclusión, y con razón, de que el poder que lograron tener las mujeres romanas fue, en verdad, una prolongación del ámbito familiar y privado, al que no intentaron cambiar, con lo que ellas mismas, por tanto, fueron cómplices del sistema patriarcal.

Tania García Labrador ofrece sugestivas razones en su trabajo «La situación ambigua de la mujer y el poder oculto de su sangre en la Antigüedad greco-latina», para explicar la discriminación que sufrieron las mujeres greco-romanas. Además de los conocidos tópicos de debilidad física etc, el flujo sanguíneo tuvo mucho que ver con la misoginia hacia la mujer, por el miedo al poder oculto y desconocido que implicaba la sangre y que provocaba el rechazo de los hombres.

A lo largo de un buen número de páginas el profesor Manuel A. Marcos Casquero aborda el tema de «La prostitución en la Roma Antigua» que alcanzó un gran auge en el siglo III a. C., cuando fue creciendo de manera desmesurada la gran Urbe. Razones económicas por los impuestos que recaudaba el Estado y razones atribuidas a la mentalidad «machista» de considerar recomendable acudir a los prostíbulos para preservar la integridad de sus mujeres, además del influjo atribuido a Grecia, son los motivos que propiciaron su apogeo, como se expone en este ameno y riguroso trabajo. En su agradable lectura el lector se encontrará con un curioso rosario de términos que definían a las prostitutas romanas.

Con Cristina de la Rosa Cubo se pasa revista al aspecto cultural de las mujeres romanas en «*Matrona aut docta puella: ¿Dos universos irreconciliables?*». Este interrogante es bien resuelto por la autora al concluir que, junto a las matronas que continuaron exhibiendo el modelo tradicional que las vinculaba estrechamente a la familia, existieron *doctae puellae*, que fueron ridiculi-

zadas, y en algunas fuentes encontramos nombres de mujeres involucradas en la creación literaria como lectoras, escritoras e incluso críticas expertas.

Se cierra el libro con tres trabajos sobre época medieval que utilizan como fuente textos escritos en latín. Magdalena Arias Alonso se ha encargado de investigar sobre el interesantísimo tema de la donación matrimonial en los s. XII y XIII en el Reino Asturleonés en «*Kartulae arrarum*: significado socioeconómico del matrimonio femenino en latín medieval». Le sigue un estudio muy actual sobre el personaje del demonio y las fuerzas del mal que ha llevado a cabo Carlos Pérez González en «*Daemon per os barbarae Puellae latine locutus est*: Las posesiones demoníacas de mujeres en la hagiografía latina carolingia». No menos interesante es el análisis de las mujeres que son aludidas en la crónica sobre el reinado de Alfonso VII, realizado por Maurilio Pérez González en «Presencia de la mujer en la *Chronica Adefonsi Imperatoris*».

Estamos, pues, ante un libro muy completo y que debe tenerse en cuenta a la hora de realizar una investigación de género sobre la Antigüedad Clásica por el abanico de temas que estudia con las mujeres como nexos, incidiendo en una variada gama de aspectos tanto literarios como históricos.

Inés CALERO SECALL
Universidad de Málaga

AA.VV., *La historia de la Literatura Greco-Latina en el siglo XIX español: espacio social y literario* (compilación de F. García Jurado), Universidad de Málaga, (Analecta Malacitana, Anejos 51), 2005, 415 págs.

Esta obra colectiva tiene un hilo conductor y según palabras de C. García Gual en el prólogo: «lo que aquí se presenta es una serie de ensayos puntuales que inciden en los temas y aspectos más interesantes del desarrollo de los estudios literarios y de la recepción puntual de los textos clásicos griegos y latinos en el siglo XIX». Es bien conocido el notorio retraso de los estudios sobre la Antigüedad Clásica en nuestro país, en contraste con los avances de la Filología europea durante los siglos XVIII y XIX y esta obra viene a llenar ese vacío, siendo a la vez continuadora del trabajo de L. Gil, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, (Madrid 1981) que termina donde comienza éste, pues lo primero que llama la atención a la hora de emprender una historiografía de la literatura clásica grecolatina es la ausencia de una obra de síntesis y de ponderada valoración. F. García Jurado resalta en la Introducción la influencia, en la difusión de los clásicos y en la enseñanza académica de éstos, de una serie de factores sociales y políticos como los nacionalismos y la ideología conservadora católica. Las diecinueve aportaciones de que consta la obra se distribuyen en cinco grandes unidades temáticas: La historia de la literatura clásica y su enseñanza en el siglo XIX, Traducciones y colecciones de literatura clásica, Entre Retórica y Filología, El espacio literario. Literatura antigua y moderna y, finalmente, El espacio social. Nacionalismos, Iberoamérica e Iglesia Católica.

Javier Espino Martín en el capítulo titulado «La enseñanza de la literatura clásica. Retórica, poética y comparatismo» (pp. 27-46) expone el origen de la enseñanza literaria en España, en la segunda mitad del s. XVIII y la primera del s. XIX. El estudio de la literatura, como una disciplina, nace unido a la enseñanza de la Poética y de la Retórica, pues en ambas materias se comparan los autores literarios españoles del Siglo de Oro con los autores latinos del Siglo de Oro de la literatura latina (época de Augusto); pero estas disciplinas sufren una transformación por influjos políticos y sociales diversos, fundamentalmente por los ideales divulgadores de la Ilustración y el Enciclopedismo. Dos obras, la *Poética* de Ignacio de Luzán y la *Retórica* de Gregorio Mayans y Siscar, permiten observar los cambios que se producen respecto a otras poéticas y retóricas anteriores. De esta evolución saldrá beneficiada la literatura clásica, que poco a poco, se irá deslindando de las otras materias y, sobre todo, de su carácter barroquizante y eclesiástico y su carga preceptiva, y ya en el s. XIX se producirá «la sustitución de la poética por la literatura en el sentido moderno del término» (p. 43), auspiciada también por el desarrollo del historicismo.

Francisco García Jurado expone en su trabajo «La literatura como historia. Entre el pensamiento ilustrado y la reacción romántica» (pp. 47-65) el desarrollo del concepto de historia lite-

raria y la necesidad de establecer los períodos y cánones de las literaturas nacionales para emprender el estudio historiográfico, porque la «historicidad» no se puede entender como mera sucesión cronológica y las nuevas ideas románticas mantienen una tensión de continuidad y ruptura con lo anterior. El autor destaca la importancia y las aportaciones a estos objetivos de la obra de Juan Andrés *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, de la traducción española de la *Historia de la literatura antigua y moderna* de Federico Schlegel, del *Manual de literatura* compilado por Antonio Gil de Zárate y finalmente de la *Historia de la literatura latina* de Fr. A. Wolf, cuyo programa constituye la primera historia moderna de una literatura clásica y su división en «historia interna» (historia de la lengua y de las instituciones) e «historia externa» (la de las obras y autores), sienta las bases de la nueva concepción de la literatura como manifestación del espíritu de un pueblo. En resumen, la idea de la historia literaria supone un planteamiento, fruto de varias y complejas tensiones: retórica-historia literaria, Edad de Oro-decadencia, Ilustración-romanticismo, literatura universal-literatura nacional, literatura culta-literatura popular.

Pilar Hualde Pascual y **F. García Jurado** en el capítulo «El nacimiento de una asignatura. Legislación, manuales y programas de curso» (pp. 67-83) analizan los cambios del panorama académico debido a la creación de la Universidad Central en 1836 por traslado de la antigua Universidad de Alcalá de Henares a Madrid. Se crean nuevas cátedras científicas y humanísticas, hecho que conlleva el nacimiento de la historia de la literatura latina y griega clásicas como disciplina. Los autores presentan un cuadro de los diferentes tipos de obras empleados en la enseñanza del griego y del latín, tanto de la lengua como de la literatura (gramáticas, colecciones de textos, manuales de literatura), haciendo referencia a los manuales oficiales, que gozaron del favor de estar en la lista del gobierno, y a los no oficiales, que por motivos no siempre científicos, no habían sido incluidos en la lista que realizaba el Real Consejo de Instrucción pública, organismo del gobierno.

F. García Jurado en «Los primeros manuales de literatura latina» (pp. 85-108) establece los parámetros a tener en cuenta para revisar y ver las aportaciones de estos primeros manuales: a) estudio de la dedicatoria y del prólogo, b) estructura y concepción historiográfica, c) juicios críticos y comentarios sobre los autores latinos, d) cita de autores modernos, es decir, la bibliografía moderna que directa o indirectamente se maneja en cada manual. La diversidad de citas que engloba este último apartado es agrupada según este esquema: Humanistas, Clasicismo francés, Ilustrados, Preceptistas, Historiadores modernos, Filólogos del siglo XIX y Aportación hispana (siglos XVII-XIX). García Jurado revisa cuatro manuales de la primera etapa que va desde 1845 hasta 1868, período caracterizado porque los libros de texto fueron aprobados según el sistema de lista. Además incorpora el manual de Salvador Costanzo (1862), que no estaba incluido en dicha lista y cuyo autor tampoco era profesor de universidad como los otros cuatro autores. Esta revisión muestra que los manuales, sin ser grandes obras de la historia de la filología, reflejan el complejo mundo de la historiografía literaria de la época, tanto en su tradición erudita (desde el Renacimiento, pasando por las polémicas dieciochescas) como en las aportaciones de las modernas escuelas filológicas francesa, alemana e italiana.

Pilar Hualde Pascual analiza en su trabajo «Panorama de los manuales de literatura griega (1849-1868)» (pp. 109-134) cuatro obras de literatura griega, dos de ellas están en la lista oficial y las otras dos, no. Después de hacer una semblanza de los autores: Braulio Foz, Raimundo González Andrés, Salvador Costanzo y Jacinto Díaz, examina las características de sus manuales siguiendo los cuatro puntos expuestos en el capítulo anterior de G. Jurado. Destaca un tópico que se repite en los prólogos de los manuales españoles de Literatura griega: las protestas de originalidad, centradas en la intrusión de muchos autores que al no ser capaces de leer a los autores griegos en su lengua original, copian las traducciones de otros; tal vez producto de un complejo de inferioridad respecto al resto de autores europeos. Igualmente, en los prólogos, resalta la independencia de criterio de los autores que afirman que aunque hayan tenido a la vista manuales extranjeros, el método y los juicios expuestos son del autor del manual. Dentro de los temas tratados, en los manuales tradicionalmente suscitan polémica por sus connotaciones morales, los dedicados a Safo y Anacreonte, pues han llegado a convertirse en auténticos símbolos de la homosexualidad femenina, de la libertad sexual y del goce de los placeres de la vida, por lo que se examina el tratamiento que reciben estos poetas griegos.

David Castro de Castro estudia «Las colecciones de textos clásicos en España: La Biblioteca Clásica de Luis Navarro» (pp. 137-160) señalando la importancia de estos textos, realizados principalmente para ámbitos académicos, pero que conseguirán también una amplia difusión de las obras clásicas entre el gran público no academicista. Las circunstancias de la creación, evolución e influencia sobre la sociedad de la más importante colección de textos grecolatinos (junto con textos de otras literaturas), la *Biblioteca Clásica*, son analizadas detenidamente, resaltándose que es la primera colección en la que los clásicos grecolatinos poseen un peso fundamental. Se cierra el capítulo con una exhaustiva lista de la cincuentena de autores clásicos que aparecen en esta biblioteca, con los siguientes datos: título de obra, nombre del traductor, fecha de edición y posteriores reediciones, si las hubiere.

Oscar Martínez García en «La épica griega: Traducciones de Homero» (pp. 161-180) nos ofrece una visión de los problemas de traducción de la *Iliada* y la *Odisea* en el s. XIX, ejemplificados por los textos de cuatro autores para cada obra: García Malo, Gómez Hermosilla, Campillo y Chavier para la *Iliada* y Esparza, Antonio Gironella y Ayguals, Canales y Baráibar para la *Odisea*. Se enjuician las diferentes versiones, distanciadas unas de otras por el talante poético diferente que inspira a sus autores. El caso de Serafín Chavier entra dentro de las traducciones que no se sabe a ciencia cierta si llegaron a existir, pues son citadas por otros autores e incluso la primera veintena de versos se conservan, incluidos como demostración de que es posible adaptar la versificación grecolatina al castellano en el estudio *Sistema musical de la lengua castellana* de Sinibaldo de Mas. La traducción de Hermosilla es la *Iliada* que dominó la antepasada centuria hasta que la modernidad de las traducciones de ambos poemas por obra de Luis Segalá y Estalella condenó al olvido a todas las anteriores decimonónicas.

Marta González González y **Ramiro González Delgado** abordan en el capítulo «La lírica griega: Safo, Anacreonte, Tirteo y Bucólicos» (pp. 181-204) los problemas de los traductores del género lírico, principalmente, en los autores griegos mencionados que fueron los que mayor atención recibieron durante el siglo XIX. Los problemas son de tipo formal y de contenido. Respecto a la forma, la adaptación de los metros griegos a los castellanos, pues al optar por versiones métricas los traductores casi siempre se alejan del original y el gusto por la amplificación llegaba a convertir las versiones en paráfrasis. Además el contenido de los poemas suscitaba inquietud en los traductores, lo que conducía, a veces, a supresiones de versos o a alteraciones significativas de las composiciones. Se analizan las versiones de Castillo y Ayensa, Menéndez Pelayo, Montes de Oca (que además de traductor era pastor de la Iglesia) y finalmente, las de Ángel Lasso de la Vega.

David Castro de Castro en «Las versiones de poesía épica latina en el s. XIX» (pp. 205-226) repasa, antes de comentar las traducciones de Virgilio, los condicionantes previos de cualquier traducción, resaltando que «el elevadísimo número de versiones realizado en esta centuria ni resultaban de verdadera utilidad para la mejor comprensión de las obras clásicas ni procuraban placer a los lectores». Este fenómeno forma parte de la crisis de los estudios clásicos durante el s. XIX y principios del s. XX, pues la producción de estudios especializados y la profundización en el conocimiento de cuestiones particulares, ocultarán una pérdida de contacto cada vez mayor entre la literatura clásica y la sociedad en general, en el momento en que precisamente la información y la cultura comienzan a abrirse a las masas. Las traducciones de autores clásicos no conseguían, por regla general, acortar esta creciente distancia que se irá ampliando a medida que avanza el siglo. Varios condicionantes se consideran: descenso del interés por los clásicos, al imponerse el modernismo, unido a un crecimiento en el prestigio de las lenguas vulgares consideradas como vehículo de cultura, lo que conlleva un aumento de las traducciones en lenguas vulgares, en detrimento del número de versiones realizadas a partir del latín. Este cambio de sensibilidad supuso una disminución del interés por Virgilio en el ámbito de la creación literaria. Otro aspecto que se considera es la frecuencia, en las versiones de esta época, de búsqueda de lucimiento estilístico personal, sobre todo en el verso. El estudio de las traducciones de Virgilio muestra la ausencia de una verdadera voluntad de difusión de la obra virgiliana entre el público y el predominio de una relación casi siempre exclusiva entre el traductor y el texto virgiliano.

Ma José Muñoz Jiménez hace en «La última poética en verso: Rafael José de Crespo» (pp. 229-245) un estudio de la preceptiva decimonónica, atendiendo a criterios formales, que dividen

las poéticas en prosa y en verso y se añaden los criterios de finalidad y función de sus autores al concebirlas. La exposición en prosa pretende cumplir una función didáctica e informativa; los tratados en verso asumen esta primera finalidad y le añaden la función estética en el deseo de crear una obra de «arte». La autora trata de las tres únicas poéticas versificadas del s. XIX frente a la gran proliferación de manuales y tratados en prosa. Son las obras de Martínez de la Rosa, Pérez del Camino y como epílogo, R. José de Crespó.

Oscar Martínez García retoma en «La cuestión homérica en el siglo XIX español» (pp. 247-266) el tema, objeto de discusión, que durante los dos siglos anteriores habían resucitado los estudiosos sobre la existencia de la figura de Homero y el origen y transmisión de la *Iliada* y la *Odissea*. Se revisa cual fue la postura de España, sustentada por los filólogos y recogida por M. Pelayo cuando opina que «en España desde principios del siglo XIX, nos habíamos incomunicado con el resto del mundo». Pero quedan algunas huellas, como observa el autor, al repasar los prólogos a los traductores de Homero, principalmente: Gómez Hermosilla, Gironella y Ayguals, Baráibar, y el artículo de Alfredo Adolfo Camús «Homero y la Ciencia Nueva», con el que este catedrático de literatura clásica de la Universidad Central abre en España la cuestión homérica en la revista mensual *El siglo pintoresco*.

M^a José Barrios Castro en el capítulo «Un estudio desconocido sobre Aristófanes. Los artículos del catedrático Alfredo Adolfo Camús» (pp. 267-276) glosa la figura e impronta de Camús, profesor de escritores como Pérez Caldós o Leopoldo Alas «Clarín», que realizó una gran labor divulgativa de los clásicos en la docencia, en la política (fue contemporáneo de Nicolás Salmerón) y en la prensa. Además era experto en autores cómicos grecolatinos y mantuvo correspondencia con filólogos franceses sobre la autoría de un fragmento del cómico Afranio. La autora investiga los trabajos sobre Aristófanes publicados por Camús en varias entregas en la *Revista de la Universidad de Madrid*, preguntándose si estos hechos carecen de importancia o se debe a desconocimiento de su existencia el no haber sido estudiados y mencionados. Todo ello conduce a la valoración de esta figura, vastísimo erudito de autores clásicos y modernos, gran conocedor de la lengua griega y cuya crítica de las obras de Aristófanes es muy moderna, distinguiendo entre los aspectos atemporales de la obra y los aspectos remitibles a su contexto histórico. Se percibe la tensión entre estética e historia literaria, temas que apasionaban a Camús.

Eduardo Fernández Fernández presenta en «Las conferencias sobre oradores griegos y latinos en el siglo XIX» (pp. 277-294) la figura de Arcadio Roda, personaje de Almería que fue escritor, político, diputado y senador. Durante dos cursos (1872-73 y 1874-75) pronunció en el Ateneo de Madrid unas conferencias sobre la oratoria grecolatina, que tuvieron mucha influencia y fueron publicadas con prólogo de Antonio Cánovas del Castillo, con el título de *Los oradores romanos*, Madrid 1883. El momento político de gran actividad parlamentaria era propicio. Roda pone en relación la filosofía y la retórica, como modelo de reflexión entre verdad y persuasión, pues la verdad debe ser una parte esencial del discurso retórico, porque sin ella no existe la persuasión. Es un personaje muy representativo para entender la época clásica de la oratoria parlamentaria española y la evolución de la historia de la retórica en el s. XIX. Siente especial preferencia por el estilo de Demóstenes y lo compara con el de Cicerón, pero sin perder de vista la utilidad práctica de ambos. Sabe aprovechar sus virtudes para ejercitar una oratoria que se adapte a las circunstancias históricas e incluye también reflexiones interesantes sobre las teorías clásicas del discurso, que lograrán posteriormente con la obra de Perelman una rehabilitación de la retórica.

Marta González González en «El mito de Safo en el siglo XIX» (pp. 297-316) aborda la figura de la poetisa lesbiana como modelo y centro de diferentes obras decimonónicas que pertenecen al ensayo, al drama y a la poesía. Prescindiendo de matices, la imagen de Safo que más presencia tiene tanto en España como en el resto de literaturas, es la de Safo enamorada de Faón y desdeñada por éste. Desde los propios griegos que comenzaron a gestar «el mito de Safo» en las diversas biografías de poetas, que las escribieron muy influenciados por la elaboración que de la poetisa hizo ya la comedia ateniense, pasando por Ovidio que en su carta «De Safo a Faón» (de discutida autoría pero para el s. XIX obra de Ovidio) desarrolla los dos tópicos que perviven durante este siglo: la fealdad de la lesbiana y su suicidio desde la roca Léucade, y en una serie de obras de escritores del XIX, Safo aparece como motivo literario explícito. Así en Carolina Coronado, que incide

también en la faceta de una Safo culta, maestra de otras mujeres, que sirve para justificar el cuestionado acceso de la mujer a las letras en el s. XIX español, en su ensayo sobre Safo y Santa Teresa. Y finalmente se cierra con la traducción, recreada a partir del francés, por Gertrudis Gómez de Avellaneda de la oda más repetida e imitada que comienza: «¡Feliz quien junto a ti...»

Cristina Martín Puente estudia en «El drama y la novela histórica de tema romano en el siglo XIX» (pp. 317-337) las características de una serie de obras teatrales de argumento histórico, de moda en la segunda mitad del siglo, debido a que la inestabilidad política propicia el auge de los escenarios, donde las ideas de libertad, la lucha contra el poder despótico o la regeneración moral de la burguesía quedan plasmadas. Los temas y la forma (polémica respecto al número de actos, utilización o no del verso, acompañamiento musical, etc.) son revisados por la autora en una selección de tragedias poco estudiadas y no reeditadas en los siglos XIX y XX (caso de *Virginia*). Los personajes dan nombre a las piezas: *Lucrecia*, *Catilina*, *Lucio Junio Bruto*, *Julio César*, y se analiza también el rigor histórico: fidelidad o no a los hechos transmitidos por las fuentes históricas antiguas. Además de las tragedias, se revisan las novelas de tema histórico como *Nerón* de Emilio Castelar y *Sónnica la cortesana* de Blasco Ibáñez, en la que se plasman bien las tensiones entre cosmopolitismo y localismo y entre autores universales y autores raros, representado éste último por Silio Itálico, autor de los *Punica*, a quien el valenciano sigue frente a otros autores latinos.

Ángel Ruiz Pérez nos muestra en «La visión viva del mundo clásico en Pérez Galdós y Clarín» (pp. 339-358) los esfuerzos por recuperar el pasado grecolatino en la literatura española del s. XIX, centrados en dos grandes figuras: Galdós y «Clarín», dejando aparte a Valera y Menéndez Pelayo que son los mejores conocedores de lo clásico, pero el interés en los dos primeros escritores es que sirven de muestra de la recepción clásica y de la aplicación fecunda a sus obras literarias, sin haberse dedicado formalmente a la cultura grecolatina. Se estudia la formación académica de los autores para ver la impronta de esa enseñanza clásica en su literatura y en sus vidas. El primer acercamiento al mundo clásico es distinto, siendo una experiencia negativa para Clarín (que, sin embargo, no truncó su interés por los estudios clásicos) y positiva para Galdós. Pero el magisterio de A.A. Camús y de Lázaro Bardón en la enseñanza universitaria tuvo una gran trascendencia para ambos. Galdós, siguiendo sus pasos, parte de un ideal clásico para retratar la sociedad contemporánea. Por la lectura de sus obras obtenemos datos de los autores clásicos que más le interesaron e influyeron. Finalmente es muy interesante que Galdós y Clarín «defiendan» las letras clásicas frente a las corrientes llamadas utilitaristas. Clarín critica la nefasta orientación de los jesuitas «eliminando el elemento pagano, es decir, la vida y reduciendo el estudio de las humanidades a un mecanismo de memoria y paciencia», y señala que hace falta preparación para leer a los clásicos, que se estudian no por antiguos, sino por encarnar un ideal humano.

Ramiro González Delgado trata en «Nacionalismo y regionalismo en la consideración de la literatura grecolatina durante el siglo XIX» (pp. 361-383) de la consolidación de la idea de nacionalismo que considera la nación como un ente vivo, que se manifiesta en la comunidad de lengua, costumbres, tradición y destino histórico. La lengua siempre ha sido un factor importante en la cuestión de los nacionalismos. En España las ideas nacionalistas veían un peligro en las minorías culturales y lingüísticas. La pugna entre regionalismo y nacionalismo quedará plasmada en la lucha de las lenguas minoritarias contra el castellano, lengua oficial. Se multiplican las traducciones de obras clásicas a las lenguas no oficiales, en un intento de dotarlas de mejor valoración y de lograr un mayor prestigio. El gusto por los estudios clásicos precedió en todo pueblo culto a la creación de una literatura nacional: se necesitaba dar un empuje y un valor a la lengua literaria, basándose en obras originales y traducción de obras modélicas de otras literaturas. Este campo de estudio resulta muy útil para la literatura comparada. La literatura grecolatina, sin estar vinculada a una nación actual concreta, goza del privilegio de ser universal. Se revisan las traducciones realizadas en catalán, gallego, vasco, asturiano y los tipos de autores y textos que se publican. Se trata en todos los casos de que las lenguas minoritarias demuestren su capacidad y viabilidad como lenguas, pues tienen la estructura y el vocabulario suficiente para poder ser lenguas de cultura. Pero al ser el castellano el más utilizado y leído, las traducciones de lenguas regionales no tienen la influencia que ejercen las versiones castellanas, a pesar de que sirven de enriqueci-

miento para esa región y para todo el país, pues los traductores eligen los textos clásicos según su gusto personal, razón que conlleva excelentes versiones.

Mirta Estela Assis de Rojo en «La literatura clásica e Iberoamérica: relaciones culturales entre Argentina y el mundo clásico latino en el siglo XIX» (pp. 385-399) comienza definiendo la cultura como un complejo articulado de sistemas (filosófico, político, social, etc.) en el que no es posible considerar cada uno aisladamente sino en sus interacciones. Se trata pues de encuentros y desencuentros entre la cultura latina y la argentina. Se estudian las actitudes y valoraciones diferentes frente a los elementos extranjeros y la forma como se reelaboran. La literatura latina se inserta en la tradición cultural del mundo griego y busca la renovación de sus cánones sin romper abiertamente con ellos. La literatura argentina, en cambio, se revela desde sus orígenes como esencialmente transgresora. Por tanto, la lectura de la tradición difiere en las literaturas latina y argentina, debido a una distinta valoración de lo propio frente a lo ajeno y al modo como ésta se incorpora e integra. La relación o contacto entre ambas literaturas se realizó mediatizado por otras culturas, nunca fue un contacto directo, sino que se recibieron relecturas de la cultura latina, llevadas por los españoles a Argentina. El componente latino es uno más de los múltiples que integran el sistema literario argentino, pero unido desde el principio de su recepción a los claustros universitarios y eclesiásticos, quedó circunscrito a la línea culta opuesta al modelo popular y al prestigio social, aunque a veces se generan interacciones que determinan la presencia de elementos cultos latinos en producciones populares, como la «invocación a las Musas» con que comienza la leyenda popular *Facundo*, obra de D.F. Sarmiento.

F. García Jurado estudia en «La Iglesia Católica contra la enseñanza de los clásicos en el siglo XIX: el abate Caume y su repercusión en España» (pp. 401-412) la polémica en torno a la pertinencia de que los clásicos paganos formen parte de la educación de los jóvenes, polémica representada en el s. XIX por el abate Jean-Joseph Gaume, autor de la obra *Le ver rongeur o El paganismo en la educación* que se publica en un época de auge de los estados liberales y laicos, y las ideas de A.A. Camús, seguidas en cuanto se refiere al amor por la Antigüedad por Menéndez Pelayo, a pesar de tratarse de personas muy diferentes. García Jurado analiza la mencionada obra del abate Caume atendiendo a las dicotomías que establece: lo clásico-pagano *versus* lo cristiano, cuestiones estéticas del tipo oposición entre medievalismo y clasicismo, las referencias a los padres de la Iglesia como San Basilio, cuya lectura sesgada utiliza el francés en sus argumentaciones para decir que San Basilio alerta sobre los peligros de la lectura de los autores paganos, cuando lo que hace el padre de la Iglesia es destacar el provecho de la literatura clásica para los jóvenes, y las aportaciones de Camús rebatiendo los argumentos de Caume, pues el español representa el afán de aunar el humanismo renacentista con el pensamiento liberal de su época.

El libro está muy cuidado y destaca, bajo mi punto de vista, por su novedad en los contenidos, pues como ya se ha dicho al principio, trata de una época poco contemplada desde el punto de vista de los estudios clásicos en España, y viene a llenar un espacio desconocido hasta ahora, pero que puede llegar a ser muy fructífero.

Para terminar sólo decir que cuantos se interesen por la azarosa historia de los estudios clásicos en España leerán este libro con placer y provecho a la par, como requerían de los libros los antiguos.

Pilar BONED COLERA
Universidad Complutense de Madrid

HESYCHII ALEXANDRINI LEXICON. Volumen III: Π-Σ, editionem post Kurt Latte continuans recensuit et emendavit PETER ALLAN HANSEN, Berlín-Nueva York: Walter de Gruyter, 2005, XXXIII + 404 págs.

El presente volumen, dedicado a la memoria del ilustre filólogo Hartmut Erbse (1915-2004), constituye la continuación de la monumental labor de edición del *Léxico* de Hesiquio, iniciada por Kurt Latte. Esta magna obra se nos ha transmitido en un *codex unicus*, el Marcianus gr. 622 (c. 1430) y representa el testimonio lexicográfico más prolijo de entre los que han llegado a nuestros

días, ya que contiene un total de más de 51.000 glosas, que aportan datos de indudable valor para la dialectología griega y la lingüística indoeuropea en general, gracias a las referencias a lenguas perdidas como el tracio o el antiguo macedonio.

K. Latte (1891-1964), editor de los dos primeros volúmenes, hubo de trabajar durante los difíciles años en los que tuvieron lugar las dos guerras mundiales, periodo especialmente turbulento para el filólogo alemán, pues sufrió la persecución del gobierno nazi. Debido a tales tribulaciones, el primer volumen, que abarca las letras A-Δ, no apareció hasta el año 1953, en Copenhague, mientras que el segundo, que comprende las letras E-O, vio la luz en 1966, también en la capital danesa, tras la muerte de su autor. La publicación de ambos volúmenes fue posible gracias al patronazgo de la Comisión de la Real Academia Danesa para la edición del *Corpus Lexicographicum Graecorum*, órgano que encargaría en 1987 la continuación de la interrumpida obra al filólogo danés Peter Allan Hansen.

En un primer momento se previó editar un tercer y último volumen (Π-Ω), que incluyese las cerca de 14.000 glosas que aún permanecían inéditas. No obstante, este propósito inicial hubo de ser desechado debido a una dolencia crónica de P. A. Hansen, por lo que en 2003 se optó por publicar el trabajo que ya estaba acabado, el cual comprendía las letras Π-Σ, con un total de 8.239 glosas.

Un acierto de este tercer volumen lo constituye el apartado titulado *Corrigenda et Addenda to Latte's Prolegomena to Hesychii Alexandrini Lexicon. Vol. I: A-Δ* (págs XV-XXIII), obra de Klaus Alpers, en el que se pasa revista de manera crítica a las opiniones y posturas defendidas por K. Latte, en el ya lejano año de 1953 cuando apareció el primer volumen de esta, aún inconclusa, edición. Estos *Prolegomena* supusieron en su momento un gran avance en el campo de la Bizantinística y de la Lexicografía Griega, y aunque en la actualidad muchas de sus propuestas son consideradas erróneas, siguen conservando sin embargo una cierta vigencia debido a la gran autoridad de K. Latte. Para el presente estudio se han tomado como referencia, en particular, las minuciosas reseñas publicadas por H. Erbse y W. Bühler, que hacen hincapié entre otras cosas en la poca fiabilidad que se puede conceder a la colación realizada por K. Latte del Marcianus gr. 622, así como en la gran cantidad de erratas que se registran tanto en los *Prolegomena* como en el aparato crítico.

Entre los aspectos más destacados de las nuevas investigaciones, se ha de señalar una datación más exacta del manuscrito cartáceo Marcianus gr. 622, gracias a la identificación del escriba del códice veneciano con el del Holkhamensis gr. 88, que contiene ocho obras de Aristófanes en la edición de Demetrio Triclinio (c. 1280-1340), y al hecho de que ambos manuscritos presenten filigranas que se han de situar en torno al 1430. K. Latte proponía de manera un tanto laxa el siglo XV sin indicaciones más precisas. Asimismo, el origen italo-griego propugnado por K. Latte ya no se mantiene, pues el manuscrito no ofrece rasgos de la labor escrituraria de la Italia meridional. Actualmente se prefiere poner en relación su procedencia con el área de Salónica o Constantinopla y bajo la influencia de la labor Demetrio Triclinio, quien quizá pudo usar un antecesor del Marcianus gr. 622, como parece demostrar el códice Cantabrigensis Univ. Libr. 2626 (=Nn III 15), en el que aparece un esolio a *Nubes*, v. 540 donde se menciona a Hesiquio. Este códice contiene el comentario de Triclinio sobre Aristófanes, con lo que la relación entre Hesiquio y Triclinio quedaría confirmada. Por otra parte, K. Latte planteaba la existencia de interpolaciones de Hesiquio en algunos manuscritos que contienen el glosario de Cirilo de Alejandría, en especial en el Laurentianus plut. 57.39, cuando en realidad la situación es precisamente la contraria, lo cual a ojos de K. Alpers supone un serio error. Finalmente, en lo que respecta a las glosas dobles K. Latte optó por secluir las mediante la utilización de corchetes cuadrados, método que ha seguido P. A. Hansen para preservar una cierta continuidad con los criterios editoriales adoptados en los dos primeros volúmenes. K. Alpers cuestiona este proceder ya que es normal la presencia de glosas dobles en este tipo de léxicos, pues contienen interpolaciones de distintas obras, con lo que lo que no resulta una decisión correcta el desechar estos textos como «interpolaciones», ya que según esta metodología cualquier glosa tomada de Cirilo, por ejemplo, tendría que ser atetizada.

Pasando al texto del *Léxico*, éste aparece dividido en tres niveles: las glosas propiamente dichas, los paralelos y testimonios, y en último lugar, el aparato crítico. En los márgenes verticales, se consigna la procedencia de las glosas, en los casos en que ésta se puede establecer, de acuerdo con los criterios de K. Latte.

Finalmente, es preciso elogiar el gran esfuerzo filológico que está detrás del presente volumen, ya que la obra de Hesiquio presenta múltiples dificultades debido a la gran cantidad de pasajes corruptos y a la singularidad de muchas de las glosas.

Confiemos en que, tras ya más de noventa años desde que K. Latte recibiera en 1914 el encargo de editar el *Léxico* de Hesiquio, salga a la luz el cuarto volumen (Τ-Ω), con las 5.605 glosas restantes, que desgraciadamente aún carecen de una edición moderna, pues la más reciente, obra de Moritz Schmidt, apareció en cinco volúmenes entre los años 1858-1868, y resulta ya de poca utilidad.

Jesús ÁNGEL Y ESPINÓS
Universidad Complutense de Madrid

MEDICI BIZANTINI: Oribasio de Pergamo, Aezio d'Amida, Alessandro di Tralle, Paolo d'Egina, Leone medico. A cura di Antonio Garzya, Roberto de Lucia, Alessia Guardasole, Anna Maria Ieraci Bio, Mario Lamagna e Roberto Romano. Turín, Unione Tipografico-Editrice Torinese, 2006. 908 págs. con seis láminas.

Dentro de la serie *Autori della tarda antichità e dell'età bizantina*, dirigida por el profesor Antonio Garzya, aparece esta interesantísima selección de textos médicos bizantinos en edición bilingüe (griego y su traducción al italiano).

En la introducción, breve pero muy ilustrativa y erudita, el profesor Garzya subraya en primer lugar los prejuicios de los que ha sido objeto la medicina de la Baja Edad Media hasta casi nuestros días, aunque hubo ciertas excepciones ya desde el siglo XII, como ocurrió con Chrétien de Troyes, que en «Trois médecins de Salerno» muestra su aprecio por la medicina bizantina. A continuación el autor se refiere a las aportaciones de los médicos bizantinos a la medicina europea; empieza por el *Δυναμειρόν* (antidotarium) de Nicolás Mirepsós (finales del s. XIII), cuyas 2.600 recetas traducidas al latín fueron utilizadas en Francia como farmacopea oficial hasta el siglo XVII. Más adelante, señala que las enseñanzas de los veterinarios bizantinos sobre el caballo tuvieron la máxima validez hasta el siglo XIX, e igualmente ciertos libros de Aecio Amileno (siglo VI) fueron consultados hasta el siglo pasado.

El profesor Garzya insiste especialmente en el valor de la oftalmología bizantina, sobre todo en lo que se refiere a la preparación de colirios, así como de la uroscopia como medio importante para la diagnosis de ciertas enfermedades. La importancia de la medicina bizantina para el desarrollo de la medicina en general se extiende tanto a los campos de los procedimientos farmacológicos y las técnicas quirúrgicas como a la compilación, selección y ampliación de los conocimientos antiguos bajo una perspectiva más moderna. La erudición médica bizantina no se limita, en efecto, al esclarecimiento o paráfrasis del original antiguo, sino que realiza aportaciones originales a partir de la tradición recibida.

En su introducción, el profesor Garzya se ocupa también de la figura y la formación del médico en Bizancio, que se relaciona con las dos fuerzas motrices «della realtà bizantina: lo Stato e la Chiesa». Son interesantísimos sus comentarios sobre la relación medicina-Iglesia, por un lado, y Cristo-médico, por otro, durante la era bizantina, así como su exposición sobre la literatura médica de la misma época, anotando los tratados médicos esenciales de cada siglo del Imperio Bizantino.

A la introducción siguen cinco capítulos dedicados cada uno de ellos al estudio y traducción de parte de la obra de cinco médicos:

Roberto de Lucia se hace cargo del primer capítulo, en el cual se recogen los libros XXIV y XXV de las *Collectiones Medicae* de Oribasio de Pérgamo. Después de una amena y detallada presentación de Oribasio y de su obra, Roberto de Lucia ofrece una nutrida nota bibliográfica donde aparecen las principales ediciones y traducciones, tanto de las obras de Oribasio como de Galeno, que es la fuente principal de los textos tratados en esta edición. Siguen los textos en griego e italiano, acompañados de notas explicativas a pie de página.

A continuación, Roberto Romano presenta y traduce, con numerosas notas, el libro XVI de Aecio Amileno, que versa sobre problemas ginecológicos. Como en el capítulo anterior, preceden al texto y su traducción la introducción y una nota crítica en la que se recogen y comentan problemas de crítica textual.

En el siguiente capítulo, Alessia Guardasole se ocupa de Alejandro de Tralles. En una extensa y muy interesante introducción, Guardasole informa tanto de la vida como de la obra y la terapéutica del médico bizantino antes de presentar la nota bibliográfica, que ofrece un detallado resumen de las ediciones, las traducciones y los estudios llevados a cabo hasta el momento. Sigue el texto bilingüe (griego-italiano) del libro I de *De Therapeutica* de Alejandro de Tralles, con notas a pie de página sobre cuestiones textuales.

En el cuarto capítulo, Mario Lamagna presenta y traduce el libro VI del *Tratado* de Pablo de Egina sobre ortopedia. Una interesantísima introducción informa al lector sobre la obra general de Pablo de Egina y, en particular, sobre la cirugía ósea, objeto del *Tratado* presentado en este capítulo. Una nota biográfica, otra bibliográfica y una tercera nota crítica, completan esta parte introductoria. Sigue el texto con su traducción al italiano, acompañado al igual que la parte introductoria de numerosas notas.

En el último capítulo, se presenta la *Sinopsis sobre la naturaleza de los hombres*, de León el Médico, a cargo de Anna Maria Ieraci Bio, gran estudiosa de textos médicos bizantinos, que subraya que el único códice que transmite esta obra es el Escorialensis 226 (Φ III, 7) del siglo XIII. Ieraci Bio, refiriéndose a esta obra, anota que, editada por primera vez recientemente en 1969, «appare come un'agile operetta nella quale l'interesse si congiunge con quello linguistico-lessicografico». Es decir, la obra presenta un doble interés, médico y lingüístico, debido a las definiciones etimológicas que recoge. Encontramos en esta obra, además, la formulación erotoapocrítica, propia de obras de consulta. La autora se ocupa largamente del problema de la identificación y datación de León, al cual se atribuye esta obra. A continuación, examina las fuentes de la misma, y en particular a Melecio. La nota bibliográfica aporta todos los datos sobre la edición del libro de León el Médico y de Melecio, así como los estudios relacionados con la obra. Sigue una breve nota crítica y, a continuación, el texto griego y su traducción al italiano. Como en los anteriores capítulos, la autora nos brinda un nutrido aparato de notas explicativas.

La obra termina con un índice de nombres y los temas más importantes, seguido de otro índice de autores citados en los comentarios.

En resumen, se trata de un espléndido volumen, presentado en una esmerada edición, que supone un avance en el estudio de esta área y enriquece la bibliografía actual de la medicina bizantina, que —como bien señala el egregio profesor D. Antonio Garzya, alma y motor principal de esta serie— «è stato oggetto di pregiudizi tanto tenaci quanto superficiali, e duri a morire anche ai nostri giorni». Es de agradecer, pues, a estos científicos italianos su valiosa aportación en este campo.

Penélope STAVRIANOPULU
Universidad Complutense de Madrid

Marco DI BRANCO, *La città dei filosofi: Storia di Atene da Marco Aurelio a Giustiniano*, Leo S. Olschki Editore, Firenze, 2006, 299 págs.

Hasta el momento, el lector interesado en el conocimiento de la historia de la Atenas tardoantigua y bizantina debía remitirse a la famosa pero anticuada ya *Geschichte der Stadt Athen im Mittelalter* de Ferdinand Gregorovius del año 1889. Por supuesto, existían estudios de calidad como la *Ἱστορία τῶν Ἀθηναίων* de Dh. Kabouroglou pero ofrecían tan sólo una visión parcial del desarrollo histórico de la ciudad de Teseo. Así las cosas, desde la época de Gregorovius hasta la actualidad, la investigación de la historia tardoantigua de Atenas ha progresado enormemente debido, en gran medida, al ingente proyecto de excavaciones del Ágora llevado a cabo por la *American School of Classical Studies at Athens*. Además, a los estudios de la Antigüedad tardía ateniense de carác-

ter estrictamente arqueológico, se han sumado contribuciones procedentes de otras disciplinas como la de Folley (1976) en el ámbito de la prosopografía o la de Thompson (1954) en numismática. Importantísimas también se muestran las aportaciones de la epigrafía para el conocimiento de la Atenas de este periodo, terreno en el cual la mayor labor ha sido realizada por James H. Oliver para la época de Marco Aurelio y por Erkki Sironen para los tres siglos sucesivos. En suma, Di Branco emplea en su investigación todas las fuentes y estudios significativos a su alcance pertenecientes a distintas disciplinas: Historia, Arqueología, Prosopografía, Numismática, Historia Cultural —especialmente relativa a la sofística y la escuela neoplatónica— sin dejar de lado el complejo asunto de la cristianización de Atenas.

Si bien el volumen de los datos relativos a la Atenas tardoantigua son hoy incomparablemente mayores respecto a la época de Gregorovius, ha faltado hasta ahora una auténtica tentativa de acercamiento global que se propusiera individualizar, por una parte, las líneas generales de la historia económica, política, cultural y religiosa de la ciudad entre finales del s. II y comienzos del VI d. C. y de indagar, por otra, la nueva imagen y los nuevos valores que en ella se han ido lentamente haciendo camino. La presente obra se propone, por tanto, cubrir una laguna en los estudios sobre Atenas, tratando de seguir la línea trazada hace más de treinta años por Fergus Millar en «P. Herennius Dexippus: The Greek World and the Third-Century Invasions», *JRS*, LIX, 1969, págs. 12-29, trabajo verdaderamente ejemplar por su método y doctrina, que constituye todavía hoy la más notable contribución de carácter histórico sobre la Atenas del s. III d. C. Di Branco afirma, además, que considerará alcanzado su objetivo si su trabajo puede ser considerado de algún modo como el primer volumen de una nueva historia de Atenas del Medioevo.

El estudio se estructura en cinco capítulos dedicados a los principales problemas de la Antigüedad tardía ateniense seguidos de un apéndice sobre la imagen de Atenas en la cultura bizantina. El trabajo promete ser de auténtica utilidad enriquecido con veinticuatro láminas de plantas, edificios, mapas, manuscritos y restos arqueológicos diversos y cuarenta y cinco páginas (págs. 245-290) de exhaustiva bibliografía comprendida entre los años 1740 y 2005, más un sucinto índice de siglas y abreviaturas de revistas (págs. 241-244) y otro de nombres y conceptos (págs. 291-299), siempre convenientes a la hora de hallar motivos concretos.

El primer capítulo, titulado «La città dei sofista: retorica e politica ad Atene fra II e IV secolo d. C.» (págs. 1-62), se propone, a lo largo de siete apartados, extraer la imagen de la ciudad de Teseo a través de diversos textos. Bajo el primer epígrafe, se trata de la visión de Atenas en las *Vitae sophistarum* de Filóstrato, en tanto que ésta es la fuente más importante para el conocimiento de la historia cultural, social y política de Atenas entre los siglos II y III d. C. En un segundo apartado, pasa el autor a desgranar la imagen de Atenas en el *Panatenáico* de Elio Arístides, discurso pronunciado por el sofista con ocasión de las Grandes Panateneas del año 155 d. C. En esta obra, que retoma y refunde motivos tucidídeos, platónicos, isocrateos y aristotélicos, son compendiados y ejemplificados los fundamentos de la «leyenda de Atenas» como ciudad del conocimiento y de la filosofía y demuestra que su primacía no se reduce al pasado. Un tercer apartado ofrece, a continuación, a fin de completar la imagen de Atenas, la versión de Luciano de Samosata, personaje ausente de las *Vitae* de Filóstrato. Un cuarto epígrafe aborda el tema de la gloria y la *paideia* en Atenas. Desde el punto de vista cronológico, las *Vitae philosophorum et sophistarum* de Eunapio de Sardes constituyen la continuación de las *Vitae* de Filóstrato. No obstante, la diferencia entre ambos escritos radica, sobre todo, en la forma de ver el afianzamiento del neoplatonismo así como, en alguna medida, la emergencia del conflicto entre cristianismo y paganismo. En un quinto apartado, se trata el tema de los estudiantes y del alcance de su influencia en el desarrollo histórico de la ciudad. Al describir el perfil biográfico de Juliano de Capadocia, Eunapio afirma que en Atenas se gestaba un conflicto entre adultos y jóvenes. De otra parte, alusiones a episodios de violencia provocados en Atenas por los estudiantes se encontraban ya en las *Vitae* de Filóstrato, así como en otros pasajes eunapianos. En este apartado, además del texto de Eunapio, Di Branco recurre a otras fuentes como Libanio, Gregorio de Nazianzo o Apuleyo. Un sexto epígrafe se dedica a la obra de Himerio, nada carente de importancia a pesar de la opinión negativa de algunos autores. En sus escritos, Atenas no se presenta sólo como ciudad ideal sino que aparecen reflejados sentimientos y pasiones de índole diversa. En un séptimo y último apar-

tado se expone la imagen de Atenas en la anónima *Expositio totius mundi et gentium*, un «inventario del mundo» destinado a satisfacer la curiosidad del público tardoantiguo, así como el gusto por el exotismo etnográfico.

El segundo capítulo, titulado «Tra Amfione e Achille: realtà e mitologia della difusa di Atene fra III e IV secolo d. C.» (págs. 63-99), consta de otros siete apartados donde el autor aborda la dicotomía entre realidad y mitología en relación con la defensa de Atenas entre los siglos III y IV d. C., ciudad agitada durante este periodo no sólo por desórdenes internos sino también externos. Por una parte, bajo un primer epígrafe, el autor examina las circunstancias del saqueo de los hérulos y opina que ha sido una catástrofe sobrevalorada. A continuación, tras algunas consideraciones expuestas en un segundo apartado acerca de la datación del circuito interno de los muros «post-herúleos» de la ciudad, procede Di Branco, en una tercera sección, a pasar revista a los más célebres defensores de Atenas a partir de inscripciones epigráficas. En un cuarto apartado, analiza el autor la conexión entre los defensores de Atenas y la tendencia platonizante del ambiente de Eleusis manifiesta en el *exemplum* mítico del mago-filósofo Anfión, elegido para honrar al constructor del muro interno. Un quinto epígrafe examina cómo la llegada de Alarico a Grecia en el 395-6 d. C., al igual que el saqueo de los hérulos, ha sido objeto de opiniones contrastadas. Di Branco, según acostumbra, analiza el asunto a partir de las fuentes principales: Zósimo, Claudio, Gerolamo, Filostorgio y Sinesio de Cirene. Para concluir, procede el autor al estudio de las prácticas teúrgicas—siempre partiendo del testimonio de las fuentes antiguas—que convivían con el neoplatonismo como la animación de estatuas. En definitiva, se trata de percibir las distintas reacciones de la polis frente a las invasiones: ante la de los Hérulos se observa una unidad de todos los componentes de la ciudad contra el enemigo; ante la segunda, tras las prácticas teúrgicas y las apariciones mágicas se muestra la fragmentación de la clase dirigente ateniense.

El tercer capítulo, titulado «'I Giardini di Atene': Giuliano imperatore e l'utopia ateniense» (págs. 101-114) se subdivide en cinco apartados. En el primero, se trata de la historia de Atenas con especial atención a los enemigos que suscitó el paso por ella del futuro «Apóstata». En el segundo, Di Branco pone énfasis en el inesperado precedente que constituyó el emperador Constantino, cuya importancia e influencia reconoce el propio Juliano. Quedan elementos suficientes para poder afirmar que Atenas supo apreciar la benevolencia constantiniana, según el testimonio de una «Historia de Constantino el Grande» en dos libros compuesta por el joven pagano ateniense Praxágoras, pese a que la admiración del emperador por Atenas no difería de la de Roma o Constantinopla. En un tercer apartado, Di Branco comenta dos textos fundamentales para la comprensión de las posturas de estudiosos como Athanassiadi quienes, ignorando el contexto, tienden a considerar la relación entre Juliano y Atenas como un *unicum* debido exclusivamente a la excepcional personalidad del último emperador pagano. Se trata del *Epitafio* compuesto por Libanio y un fragmento del «panegírico» de Juliano pronunciado por Claudio Mamertino. En los dos últimos apartados de este tercer capítulo estudia Di Branco el momento en que el emperador Juliano rompe sus ataduras con Atenas.

El cuarto capítulo, que lleva por título «La città dei filosofi: filosofia e politica ad Atene da Plutarco a Damascio» (págs. 115-179), puede ser considerado el núcleo fundamental del libro. Se divide en cinco apartados y constituye una crítica a la idea de la ininterrumpida continuidad entre las grandes escuelas filosóficas de Atenas desde el Helenismo hasta la Antigüedad tardía. El primer epígrafe trata del proceso de la fundación de la escuela neoplatónica de Atenas la cual se inscribe en un momento muy particular de la vida de la polis. Di Branco recorre, en un segundo apartado, los distintos miembros de la familia de Plutarco de Atenas a fin de establecer un *stemma* de la misma adecuado a la realidad. Los cincuenta años que coinciden con el mandato de Proclo (437-488) tienen una importancia decisiva en la historia de la Atenas tardoantigua: se trata de un periodo de grandes transformaciones que invierten masivamente el tejido económico, político y religioso de la polis, provocando su cambio definitivo. Por ello, después de comentar el periodo durante el cual Siriano fue escolarca en una tercera sección, procede el autor, en la cuarta, al análisis de las causas de tal mutación a partir de datos arqueológicos y literarios, en especial la biografía de Proclo compuesta por su sucesor Marino de Neápolis poco después de la muerte del maestro. Este punto de partida sirve para examinar la evolución de la escuela neoplatónica, las

virtudes practicadas a su amparo, así como el alcance de su influencia en el poder político de la ciudad y su oposición a la clase dirigente ateniense del s. V d. C. Finalmente, expone el autor distintas interpretaciones de la dura contraposición entre cristianos y paganos que se respira en Atenas al término de la dirección de Proclo. Bajo el último epígrafe, se dispone a seguir el desarrollo de la escuela de Atenas a partir de la *Vita Isidori* de Damascio compuesta en el primer cuarto del s. VI d. C., en realidad, una suerte de Historia filosófica de la escuela neoplatónica de Atenas desde fines del siglo IV d. C.

El quinto capítulo, dividido en cinco apartados y titulado «'Quid ergo Athenis et Hierosolymis?': Pagani e cristiani ad Atene da San Paolo a Giustiniano» (págs. 181-197), centra su análisis en el estudio de los dos primeros siglos del proceso de cristianización ateniense a partir, sobre todo, de la reconstrucción histórica de los acontecimientos. Para ello, en un primer apartado, el autor afirma confiar en la veracidad de la narración de las *Actas* relativas a la predicación paulina en el Areópago, así como de la *Historia ecclesiástica* de Eusebio. El segundo epígrafe aborda el tema de la situación político-religiosa de Atenas durante este periodo y cómo la forma de esta religión de los políticos-emperadores tuvo su reflejo en la política desde Constantino hasta Alarico. Un tercer apartado se dedica al análisis del cambio entre la fuerte reafirmación de las tendencias tradicionalistas y paganizantes que imperaban en Atenas así como de los acontecimientos de los primeros treinta años del siglo V d. C., momento en el cual se asiste en la ciudad a una situación notablemente distinta, hecho sin duda relacionado con la política cultural y religiosa de Teodosio II. Pero, según comenta el estudioso en una cuarta sección, la situación cambia de modo considerable en los últimos años del s. V d. C. Finalmente, el quinto epígrafe refleja la hostilidad del emperador Justiniano hacia Atenas, desencadenante del cierre definitivo de la escuela neoplatónica en el año 529 d. C. Di Branco expone las distintas consecuencias de este relevante acontecimiento, religiosas, políticas y culturales y observa que a partir de este instante Atenas dejará de ser una polis para convertirse a todos los efectos en una ciudad bizantina.

Concluye la obra con un apéndice (págs. 199-240) intitulado «Atene Immaginaria: Il mito di Atene nella letteratura bizantina tra agiografia, teosofia e *Mirabilia*» que reproduce, con alguna modificación, las páginas 65-113 del artículo «Atene Immaginaria» publicado por el mismo autor en *RAL*, s. IX, XVI (2005), págs. 65-134. En cuatro apartados, se trata de hacer un seguimiento del tema del mito de Atenas a través de la literatura bizantina, en especial, de las biografías de los santos más o menos ligados a Atenas, los textos teosóficos como los *Χρησμοὶ τῶν ἐλληνικῶν θεῶν* o los *Κοιτάκια* protobizantinos y, finalmente, los *Mirabilia Urbis Athenarum*. De semejantes lecturas emerge la visión de una ciudad ideal no privada de aspectos ambiguos e inquietantes: una visión que contribuye a esclarecer ulteriormente los términos de la oposición fundamental entre Atenas y Jerusalén, entre filosofía griega y fe cristiana, que atraviesa la cultura occidental de la Antigüedad tardía hasta la época contemporánea.

Para concluir, haremos referencia a la opinión de Giovanni Pugliese Carratelli, autor de un conciso prefacio a la obra, quien encomia a Di Branco por haber visto agudamente y aclarado en este libro que la destrucción consumada en Atenas en perjuicio de los centros de culto pagano (sobre todo de Asclepio) generalmente atribuido por los arqueólogos al episodio de la incursión de godos y hérulos son, en realidad, testimonio de violentos fanatismos religiosos y que en el plano político es más significativo el desarrollo de especulaciones teológicas y de experiencias místicas y teúrgicas, manifestaciones todas de un empeño cultural que miraba tanto a la defensa de las tradiciones y de los recientes desarrollos teosóficos, como a la oposición ante una creciente inclinación de la política imperial a cristianizar el imperio y a desplazar el centro de gravedad a Constantinopla. A través de una detallada y razonada reconstrucción histórica, la obra no sólo aclara la fase del paso de la civilización helénica a la bizantina, sino que ilumina sobre la eficacia de la memoria clásica en la resolución con que Gemisto Pletón se opuso a la desorientación imperial y eclesiástica frente a la amenaza turca y luego del fervor de sus discípulos en conservar la herencia griega y transmitirla al Occidente latino.

Mónica DURÁN MAÑAS
I.E.S. «Vega de Pirón»,
Carbonero el Mayor (Segovia)

BERGUA CAVERO, J., *Francisco de Enzinas, un humanista reformado en la Europa de Carlos V*, ed. Trotta, Madrid 2006, 269 págs.

La figura de Francisco de Enzinas presenta un especial atractivo para la historia del Humanismo y de la traducción en la España del siglo XVI. En su *Introducción. La lenta recuperación de una figura olvidada* (pp. 13-30), Jorge Bergua Caveró, profesor titular de Filología Griega en la Universidad de Málaga, comienza por trazar las líneas maestras de este estudio de divulgación. Siempre consciente de la dificultad de su labor pretende trascender una perspectiva meramente filológica, presentando al personaje a la luz de un enfoque sociológico (a veces un tanto reiterativo), bajo la tutela de autores como P. Bourdieu o R. Chartier. Debido a su carácter reformista-espiritualista, la Historia fue condenando a Enzinas, como en tantos otros casos, al olvido. Durante el siglo XIX se fue redescubriendo su valor para diversos campos como la traducción del Nuevo Testamento y de las obras plutarquistas al castellano, hasta llegar a los expertos de nuestros días que han publicado sus *Memorias* (F. Socas) y su *Epistolario completo* (I. J. García Pinilla). Por lo tanto, se trata de aunar una biografía para un tipo de lector no especializado con un amplio marco en el que caracterizar y tratar de entender las motivaciones del personaje. Respecto a la metodología empleada, se precisa que al hilo de las peripecias biográficas se intercalan *excursos* que completan con acierto la información expuesta.

De Burgos a Wittenberg (1520-1541) (pp. 31-38) muestra los orígenes de este ilustre burgalés en el seno de una familia de la burguesía comerciante. Pese a la falta de datos conservados, se tiene noticia de su ingreso en la Universidad de Lovaina en 1539. La publicación de su *Breve y compendiosa institución de la religión cristiana*, obra de corte protestante, le pondrá en el punto de mira de la Inquisición y le acarreará la enemistad del emperador Carlos V, por lo que se traslada a un lugar más afín a sus ideas: la Universidad de Wittenberg. La ciudad alemana supone un punto de encuentro con personas que marcarán la trayectoria vital de Enzinas como el reformista Melancthon, según ilustra *En la capital del luteranismo (1541-1543)* (pp. 39-50). Aprovechando que en esta época realiza uno de los hitos de su producción literaria, la traducción del *Nuevo Testamento* al castellano, se recorre a vuela pluma la *traducción e interpretación de la Biblia* desde la época postclásica, pasando por cumbres como L. Valla, la Biblia Políglota Complutense o Erasmo, hasta llegar al problema que suponía la *vulgarización* del libro sagrado en aquellos días. Llama la atención el diferente *modus operandi* de cada territorio ante la edición de estos libros y la conciencia del propio Enzinas de ser divulgador en su lengua vernácula. Estas reflexiones se cierran con la dispar suerte del texto bíblico en castellano hasta finales del siglo XVIII.

En su afán por publicar la traducción del *Nuevo Testamento* (que parece depender directamente de la versión de Erasmo) en Flandes y sus desastrosas consecuencias, con estancia en la cárcel incluida, se fija *Un traductor preso en Bruselas (1543-1545)* (pp. 51-76). *El mundo editorial. Amberes y el libro reformado* da cuenta de la amplia producción que registraron las imprentas de dicha ciudad, así como del retroceso que sufrieron en la década que Enzinas inicia su actividad frenética. Encerrado durante un año, consigue escapar con la colaboración de los jueces, convirtiéndose así en *Fugitivo en Wittenberg (1545-1546)* (pp. 77-81), donde, aparte de redactar sus *Memorias*, intensifica el contacto epistolar con sus amistades mientras busca un lugar más seguro donde vivir.

Esa ansiada tranquilidad parece vislumbrarse en *Un hogar en Basilea (1546-1548)* (pp. 83-115). La activa impresión de obras en latín, muy diferente a la de Amberes, motiva un mayor acercamiento del autor al *comercio europeo del libro*, de manera que estrecha lazos con Oporino, digno sucesor de Froben, editor de parte de lo más granado de su obra (*Historia vera, Acta Concilii Tridentini, Vidas de dos ilustres varones: Cimón y Lúculo* de Plutarco). *Los clásicos: el negocio y el prestigio* nos conduce por el beneficio económico y espiritual de las letras grecolatinas en las prensas de las más importantes ciudades europeas, como lo prueba la elevada representación de los clásicos en las bibliotecas de la época. Enzinas redobla sus contactos por carta con diferentes personajes exiliados. Sin embargo, el *Interim* de Augsburgo vuelve a colocarle en un riesgo del que ya difícilmente escaparía.

En su huida consigue llegar hasta Inglaterra, en plena reforma anglicana, donde ejerce como *Profesor en Cambridge (1548-1549)* (pp. 117-132), aunque más por cuestiones alimenticias que como

encanto personal. Enfrascado en nuevos proyectos de traducción, destaca su relación con la saga de librerros Birkmann. De regreso a *Basilea, otra vez (1549-1550)* (pp. 133-139) nos encontramos con que sus desvelos se centran en la publicación de sus trabajos, ilusión que recibirá un fuerte revés debido a su ruptura con Oporino (lo que le obliga a cambiar de impresor, un ineficaz Fries) y a la prohibición de imprimir en la mayoría de las lenguas vernáculas.

Se preanuncia así la cuenta atrás en la vida de Enzinas, que culmina con el capítulo *Estrasburgo y final (1550-1552)* (pp. 141-188). Pese a no encajar en el ambiente editorial de su nueva residencia, está inmerso en una actividad casi febril; a sus traducciones de libros del *Antiguo Testamento* (*Salmos, Job, Eclesiástico y Proverbios*) suma traducciones de clásicos greco-latinos (*Diálogos* de Luciano, *Vidas paralelas* de Plutarco y *Ab urbe condita* de Livio) de alto interés para la recepción de los clásicos. *Las caras de Luciano de Samósata* sirven para trazar la línea que va desde la transmisión del texto griego (Focio, Aldo Manuzio), las ediciones en latín (Aurispa, Erasmo y Tomás Moro) y las traducciones en España (Laguna, Martín de Ávila), hasta los intereses de crítica a la Iglesia católica, que llevaron a los círculos erasmistas y reformistas, a los que era afecto Enzinas, a adoptar los valores de este autor como propios. En *Plutarco, un maestro para Europa* J. Bergua, experto en temas de tradición del de Queronea, nos ofrece una acertada síntesis sobre el valor de las *Vidas* como elogio de la vida ciudadana en el *Quattrocento* italiano frente al carácter erasmizante que adquiere en el siglo posterior. Se resalta el estilo amplificatorio inherente a las traducciones clásicas de Enzinas, presente también en la última que conoció publicada en vida, la de *Todas las décadas de Tito Livio*. Siguiendo la misma metodología empleada con los dos anteriores autores, *A vueltas con la Historia de Tito Livio* analiza la historia de la transmisión y traducción del texto del escritor latino, así como del *Epítome* de Floro y de las *Periôcas*.

La muerte sorprende al burgalés en 1552 sin que haya podido cumplir su gran sueño de editar la *Biblia. El legado de Enzinas. Seudónimos y misterios* (pp. 189-200) aclara la suerte de la familia y de las posesiones del personaje. Además, mientras que *Dryander* fue el «nombre de guerra» empleado por Enzinas para firmar algunas de sus obras, sin embargo no existen pruebas concluyentes de que *Juan de Jarava* y *Juan Castro de Salinas* sean otros pseudónimos suyos. *El Epílogo: Enzinas en la encrucijada* (pp. 201-212) remarca la indefinición o indecisión de la que hizo gala en tantos terrenos y actitudes, lo que le otorga un cierto carácter contradictorio.

El libro concluye con dos *apéndices*. El primero ofrece un *Catálogo de obras y traducciones de Enzinas* (pp. 213-217), herramienta de indispensable valor para todos aquellos estudiosos que quieran acercarse al complejo mundo de las ediciones de Enzinas. El segundo contiene dos pasajes de la *Historia vera de morte Ioannis Diazii* (1546) (pp. 219-241) en latín, con su correspondiente traducción castellana. Para el texto latino se ha seguido la edición original; para el castellano, la traducción publicada por Luis Usoz en 1865, con las correcciones pertinentes. El conjunto se completa con una *Bibliografía*, un *Índice de nombres y lugares* y un *Índice general* (pp. 243-265).

Estamos, en definitiva, ante un generoso estudio que, pese a su carácter divulgativo, pretende y consigue traspasar las en ocasiones estrechas miras filológicas para presentar al lector un recorrido por diferentes escenarios y actitudes de la época de la Reforma a través de la sugerente presencia de Francisco de Enzinas.

Rafael FERNÁNDEZ MUÑOZ
Universidad Complutense de Madrid

WOJCIECH SMOCZYŃSKI, ed. (2004): *The Young Kuryłowicz. A Collection of Articles*, trad. Axel Holvoet. Kraków: Poligrafix (Analectae Indoeuropaea Cracoviensia 5). ISBN 83-917092-6-4. 103 pp., il.

La publicación de este libro se enmarca dentro de las actividades organizadas durante el 12º Congreso del Indogermanische Gesellschaft, el cual tuvo lugar en Cracovia (Polonia) del 11 al 16 de octubre del año 2004. Dado el emplazamiento y la ocasión, Wojciech Smoczyński [abreviado WS], actual miembro del Departamento de Lingüística General e Indoeuropeística en la Universidad Jagiellońska de Cracovia, ha decidido reeditar algunos trabajos del insigne lingüista polaco Jerzy

Kuryłowicz (1895-1978). Dichos artículos, escritos en francés, aparecieron entre julio de 1926 y finales de 1927 —en la introducción (pp. i-iv) WS afirma que fueron escritos durante ese periodo; se deduce, no obstante, que el autor quiere decir que fueron publicados, puesto que su composición con seguridad tuvo lugar mucho antes—, es decir, cuando Kuryłowicz contaba entre 31 y 32 años, de ahí el título del libro. Huelga decir que en términos de juventud, la generalización de eventos extraordinarios como la defensa de la tesis doctoral por parte de Ferdinand de Saussure (1857-1913) a la edad de 21 años implicaría que nueve de cada diez lingüistas sólo han comenzado a trabajar en una etapa de madurez muy avanzada, cuando lo que en realidad ocurre es que Saussure fue un adelantado a su tiempo en muchos sentidos.

De hecho, los artículos de Kuryłowicz que se reeditan en este estudio toman como punto de partida los descubrimientos realizados por el propio Saussure en aquel estudio: *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes* (leída en Leipzig en 1878 y publicada por B.G. Teubner en 1879 en la misma ciudad; Saussure no publicará ningún libro más durante toda su vida), donde propone que algunas irregularidades vocálicas detectadas al analizar las correspondencias fonéticas indoeuropeas pueden ser explicadas por medio de unos fonemas, llamados por Saussure *coefficients sonantiques* —la misma denominación deja claro que aquellos sonidos parecen funcionar como */j̥ u̥ r̥ l̥ m̥ n̥/, es decir, como las sonantes habituales reconstruidas para el protoindoeuropeo [PIE]—, que en determinados contextos evolucionarían según el esquema $\bar{a} < *eA, \bar{e} < *eA$ y $\bar{o} < *eQ$. Este es el evento fundacional de la teoría (para algunos simple hipótesis) laringal [TL], en su momento comparada con el descubrimiento del planeta Neptuno, que, a grandes rasgos y sacrificando algunos detalles de la historia completa, fue posible gracias a los cálculos orbitales de los astrónomos y matemáticos [Urban] Jean J. Le Verrier (1811-1877) y John C. Adams (1819-1892), realizados en 1846 y 1843 respectivamente. Sin embargo, el planeta no sería divisado hasta 1847 por el alemán Johann Gottfried Galle (1812-1910), a instancias de Le Verrier, desde el observatorio de Berlín. Aquel hecho histórico puso de manifiesto que en ocasiones las inferencias pueden recibir una confirmación física posterior, y que existe un fondo metodológico común aplicable a estas empresas, ya que Leverrier y Adams alcanzaron idénticas conclusiones de forma totalmente independiente, sin conocer uno la labor del otro.

Continuando el hilo de la exposición adoptado por WS en la introducción, el propio Saussure ampliará en 1891 las funciones y efectos de aquellos dos *coefficients*, escritos *A* y *Q* (quizás por comodidad tipográfica en el libro se ha omitido el diacrítico bajo *O*) mediante la descripción de un fenómeno particular del antiguo indio relacionado con el origen de sus oclusivas sordas aspiradas, desde aquel momento entendidas como fruto de la combinación PIE */p t k/ + *coefficients sonantiques* > antiguo indio /p^h t^h k^h/. Varios años más tarde [Martin Thomas] Hermann Møller (1850-1923), el famoso semitista, añadirá un tercer fonema, a saber *E*, para explicar la alternancia griega $\theta\eta-$: $\theta\epsilon-$, en distribución analógica con las ya solucionadas por Saussure $\phi\bar{\alpha}-$: $\phi\alpha-$ y $\delta\omega-$: $\delta\omicron-$. Además, el filólogo danés establece que los *coefficients sonantiques* no son resonantes, sino fricativos, identificándolos con los fonemas semíticos laringales (*Vergleichendes indogermanisch-semitischen Wörterbuch*, Göttingen 1911, p. vi). Más tarde interviene Albert [Louis Marie] Cuny (1869-¿?), que describe la vocalización de esas «laringales» (vocal /ə/, llamada *schwa* (en hebreo 'vacío'), más tarde diferenciado en *schwa primum* y *schwa secundum* de acuerdo con el contexto original), o el origen de la aspirada sonora sánscrita *aham* 'yo' < **eg₃óm* o *mahānt* 'grande, importante, relevante' < **meǵ₃* - (WS solo menciona el año del trabajo, pero no lo cita; dicho artículo es «Indo-europeo et sémitique», *Revue de Phonétique* 2, 101-132). El turno de Jerzy Kuryłowicz está por llegar.

Kuryłowicz acepta la teoría laringal durante su estancia en París, bajo la auspicio educativo de Antoine Meillet (1866-1936), entre los años 1923 y 1925. Solo un año más tarde, durante una estancia en Lwów (en la actualidad Ucrania), Kuryłowicz verá publicadas sus conclusiones al respecto: el hitita, lengua anatolia recién descubierta por el arqueólogo checo Bedřich Hrozný (1879-1952), conserva los sonidos que Saussure postulaba. Al lingüista polaco se debe la introducción de las grafías <²₁ ²₂ ²₃> (empleando el diacrítico <-> parece querer dejar claro su valor como consonante), tras identificar las ecuaciones siguientes entre el hitita y otras lenguas clásicas: *hantezzi* 'primero' : latín *ante*, *paḥš-* 'guardián' : latín *pāscor*, *pāstor* y *da-a-i* : griego $\delta\acute{\iota}-\delta\omega-\mu\acute{\iota}$ < PIE

**deh*₃- 'dar' (la laringal **h*₃ no continua en hitita con tal; en el libro WS escribe hitita *dā*- y PIE **deh*₁-, incorrectas o de transcripción poco recomendable). Otros descubrimientos suyos son que el schwa /ə/, pese a la opinión de Cuny, es anaptictico, como las vocales protéticas del griego o del armenio, o que */*h*₃/ debe ser un fonema sonoro, dado su comportamiento en secuencias del tipo védico *pībati* : latín *bibit* < PIE **pi-p*₂₃-*e-ti*. Igualmente rechaza la existencia de vocales o diptongos largos que no sean consecuencia de un alargamiento compensatorio tras pérdida de laringal, postura algo discutida, sino rechazada, en la actualidad.

Y hasta aquí la introducción del editor. Como es lógico, la parte más interesante en lo que atañe al debate sobre la viabilidad de la TL queda fuera de los límites del trabajo, quizás porque Kuryłowicz no podrá presenciarla. Así, no se discuten las cuatro laringales defendidas *a posteriori* por E.P. Hamp o D.Q. Adams (véase por ejemplo J.P. Mallory y D.Q. Douglas (eds.), *Encyclopedia of Indo-European Culture*, London & Chicago 1997), en general por algunos miembros de la escuela norteamericana. Tampoco se discuten, ni siquiera se mencionan, los argumentos de los detractores de la TL, dividida entre aquellos que en absoluto la aceptan, como algunos miembros de la escuela soviética H. Jonsson, *The Laryngeal Theory. A Critical Survey*, Lund 1978), o sólo parcialmente, p. ej. los defensores de la hipótesis indohitita (véanse, por su claridad de exposición y por citar nombres de acuerdo a la corriente defendida, los capítulos dedicados a las laringales en W.P. Lehmann, *Proto-Indo-European Phonology*, Austin & London 1955 y en F.R. Adrados, A. Bernabe y J. Mendoza, *Manual de lingüística indoeuropea*, vol. 1. *Prólogo, introducción, fonética*, Madrid 1995). Se trata, en suma, de una exposición conservadora que busca, lógicamente, enaltecer la obra de Kuryłowicz, por otro lado con total merecimiento.

La selección bibliográfica es un tanto particular, sino extraña —el libro no tiene sección bibliográfica, a pesar de que en p. iv se afirma que sí hay—: Smoczyński cita los estudios clásicos de F. Lindeman (sólo el texto alemán, sin dar referencias a la traducción inglesa de 1997) y O. Szemerényi («La théorie des laryngales de Saussure à Kuryłowicz et à Benveniste», *BSL* 68, 1, 1973, pp. 1-25), pero no el editado por Werner Winter (*Evidence for Laryngeals*, Austin 1960), un trabajo mucho más explícito y detallado que los anteriores, pese a que estos lo emplean extensamente. Tampoco menciona los recientes trabajos que confirman en cierto modo la existencia de las laringales, especialmente desde un punto de vista urálico, p. ej. J. Koivulehto, *inter alia* «The earliest contacts between Indo-European and Uralic speakers in the light of lexical loans», en C. Carpelan, A. Parpola y P. Koskikallio (eds.), *The earliest contacts between Uralic and Indo-European: Linguistic and Archeological Considerations*, Helsinki 2001, pp. 235-263, más la reciente recopilación de sus artículos anteriores: *Verba mutuata. Quae vestigia antiquissimi cum Germanis aliisque Indo-Europaeis contactus in linguis Fennicis reliquerint*, Helsinki 1999. Ni rastro tampoco de las hipótesis que consideran las laringales como vocales (véase E. Reynolds, P. West, J. Coleman, «Proto-Indo-European 'laryngeals' were vocalic», *Diachronica*, 17, 2, 2001, pp. 351-87). Por otro lado, nadie, ni siquiera WS, ha alcanzado a comentar que la filología semítica determina por completo la formulación de la TL. Desde la terminología (algunos indoeuropeístas califican al schwa como *indogermanicum* para distinguirlo de su homónimo hebreo-semítico), hasta sus principales iniciadores —Kuryłowicz, Cuny y Møller fueron destacadísimos semitistas—, todo está impregnado por un característico semitismo. Lejos de ser esto algo reprochable —el hecho de que ni siquiera los semitistas reconozcan esta situación parece a menudo hacer pensar que así es—, es una prueba ideal de que aportar diferentes matices y puntos de vista siempre es en beneficio de todos.

Además de los cinco artículos arriba comentados, a modo de material complementario se reproduce una fotografía de inmenso valor simbólico, para algunos incluso sentimental, donde aparecen varias de las personalidades más importantes en la carrera por mejorar nuestro entendimiento de la filología indoeuropea: el dravidólogo e indoiranista Jules Bloch (1880-1953), los ya mencionados Jerzy Kuryłowicz y Antoine Meillet, Pierre Chantraine (1899-1974), el germanista y celtista Joseph Vendryes (1875-1960), y Émile Benveniste, que de modo anecdótico ni para hacerse la foto deja de leer un libro. Aunque en este diapositiva faltan otros alumnos destacados de Meillet, como André Martinet (1908-1999) o Georges Dumézil (1898-1986), el grupo no desmerece en absoluto. Un *index verborum* (pp. 97-102) y otro índice onomástico (p. 103) cierran el volumen.

Puede pensarse que traducir artículos del francés al inglés es una pérdida de tiempo, dado que hoy en día la indoeuropeística profesional exige conocer como mínimo no sólo inglés y francés, sino también alemán y en menor medida, ruso. Sin embargo, esta labor de recuperación bibliográfica se ha realizado con la intención de rescatar dichos artículos de publicaciones de difícil acceso: el primer artículo (pp. 5-16) «*ə* indo-européen et *h* hittite» procede de *Symbolae grammaticae in honorem Ioannis Rozwadowski*, vol. 1, Cracoviae: Gebethner & Wolff, 1927, pp. 95-104; el segundo, «Les effects du *a* en indo-iranien» (pp. 17-58), *Prace Filologiczne* XI, 1927, pp. 201-43; «Origine indo-européen du redoublement attique» (59-64), aparece en la revista *Eos* XXX, 1927, pp. 206-10; «Quelques problèmes métriques du Rigvéda» (pp. 65-87), en la revista de procedencia polaca *Rocznik Orientalistyczny* (con ortografía arcaizante, en la actualidad *Rocznik Orientalistyczny*) IV, 1928, pp. 196-218; el quinto y último, titulado «Le type védique gr̥bhāyati» (pp. 88-95), en el homenaje *Étrennes de linguistique offerts par quelques amis à Émile Benveniste*, Paris: Geuthner 1928, pp. 51-62. Al margen del homenaje a Benveniste —puestos a mencionar edades sorprendentes, nótese que Benveniste, nacido en el Cairo en 1902, recibe este volumen conmemorativo a la edad de 26 años— y la revista *Eos*, el resto son trabajos poco accesibles, incluido el homenaje a Jan Michał Rozwadowski (1867-1935), pese a haber sido el más importante indoeuropeista de Polonia (no en vano, una ley eslava de redundancia laringal lleva su nombre, véase H. Andersen, *Reconstructing prehistorical dialects: initial vowels in Slavic and Baltic*, Berlin 1996, para sus efectos en báltico R.H. Derksen «Rozwadowski's rule in Baltic», *Baltu filologija* 11, 1, 2002, pp. 5-12).

En conclusión, se trata de un libro de eminente valor historiográfico, con valor de lectura obligatoria para aquellos que se inician en este campo de la lingüística indoeuropea.

José Andrés ALONSO DE LA FUENTE
Universidad Complutense de Madrid

Krzysztof T. WITCZAK (2005): *Język i religia luzytanów. Studium historyczno-porównawcze*. Łódź: Wydawnictwo Uniwersytetu Łódzkiego. ISBN: 83-7171-837-3. 472 pp., il., map.

Desde el comienzo de su carrera el indoeuropeísta y profesor de Filología Clásica en la universidad polaca de Łódź, Krzysztof Tomasz Witczak [KTW], ha mostrado un especial interés por las lenguas y gentes paleohispánicas, en especial por las lusitanas. Fruto de esa profunda curiosidad es el libro que aquí se reseña, un auténtico manual que no sólo puede emplearse a modo de introducción, sino que permite al interesado profundizar y conocer, de forma más o menos detallada, muchos de los aspectos de aquella cultura de Viriato.

Tras el amplio y detallado índice de materias (pp. 3-5), la introducción (pp. 7-10) establece el marco general de trabajo, los inicios del mismo y las razones que han llevado a KTW a su composición. Del mismo modo, allí se comenta como en general hay cierta desidia en los trabajos científicos profesionales a la hora de contar, o simplemente mencionar, con la lengua y población lusitanas. El autor no tiene ningún problema en ejemplificar dicha situación empleando para ello el célebre manual de Robert S.P. Beekes, *Comparative Indo-European Linguistics. An Introduction* (Amsterdam, John Benjamins 1995), donde efectivamente se ignora la presencia del lusitano en el apartado dedicado a los primeros pobladores de la Península Ibérica. Concluye el especialista polaco: «O Luzytanach w tym momencie [pág. 29 de Beekes 1995] Beekes jak gdyby zapomina. Niestety, tego rodzaju praktyka jest nagminna w dotychczasowych opracowaniach» (p. 9) [trad.: «Como si en este momento Beekes se olvidara de los lusitanos. Por desgracia, semejante tipo de práctica es habitual en los trabajos actuales»]. La situación de los estudios en Polonia es aún peor, tal y como señala KTW, luego uno de los objetivos prioritarios del autor es rellenar ese tremendo hueco en la bibliografía especializada polaca.

El libro se presenta dividido en nueve capítulos. En el primero (pp. 11-46) se describen de forma general las gentes y lenguas de la España antigua, para después pasar, esto ya en el segundo capítulo (pp. 47-65), a un análisis algo más pormenorizado de las lusitanas. En el tercer capítulo

(pp. 67-198) se enumeran las inscripciones que conforman su *corpus* léxico lusitano, acompañadas éstas de comentarios y puntualizaciones también de carácter más o menos general. Las inscripciones aparecen recogidas gráficamente, incluyendo la transliteración e incluso traducción allí donde procede. La religión lusitana y los elementos indoeuropeos que en ella pueden reconocerse son tratados en el cuarto capítulo (pp. 199-246). Sin embargo, los comentarios de índole indoeuropea sólo abarcan tres páginas y se limitan al recuento de raíces indoeuropeas vinculadas a la esfera religiosa que se han conservado en lusitano, como por ejemplo el tan traído REVE < ide. **dyeuei*. Los dos siguientes capítulos, a saber el quinto (pp. 247-76) y el sexto (pp. 277-93), son un esbozo de gramática histórica. En el primero de ellos se da cuenta de la fonología –acento, vocales, sonantes, consonantes, grupos consonánticos–, mientras que en el segundo se hace lo propio con la morfología –tipos de flexión nominal y algo de la conjugación verbal– y la sintaxis. Como es lógico, la condición fragmentaria de esta lengua no permite al autor escribir más de cuatro páginas (pp. 290-3), nada novedosas, por otro lado, sobre esta última. El séptimo capítulo (pp. 295-390) es una especie de diccionario etimológico cuyos artículos aparecen glosados según la traducción polaca de los términos lusitanos conservados, y no viceversa. En ocasiones ni siquiera se cita la palabra lusitana en cuestión, lo cual supone a menudo más de un problema. Con respecto a la posición que ocupa el lusitano en el entramado indoeuropeo, lo cual se discute en el capítulo octavo (pp. 391-410), el autor concluye que dicha lengua mantiene un estrecha relación con el grupo italo-celta, algo ya bien sabido. El último capítulo (pp. 411-27) está dedicado a la prehistoria lingüística y etnológica lusitana. La sentencia con la que se abre esta sección ilustra perfectamente cuál es el estado en el que se encuentra: «Cóż pewnego można powiedzieć o genezie języka luzytańskiego?» [trad.: ¿Qué puede decirse con seguridad acerca de los orígenes de la lengua lusitana?]. La respuesta, por desgracia, debe ser necesariamente parca. El autor, en cualquier caso, presenta hechos conocidos y a modo de novedad, ofrece algunas comparaciones de topónimos germánicos donde se reflejan algunos de los cambios fonológicos que el autor ha propuesto para el lusitano. Por ejemplo, en el caso del cambio /d/ > /r/, se propone ide. **pezdo*- ‘bicho, gusano’ (cf. antiguo indio *perdu*- ‘insecto’) > germánico occidental **pē₂ra*- > holandés y frisón *pier*. Por supuesto, la mención de este tema no es gratuita, ya que KTW está interesado de igual modo, por otro lado legítimamente, en un tipo de expansión poblacional que en el bando germánico ya fue tratado por autores como Maurits Gysseling (1919-1997), y que podrían, por qué no, ser aplicados en el caso lusitano-celta. Una cuestión muy diferente es si realmente los resultados se ajustan al material disponible. Completan el volumen una inmensa, actualizada y útil bibliografía (pp. 429-56) que se reparte los títulos en cuatro grandes secciones: obras antiguas originales, obras antiguas traducidas, diccionarios etimológicos y trabajos científicos. Le siguen a continuación la lista de abreviaturas (pp. 457-64), de mapas, ilustraciones y esquemas (pp. 463-4), un resumen en inglés (pp. 465-70) y una nota sobre el autor a cargo de la editorial (pp. 471-2), ilustrativa cuando menos.

Más en profundidad, merecen comentario algunas secciones concretas. En el capítulo dedicado a la descripción diacrónica de la fonología lusitana, el autor analiza cuatro problemas, a cada cual más polémico: la lenición, el resultado de IE */-s-/ y */-d-/, y la evolución de los fonemas IE labiovelares, así como de la secuencia velar + **u*, como por ejemplo en IE **akuā*- ‘agua’. Mientras que en el primer y último caso el autor parece coincidir con la opinión general (en suma, que los ejemplos son escasos y las oportunidades de fijar un resultado concreto pocas), con la evolución de los fonemas IE */-s-/ (pp. 261-7) y */-d-/ (pp. 267-74) KTW se aleja con mucho de ésta. El autor defiende, como ya hiciera en trabajos anteriores, que formas como LAEBO ~ LAEPO representan el último estadio de una evolución previa **Lāhebo* < **Lāsebo* < ide. **lāseb^ho(s)*, cfr. latín *Laribus*, con la que se registra un cambio fonético ide. */-s-/ > /-h-/ > Ø. Esta evolución va en contra de la visión general, que considera que ide. */-s-/ se conserva en lusitano. El autor utiliza como argumento a favor el hecho de que algunas lenguas célticas reflejan este mismo cambio, e.g. ide. **suesōr* ‘hermana’ > proto-celta **suehūr* > antiguo irlandés *siur*, frente a antiguo cónico *huir* o galés *chwaer*. Por supuesto, otros especialistas han criticado la propuesta de KTW, en especial Francisco Villar, Blanca Prósper y Rosa Pedrero, al considerar, no sin razón, que se trata de una idea fundamentada en datos inexistentes, ya que ni para LAEBO ni LAEPO existe una escritura

*LAEHO, como en otros casos donde parece existir en efecto un cambio ide. */-s-/ > lusitano <H>. La respuesta del autor polaco a las críticas de los especialistas españoles, en este y otros aspectos, suele ser siempre la misma: los contraejemplos ofrecidos resultan poco fiables y por lo tanto no válidos, e.g. PRAESONDO no es una forma válida para ejemplificar la retención de ide. */-s-/ porque no tiene carácter ide.: sólo puede compararse con latín *praesidium* y *praesul* (p. 264). Otro ejemplo que reflejaría la evolución propuesta por el autor sería (deis) EQUENUBO < ide. **ek̑uei-sūnub^hos*. En lo que respecta a ide. */-d-/, KTW toma como referencia REVE < ide. **dyeuei*, que demostraría, siempre según la tesis del autor, un cambio */-d-/ > */-ð-/ > */-z-/ > /r/, idéntico al registrado en umbro. Incluso se ofrece una alternancia en LARAUCO ~ LADICO, con independencia de que ambas palabras están localizadas en contextos completamente distintos, así como que presenten una morfología diferente. De nuevo, los contraejemplos ofrecidos por los académicos españoles son para KTW erróneos: o existe la posibilidad de una segunda lectura, e.g. TREBARONI vs. *DEBARONI, OIPAINCIAE vs. *DIPAINCIAE, o bien la forma simplemente no deriva de ide. */d/, como DURĪ, que evolucionaría a partir de una raíz ide. **d^heu-* ‘correr, fluir’ (p. 272). La impresión general de ambas propuestas es que, al no presentar ninguna evidencia física y contundente que respalde los cambios comentados, el «principal» apoyo está en procesos evolutivos tipológicos que si bien están sobradamente documentados en otras lenguas (antiguo irlandés y umbro), nada tienen que hacer con el material lusitano disponible. Además, el autor no refuerza en ningún momento su postura, sino que básicamente se limita a exponer los hechos y a responder las acusaciones de otros especialistas.

Algo más razonable parece la crítica que se vierte sobre la regla de acentuación que en su momento expuso Blanca Prósper, según la cual ide. */-u-/ se perdía en lusitano ante vocal acentuada. El autor ofrece varios contraejemplos a tener en cuenta: DOENTI < ide. **douēnti*, NO *Boelius* < **bouēlius* < ide. **g^wou-* ‘vaca’, OILAM < **ouilām*, Bloena < **blōuēnā*. A pesar de esta interesante información, el autor comenta: «Zauważmy, że miejsce akcentu w wyrazie sanskryckim *avilā-* (f.) ‘ovca’, który jest identyczny z luzyt. OILAM, pozostaje nieznana. Wydaje się, że autorka przypisuje luzytańskiego taki rodzaj akcentu, jaki występował w łacinie, co jest domysłem niesprawdźalnym i zapewne błędnym» (p. 248) [trad.: ‘Advertimos que el lugar del acento en la palabra sánscrita *avilā-* (f.) ‘oveja’, la cual es idéntica a lusitano OILAM, sigue siendo desconocido. Parece que la autora atribuye al lusitano el mismo tipo de acento que actuaba en latín, algo que considero incorrecto y completamente erróneo’]. Por desgracia, el carácter científico de la sentencia cae por su propio peso al abrirla con un verbo como ‘parecer’ [polaco *wydawać się*], que concede a la misma un matiz de suposición, obviamente no indicado para este tipo de juicios. En cualquier caso, tanto en éste como en los anteriores, se agradece, dados los tiempos que corren, que el autor emplee siempre un lenguaje cordial. Al mismo tiempo, KWT nunca expone un tema sin la correspondiente bibliografía de apoyo. Asimismo, el autor argumenta sus opiniones de forma organizada y con multitud de ejemplos, lo cual concede al trabajo en general una honestidad y pulcritud máximas.

Otras observaciones secundarias pueden señalarse, como por ejemplo el hecho de incluir a las laringales ide. bajo el epígrafe de sonantes, la en ocasiones inconsistente transcripción de palabras rusas y antiguo eslavas, a veces en latín, otras en cirílico, o la mención en las abreviaturas del nostrático, cuando las únicas menciones, remotas por otro lado, que recuerdan esta hipótesis de vinculación genética a gran escala son algunos préstamos, más o menos viables, por ejemplo de lenguas fino-ugrias, e.g. fino-pérmico **kāntE* (p. 317, entrada *zyto* [trad.: ‘centeno’]). Igualmente curiosa es la etimología que propone el autor para español *perro* (del latín *persus* < proto-romance **pērsus*, cfr. italiano *perso*, antiguo francés *pers*, con posterior asimilación progresiva **perrus*, del ide. **k^wer-h_xo-s*, cfr. lituano *kėrsė*, *kėrsis*) o proto-eslavo **p_hs_h* ‘perro’ (a través de ide. **pīko-*, cf. antiguo indio *piśāḥ* ‘tipo de ciervo’), en vez de aceptar la propuesta de origen onomatopéyico que, entre otros, habían defendido autores como Joan Coromines (1905-1997), o Corominas, según se prefiera.

En conclusión, la obra que KTW presenta es un interesante y muy elaborado manual general sobre la lengua y religión lusitanas que no se limita a la mera exposición y recolección de datos, sino que además ofrece interpretaciones personales, aunque siempre dando cabida al resto de

posiciones encontradas en la comunidad científica. Ahora bien, sin duda interesará al público polaco, pero por desgracia será más o menos ignorado por los especialistas, no por la calidad, que es sobresaliente, sino porque encontrarán en la lengua de redacción un obstáculo importante. Lo cierto es que al margen de la postura que el autor defiende en algunos puntos, el principal problema de la obra es precisamente la lengua en la que ha sido redactado. No se explica muy bien cómo es posible que tratando un tema que es discutido en círculos de habla mayoritariamente española, pero también con gran influencia inglesa y alemana, se haya optado por el polaco como lengua vehicular. Quizás en un futuro próximo aparezca una traducción con la que todos puedan disfrutar y continuar con el intercambio de ideas que tanto bien hacen al entendimiento mutuo y a la mejora de los contenidos.

José Andrés ALONSO DE LA FUENTE
Universidad Complutense de Madrid

A. PIÑERO (ed.): *Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*, Ediciones El Almendro, Córdoba 2006, 702 páginas.

La alta divulgación de calidad es una tarea difícil que exige un equilibrio constante para lograr interesar a los expertos en la materia al tiempo que se despierta la curiosidad de los profanos y se les informa del discurrir de la investigación especializada. Se debe evitar la acumulación excesiva de datos para exponer los más relevantes y trazar claramente las líneas maestras de los problemas discutidos, sin que ello sea óbice para tratar de avanzar con nuevas ideas en aspectos concretos. Especialmente el estudio de la Antigüedad, sobre la que tantas ideas erróneas, cuando no la más simple ignorancia, domina entre el gran público, debe esmerarse en esta tarea. Esta obra cumple con creces este objetivo, en parte por su origen precisamente en un curso de esta índole. Bajo el título genérico de *Biblia y Helenismo* recoge las quince contribuciones de los participantes en un curso de verano con el mismo título de la Universidad Complutense en Agosto de 2001, más tres capítulos complementarios que a su vez provienen de otro curso de verano sobre el cristianismo entre las religiones de su tiempo celebrado pocos años antes. Otro de los objetivos de la divulgación, que es traer a lengua española los resultados de la investigación extranjera, se alcanza con notable extensión, como una simple mirada a las notas y la bibliografía permite comprobar.

El título delimita perfectamente el ámbito de la obra. La helenización del cristianismo es un fenómeno mucho más amplio que dura al menos hasta el siglo V d. C., pero aquí se trata solamente del influjo griego en los escritos que forman la base de toda la teología cristiana posterior, es decir, en la Biblia. Ello reduce el ámbito cronológico al llamado judaísmo helenístico (s. III-I a. C.) en que se escriben los últimos libros del Antiguo Testamento y al siglo I d. C. en que se componen la gran mayoría de los escritos del Nuevo. Es evidente que un tema tan amplio, pese a la limitación cronológica, exige cierta selección de materias representativas. Tal vez éste sea uno de los grandes aciertos del libro, pues logra un equilibrio entre los dos Testamentos que evita repeticiones y no deja lagunas ostensibles sin tratar.

Tras un prólogo del editor, **Antonio Piñero**, se inicia el primer gran bloque, cinco capítulos sobre el judaísmo helenístico. Un primer capítulo del editor con **A. Lozano** introduce el contexto histórico de los contactos de Israel con la cultura griega, desde antes de Alejandro hasta el levantamiento de Bar Kochba, la destrucción del Templo y la diáspora definitiva en torno al 130 d. C. **J. Peláez** expone los rasgos fundamentales del judaísmo helenístico, con especial atención a la comunidad alejadrina, el centro más activo ideológica y literariamente. El tercer capítulo, de **L. Vegas y A. Piñero**, complementa al anterior al exponer las mutaciones que el contacto con el helenismo impone a la religión judía tradicional: unos cambios teológicos, ideológicos y sociológicos que acabarán trayendo como consecuencia, entre otras, la aparición del cristianismo. **A. Piñero** enfoca a continuación la clave de bóveda de la helenización del judaísmo: la traducción alejandrina del Antiguo Testamento en la versión de los *Septuaginta*, que transmite las Escrituras con léxico y conceptos griegos a las generaciones judías posteriores y a los escritores cristianos. **J. Treballe** expone la

influencia griega, ideológica y literaria, en los libros más tardíos del Antiguo Testamento: Proverbios, Qohelet, Sirácida (pertenecientes al género sapiencial) y el libro de Daniel (único representante canónico de la literatura apocalíptica). Reflejo de la tensión entre ambos géneros, que aún tiene su reflejo en los Evangelios, es la literatura de Qumrán, netamente apocalíptica, y el libro de la Sabiduría, compuesto ya en griego en el siglo I a. C. y en el que la helenización es absoluta.

El segundo bloque, sobre la helenización en los primerísimos estadios de la formación del cristianismo, se inicia, como el anterior, con una introducción histórica y cultural de **R. M. Agui-lar** a la situación de la Judea del siglo I en que se encuadra la figura de Jesús de Nazaret. El siguiente capítulo de **R. Aguirre** analiza el aspecto de la infinita investigación sobre el Jesús histórico que más hincapié hace en su posible helenización, a saber, la teoría (J. D. Crossan, B. L. Mack, F. C. Downing) de que su figura es muy cercana a los predicadores cínicos a partir de las concordancias de muchos de sus dichos con la sabiduría gnómica cínica. En parte de acuerdo con E. Meyers, Aguirre rebate esta idea mostrando que la helenización de Galilea es muy relativa, y que el supuesto cinismo de estos dichos (escogidos exclusivamente de la hipotética fuente Q, con arbitraria exclusión de la tradición marcana) se explica mucho mejor por la tradición sapiencial general del judaísmo helenístico. A continuación, el capítulo de **J. Rius Camps** es de enorme interés por la originalidad y novedad de su perspectiva, que anticipa algunas conclusiones de su próximo comentario en inglés a los *Hechos de los Apóstoles*. En los *Hechos*, la segunda parte de la obra del evangelista Lucas, puede observarse la dialéctica entre los cristianos hebraizantes y los helenistas, y la misma estructura de la obra de Lucas revela la victoria de estos últimos como resultado necesario del plan divino de apertura de la salvación. El uso en apoyo de esta idea del llamado Texto Occidental de los *Hechos*, de igual antigüedad que el texto alejandrino que se sigue usualmente, presta un interés singular a esta contribución.

El tercer bloque se centra en la figura de Pablo, como principal fautor de la fijación en categorías helénicas de la teología cristiana. **M. López-Salvá** señala las coincidencias y divergencias del *corpus* paulino con un fenómeno espiritual típicamente griego como es el gnosticismo, utilizando los textos de Nag Hammadi para poner de relieve que algunas ideas defendidas por los gnósticos del siglo II se encontraban ya en germen en Pablo, como derivaciones del platonismo más o menos vulgarizado que impregnaba el ambiente general. **J. Alvar** vuelve sobre el tema célebre de la relación del esquema paulino de salvación con el de los misterios, y repasa las posiciones encontradas que el último siglo ha vivido sobre el tema, desde la dependencia absoluta de Pablo respecto a los misterios propuesta por A. Loisy al énfasis de A. D. Nock en las diferencias de sentido incluso de los términos compartidos. Dejando atrás la apologética de uno y otro lado, parece acertada la posición de H. Versnel de que misterios y cristianismo comparten los rasgos de la religiosidad helenística en que surgen, a partir de lo cual presentan muchas diferencias. Muchas de ellas provienen de que, como señala W. Burkert en *Ancient Mystery Cults*, Cambridge Mass. 1987 (ausente de la bibliografía), los cultos de misterio no pasan a ser religiones organizadas, lo que marca muchas de sus diferencias con el cristianismo. **J. R. Busto Saiz** llega en su capítulo a una conclusión en esta misma línea respecto a otro movimiento griego, el estoicismo, que también antiguos y modernos han puesto en relación con Pablo. Tras repasar la historia de la investigación y los textos más célebres, concluye que las semejanzas entre la ética paulina y estoica pueden atribuirse al ambiente común más que a una dependencia directa, y que sin embargo en muchos otros aspectos son inconciliables.

El siguiente bloque se centra en los escritos más tardíos del Nuevo Testamento (dejando aparte el Apocalipsis de Juan, incluido en el canon mucho más tarde), en que los que impronta helénica es aún más perceptible. **J. M. Sánchez Caro** analiza las epístolas llamadas deuteropaulinas, pastorales y católicas, que dejan traslucir la vida de las comunidades cristianas del final del siglo I y del comienzo del II. Aparte del contacto ya señalado con el gnosticismo y estoicismo ambientales, el elemento fundamental de la nueva helenización es la adecuación del cristianismo —una vez aplazada la espera de la Parusía inmediata— a la vida como ciudadanos dentro del Imperio, lo que trae consigo la adopción de una moral cívica de clara raíz griega. **A. Piñero** analiza el Cuarto Evangelio como punto de encuentro entre judaísmo y helenismo. De este encuentro surge una obra que puede considerarse el primer documento gnóstico completo (si bien aún en estado incipiente), pues los

temas del gnosticismo cristiano posterior se encuentran ya en la reinterpretación johánica de la tradición sinóptica, que el cuarto evangelista conoce ya en un estado de proto-canonicidad.

Dos capítulos más generales siguen a modo de conclusión. **A. Piñero** traza las grandes líneas evolutivas de la teología cristiana naciente, de Jesús a Pablo y al Evangelio de Juan, como un proceso en que la confluencia de judaísmo y helenismo da al cristianismo una riqueza y complejidad que favorecen su triunfo entre las demás religiones del Imperio. **R. Teja** ofrece una visión complementaria, no de la teología sino de la realidad social: a partir de las epístolas de Clemente Romano e Ignacio de Antioquía analiza la influencia de los modelos sociales grecorromanos en la estructura jerárquica de la Iglesia primitiva, según queda demostrado por las correspondencias léxicas. Las cartas revelan una tensión entre un modelo episcopal «monárquico» y prácticas más «democráticas» en las comunidades cristianas, que corresponden a debates similares en la teoría política helenística.

Como apéndice figuran tres complementos que ayudan a situar esta síntesis cristiana de judaísmo y helenismo en el marco más general de las religiones contemporáneas. **A. Hultgard** expone los rasgos generales del mazdeísmo y su influencia en el mundo grecorromano: la escatología y apocalíptica son su huella más visible en el judaísmo helenístico y el cristianismo; en la gnosis ejerce una influencia más matizada de lo que en el pasado se pensó, aunque el último florecimiento gnóstico, el maniqueísmo, está totalmente imbuido de elementos iraníes; finalmente, el resultado más palmario del impacto persa son los misterios de Mitra. **A. Bernabé** explica los problemas en torno al orfismo, cuya existencia ha sido defendida y negada con igual convencimiento en el siglo XX hasta que los descubrimientos de las últimas décadas han permitido hacer una valoración más equilibrada de este movimiento religioso y especulativo que está en el origen en Grecia de ciertas ideas como el dualismo antropológico que Platón expandirá por todo el mundo helenizado; acaba con la descripción de una de las principales corrientes en que el caudal del orfismo desemboca en época imperial, a caballo entre mística, matemática y filosofía: el neopitagorismo. Finalmente, **J. Montserrat** vuelve sobre el tema del gnosticismo para concluir que en el judaísmo marginal de los siglos I y II, considerado herético por la ortodoxia, se pueden encontrar los elementos sociológicos que definen la gnosis cristiana de los siglos II y III, y que además hay muchos paralelos doctrinales en Filón y el hermetismo. Sus conclusiones concuerdan en buena medida con los planteamientos de los capítulos de M. López-Salvá sobre Pablo y A. Piñero sobre el Evangelio de Juan.

La selección de temas, que limita los solapamientos al tiempo que hila unos capítulos con otros, permite tanto una lectura seguida del libro como la de capítulos parciales. La diversidad de autores y enfoques garantiza la pluralidad de perspectivas sobre un tema nunca exento de posiciones previas. La amplia bibliografía final recoge el material utilizado por los autores, lo que supone una razonable selección de las inagotables investigaciones sobre este campo. Es claro que aún queda mucho por investigar en estos y otros temas afines no tocados aquí (p. e. las célebres conexiones literarias de los *Hechos* con las *Bacantes*, cf. R. Seaford, «Thunder, Lightning and Earthquake in the *Bacchae* and the Acts of the Apostles», en A. B. Lloyd (ed.), *What is a God? Studies in the Nature of Greek Divinity*, London, 1997, 139-151). Este libro debería servir de impulso para proseguir la investigación de las raíces griegas del cristianismo con mayor conocimiento y profundidad. Sólo queda felicitar al equipo cordobés por la excelente calidad de la edición de una obra que cumple con creces sus objetivos.

Miguel HERRERO DE JÁUREGUI

Alma Mater Studiorum – Università degli Studi di Bologna

CALDERÓN DORDA, ESTEBAN - MORALES ORTIZ, ALICIA - VALVERDE SÁNCHEZ, MARIANO (Eds.), *Koinòs Lógos. Homenaje al Profesor José García López*, vols. I-II. Ed. Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, Murcia 2006. Pp. XIX +1-549 (vol. I), XIX + 550-1070 (vol. II).

Como es tradicional, ante el retiro de algún 'Maestro', cuya vida ha estado y continúa ligada a la investigación y educación universitarias, se edita una recopilación de trabajos relacionados con la

disciplina o especialidad del homenajeado. Éste es el caso de *Koinòs Lògos*, obra en la que ciento siete profesores de distintas universidades europeas, especialistas en diversas materias, demuestran su afecto hacia el profesor J. García López mediante concienzudos artículos, con los que se consigue una panorámica científica de problemas particulares centrados en la Filología Clásica. La calidad de los trabajos es acorde a la gran figura que recibe el homenaje, profesor de la Universidad de Murcia desde 1973 y primer Catedrático de ésta desde 1978, cuya atención en campos diversos de la Filología Griega ha producido importantes publicaciones dedicadas a la religión, música y literatura griegas, profundizando en autores como Homero, Píndaro, Aristófanes, los tragediógrafos clásicos griegos, Demetrio, Longino y Plutarco.

El primero de los trabajos, intitulado «Siguiendo los manuscritos del *Agamenón* de Esquilo (Edición Vilchez-Adrados)» (pp. 17-26), se debe al profesor **Francisco Rodríguez Adrados**, quien justifica su edición y traducción del *Agamenón* de Esquilo¹. Teniendo en cuenta la mala transmisión que el texto ha recibido, el autor enfrenta, con gran acribia, las conjeturas de estudiosos como Wilamowitz, Murray-Page o, más recientemente, West a la realidad de los manuscritos. Con esto llega a una clara conclusión: a causa de la búsqueda en Esquilo de «un léxico, una sintaxis y una claridad que no eran cosa suya», desde los filólogos del siglo XVIII, que corrigieron lo evidente, se ha introducido «demasiada suspicacia».

El volumen conjunto continúa con «Mujeres bárbaras en Plutarco: *Vidas* de Lúculo y Pompeyo» (pp. 27-34) de **Rosa M^a Aguilar**. En este artículo se asiste a una exhaustiva reconstrucción de los personajes femeninos relacionados con Mitrídates, a través de la ajustada traducción de los textos plutarqueos. El retrato de sus concubinas –Hipsicratía y Estratonice–, sus hermanas y mujeres –Nisa, Roxana y Estatira– y sus esposas jónicas –Berenice y Mónica– permite descubrir interesantes conclusiones como la naturaleza griega o ‘bárbara’ de éstas y, principalmente, la opinión que el de Queronea ofrece ante sus muertes, casi siempre suicidios. La ausencia en Plutarco de comentario alguno al respecto demuestra su distancia con el pensamiento de la Estoa y lo liga al platónico, que, como es sabido, justifica el suicidio en casos especiales.

El siguiente estudio pertenece a **M^a Consuelo Álvarez Morán** y **Rosa M^a Iglesias Montiel**, quienes en su «Hécuba, *mater orba* (Ov. *Met.* XIII 399-575)» (pp. 35-50) plantean el análisis del texto ovidiano a la luz de las «Troyanas» y la «Hécuba» de Eurípides. Aunque Ovidio hubo de utilizar otras fuentes como los recursos de las epopeyas de Virgilio, Homero y el Ciclo épico y tragedias latinas, ahora perdidas, parece que también recurrió a estructuras y motivos procedentes de los dramas euripídeos.

Milagros del Amo y **Filomena Fortuna** abordan en «Terencio, *Andria* 88: el comentario de Juan de Fonseca» (pp. 51-62) la importancia de las *notae* de este humanista del s. XVII al texto de Terencio. En concreto, el estudio se centra en el comentario al verso 88, en el cual Juan de Fonseca se aparta de la opinión común de los estudiosos de su tiempo, interpretando el significado de *symbolam* como cena a la que los convidados deben hacer una aportación, en especie o monetaria, con lo que se demuestra la vigencia de sus intuiciones filológicas en la actualidad.

En «Sófocles, Traquinias 205-215 y 528» (pp. 63-80), **José Vte. Bañuls Oller** y **Patricia Crespo Alcalá** abordan los problemas textuales que ofrecen los citados fragmentos sofocleos que dan título al trabajo. En concreto, se ofrece un detallado comentario de los términos ἀλαλαῖς y ἀνολολύξατε, cuyo significado puede parecer incluso opuesto. No obstante, según los autores, el texto comentado no merece recibir ninguna enmienda, puesto que las contradicciones pueden ser explicadas por la alteración emocional en que se encuentra el coro.

Francesco Becchi, en «Citazioni menandree in Plutarco. A proposito di una contraddizione sul tema dell' ἔρωρς: Plut., *Amat.* 763-Fr. 134 SDB. (Περὶ ἐρωτός)» (pp. 81-92), analiza, primeramente, el lugar que ocupan en la concepción plutarquea de la educación la poesía y, dentro de ésta, la obra de Menandro, autor cómico más citado por el de Queronea. A continuación, el profesor Becchi aborda el comentario de los textos que dan nombre al artículo, mostrando cómo en

¹ Rodríguez Adrados, F.-Vilchez Díaz, M., *Esquilo. Tragedias III: Agamenón*. Ed. Tirant lo Blanch-Alma Mater-CSIC, Barcelona 2006.

la investigación actual se abre una contradicción referente al texto de Plutarco por la interpretación que hasta ahora se ha ofrecido al término *καυρός* en el fragmento 763B de *Amatorius*. Su propuesta es traducir este término como «colpo di fulmine».

El motivo en la literatura universal de la sombra perdida es el tema sobre el que versa la investigación de **Mariano Benavente** «Teopompo, Fr. 343 Jacoby y el tópico de la pérdida de la sombra» (pp. 93-98). Tras una definición de ésta como «cosa en íntima relación con la vida y el alma de su poseedor», siendo así una 'prenda de vida', el autor dispone fragmentos literarios —de Teopompo a Hans Christian Andersen—, en los que ilustra las posibilidades por las que la sombra se separa del cuerpo, en concreto: «como castigo», «por tratos con el maligno», «por accidente o por broma» y «por propia voluntad».

El profesor **Alberto Bernabé** dedica su trabajo, «Μάγοι en el papiro de Derveni: ¿magos persas, charlatanes u oficiantes órficos?» (pp. 99-110), a describir el significado del término *mágoi* en la columna VI del Papiro de Derveni, según la reedición de Tsantanoglou de 1997. A la luz de autores como Heráclito, Platón, Hipócrates y Heródoto, entre otros, se observa que el término *mágoi* no se refiere a personas extranjeras, sino de modo más plausible a oficiantes órficos griegos que llevan a cabo rituales griegos, y que su significado peyorativo fue aportado por los demás profesionales de la religión o curación, competidores en estos ámbitos.

En «Algunas observaciones sobre el mensajero en el teatro ático clásico» (pp. 111-119), el profesor **Máximo Brioso Sánchez** comienza describiendo la función que cumple el *ángelos* en el drama antiguo como intermediario o mediador, generalmente anónimo, que sirve de enlace entre una fuente distante (un hecho o un individuo) y un o unos receptores del mensaje. De sus intervenciones, verídicas o falsas, importa únicamente su estructura y contenido referido a sucesos externos a la escena. Finalmente, el investigador explica la utilización de este personaje por dos causas principales: las dificultades técnicas de la tragedia y el conservadurismo propio de este género dramático.

La poesía lírica es el tema tratado por **Esteban Calderón Dorda** en «Baqulides y la música» (pp. 121-130). Tras la descripción de las peculiaridades que distinguen al poeta lírico, el investigador define los términos usados por Baquilides para designar a sus cantos —*hýmnos*, *aidá*, *mélós* y *molpá*—, y acabar tratando, en la parte central de su investigación, el aspecto instrumental de la poesía lírica. Para ello, el autor extrae de los fragmentos baquilideos los términos que hacen referencia a instrumentos musicales —*forminge*, *bárbito* y *aulós*— y, apoyándose en los testimonios de otros autores que los mencionan, describe su uso. Finalmente, aborda la importancia de la presencia coral en la obra de Baquilides.

Javier Campos Daroca, en «¿Sócrates escritor? (pp. 131-141), analiza el polémico fragmento final de la *Carta II* del *corpus* de epístolas atribuido a Platón, en el que se afirma que los escritos platónicos son, en realidad, obras de Sócrates. Apoyándose en los testimonios de Dión de Prusa y Máximo de Tiro, el fragmento de Platón cobra una nueva interpretación, al entenderse que «el autor no es tanto el que escribe, sino el que 'hace decir' a otros lo mismo que él dijo», de modo que «escribir» se dice propiamente del que detenta esa fuerza inspiradora, «independientemente del que trace sobre el papel los signos de la escritura».

En «Il croit, comme une brute, à la réalité des choses...» (pp. 143-153), esta frase de G. Flaubert, que da título a este trabajo de **Jolanda Capriglione**, sirve de punto de partida a su investigación. La autora, tras definir la pintura, siguiendo los textos de Aristóteles, Plutarco o Jenofonte, como «l'arte di mescolare i colori per riprodurre ciò che si è visto», plantea el problema al que se enfrentó la filosofía antigua, tal y como nos atestigua Filóstrato, qué ocurre cuando el artista quiere representar algo que no tiene realidad física. La respuesta es aportada por los mismos testimonios de Filóstrato, explicando que, en este caso, actúa una *dýnamis* distinta, la *phantasia*, que traduce en materia icónica aquello que no puede verse.

El trabajo de **Francesc Casadesús Bordoy**, intitulado «Orfismos: usos y abusos» (pp. 155-163), aporta un interesante estudio acerca del uso que la figura de Orfeo recibió de los *agurtai kai manteis* platónicos y de las escuelas filosóficas pitagórica, platónica y estoica. Tras la lectura de los fragmentos relativos a esta creencia, se concluye que el orfismo no sería más que una amalgama, fruto de todos los personajes que, por muy diversas intenciones e intereses, se cobijaron bajo el

nombre de Orfeo para propagar sus creencias y doctrinas, atraídos por la aureola de facultades sobrenaturales que cubría a este personaje mítico.

El volumen continúa con «El discurso giusto s'arrende (Aristofane, *Nuvole* 1102-4)» (pp. 165-169), trabajo en el que el profesor **Angelo Casanova** propone una nueva interpretación del texto aristofánico citado, mediante el comentario del mismo a la luz de los *scholia vetera*. Para el autor, el conocido agón entre los discursos justo e injusto no representa el enfrentamiento entre la antigua educación y la nueva, con una victoria final de la inmoralidad, sino un ejemplo de meta-teatro en el que dos exponentes del «Pensadero», mediante argumentos enfrentados, representan una educación risible y cargada de absurdo.

J. David Castro de Castro aborda en «El de *conscribendis epistolis* de Juan de Santiago: edición y estudio» (pp. 171-180) la importancia que supuso para el género epistolar la obra del jesuita toledano, publicada en Sevilla el año 1595. Según el texto del humanista, la carta es un tipo de discurso que entra perfectamente en el terreno propio de la Retórica, por lo que su estilo es susceptible de ser analizado y enseñado. Así, en primer lugar, existen dos tipos de cartas dependiendo de si constan de un solo argumento o varios —simples o mixtas— y sus partes, siguiendo el *Libellus* de Erasmo, son *salutatio*, *exordium*, *narratio*, *conclusio* y *superscriptio*. En segundo lugar, dependiendo de la finalidad o tema que trata el escrito, pueden distinguirse tres subgéneros: epístola consolatoria, petitoria o comendaticia y gratulatoria. El artículo se cierra con una ajustada trascripción de los textos aludidos, extraídos del ejemplar de la BN de Madrid R 28360.

La descripción iconográfica y mitológica de un personaje poco conocido, perteneciente al acervo popular griego, es el tema elegido en «Palamedeia (IV): acotaciones iconográfico-religiosas a la «Justizmord» o muerte mítica de Palamedes» (pp. 181-186) por **José Antonio Clúa Serena**. En la primera mitad del artículo, el investigador describe las distintas versiones mitológicas transmitidas de la muerte inocente de este héroe: lapidación, ahogamiento o enterramiento en un pozo a cargo de Diomedes y Ulises, y asesinato a manos de Paris o Ulises. Su mito, a continuación, fue continuado por la historia de la «venganza» de su padre, Nauplio, quien protagoniza el mito etiológico del regreso de los héroes aqueos a Grecia. La segunda parte del trabajo analiza las representaciones iconográficas de Palamedes, tanto las conservadas como las conocidas sólo por referencias en textos antiguos.

Elena Conde Guerra, en «Ambivalencia de la edad avanzada como garantía del *optimus princeps* (SHA y Herodiano)» (pp. 187-196), aborda la controversia referente a la importancia de la edad de un jefe de estado, a la luz de la *Historia Augusta* y la obra de Herodiano. Puesto que se acota la investigación a los diez años de intervalo entre la muerte de Aureliano en el 275 y la proclamación de Diocleciano previa a la constitución de la Tetrarquía, se ofrecen los siguientes emblemáticos ejemplos: Cómodo, Tácito, Florianio, Saturnino y Caro. Finalmente la profesora Elena Conde Guerra aporta el testimonio de Plutarco a este respecto, quien, aunque asegura que la edad no es un rasgo definitorio para un buen gobernante, aconseja los cincuenta años como «la edad más adecuada para subirse a la tribuna».

El siguiente artículo, que lleva por título «Γνώμη en Aristófanes» (pp. 197-201), a cargo de **Emilio Crespo**, aborda, en primer lugar, la aparición y evolución de significado de *gnómai* en Homero, Eurípides y Aristóteles. En segundo lugar, diferencia los siguientes tipos de sentencias: *paroimía*, opinión anónima; *ainos*, relato moral; *apóphthegma*, opinión de un individuo formulada en una ocasión que pasó a formar parte de la memoria social; *aphorismós*, definición y, finalmente, *parángelma*, consejo de una persona o de una institución que tiene autoridad moral. En último lugar, Emilio Crespo matiza las llamadas *gnómai* de las *Ranas* aristofánica, subdividiéndolas en *aphorismoi*, *paroimíai* y expresiones hechas, tomadas especialmente de Eurípides.

M^a de los Ángeles Durán López analiza los personajes de Baroja, especialmente Aracil de *La dama errante* e Iturriz de *El Árbol de la Ciencia*, a la luz de la teoría sofística, en su artículo «Sofistas en Baroja» (pp. 203-212). La autora destaca algunos rasgos que unen al citado personaje con el arte retórico, como la sinonimia de Pródico, los *lugares comunes* de Aristóteles, relaciones semánticas o *antítesis mecánicas* que generan inmediatamente quiasmos. Estos rasgos del habla, propia de los personajes de Baroja, describen unas personalidades semejantes a los sofistas, más interesadas en la forma que en el fondo de sus enunciaciones.

Una nueva visión de Sófocles, a la luz de las teorías sofisticas contemporáneas, es el tema que aborda **M^a Carmen Encinas Reguero**, en «Débil versus fuerte. Un argumento de *eikos* en Sófocles y sus implicaciones en la cuestión del asesino o asesinos de Layo» (pp. 213-224). El primer apartado del presente trabajo trata el origen de la retórica y su definición, según Platón y Aristóteles. En el segundo, la profesora aporta ciertos pasajes de *Ajax*, *Electra* y *Antígona* para ilustrar cómo los personajes sofocleos demuestran usos de la retórica. En el tercero, M^a Carmen Encinas, explica que, de este modo se entiende la contradicción de que aunque el mensajero de *Edipo Rey* afirme que fueron varios quienes los vencieron en la encrucijada, donde Layo murió, en realidad fue Edipo el único asesino y, posteriormente, el superviviente de esta contienda mintió, para, mediante un argumento verosímil, salvaguardar su *éthos*. Finalmente, la autora aborda la alterancia del singular y el plural de Edipo al referirse a el o a los asesinos de Layo, concluyendo que el héroe parece emplear el plural al relatar la versión de otros y el singular cuando reproduce palabras propias, para así producir la ironía trágica.

José Antonio Fernández Delgado y Francisca Pordomingo, en «Intertextualidad, intratextualidad y parodia en la parábasis de *Nubes*» (pp. 225-235), analizan el par estrófico oda-antoda de la primera parábasis de la obra aristofánica. Según su estudio, los versos 563-574 y 595-606 se estructuran no de forma correlativa, sino repartida en dos mitades en gran medida simétricas, coincidentes con las respectivas secciones estróficas, refiriéndose cada una a cuatro divinidades relacionadas, en estructura especular: Zeus/Apolo, Posidón/Ártemis, Helio/Dioniso y Éter/Ateña. La organización no se basa en la entidad de las divinidades, sino en su representación cósmica. De este análisis los investigadores extraen una interesante conclusión acerca del controvertido fragmento: «...se trata de una fina composición paródica del género himnico-ditirámico que subrepticamente destaca a Dioniso...» en cuyas dos mitades se distribuyen simétricamente «la interpelación de los dioses invocados, en función de su mayor afinidad al coro de nubes (oda) o al público ateniense de la comedia (antoda)».

La importancia del intento de reforma educativa desarrollada por el lisboeta Luis Antonio Verney en Portugal es el tema tratado por **Elena Gallego Moya**, en «La enseñanza del latín en el *Verdadero método de estudiar* de Verney» (pp. 237-246). Frente a las imperantes formas educativas jesuíticas de la segunda mitad del s. XVIII, Verney propuso a través de sus escritos un aprendizaje de la lengua latina más breve, apoyado en una gramática escrita en lengua vernácula que excluyese las confusiones y las excesivas excepciones incluidas en las obras de los jesuitas. Así, la gramática de Verney se dividió en gramática básica –etimología, sintaxis, ortografía y prosodia– y una segunda gramática, dirigida a estudiantes avanzados y maestros.

En el siguiente artículo, intitulado «El nuevo papiro de Artemidoro y la interpretación arcaizante del geógrafo» (pp. 247-252), **Elvira Gangutia Elicegui**, mediante el comentario del papiro, magnífico mapa ilustrado con pequeños dibujos que representan real o convencionalmente casas o monumentos de cada población, pero sin indicaciones toponímicas, describe distintas regiones de la Iberia ya romanizada, destacando, en ocasiones, sus cualidades más significativas: Cádiz, punta de Sagres, Adra, Odysseia, Cástulo, Nueva Cartago, los ríos Júcar y Betis, etc.

M^a de la Luz García Fleitas, en «Relatos históricos en la obra de Liceas de Naucratis» (pp. 253-262) aborda el comentario de los fragmentos del naucratita. La primera parte del artículo trata la expedición de Cambises a Egipto, destacando cómo el origen egipcio del escritor propicia el acercamiento a los círculos indígenas y una ideología subyacente antipersa. No obstante, también se observa un motivo común a los historiadores griegos, la mujer como motivo causante de la expedición. En la segunda parte, se demuestra cómo la obra de Liceas se aparta de la realidad histórica cuando trata la historia de Agesilao y el egipcio Taco. La tercera parte aborda el «opulento banquete de Nectáneo II», para concluir afirmando, a tenor de los datos ofrecidos, que la obra de Liceas se inserta en el género literario de tratados dedicados a un lugar o país concreto del mundo, en el que los historiadores, alejados del principio de *autopsia*, insertan tópicos forjados siglos antes. Otras cualidades propias de este género son la preferencia por el elemento biográfico en lugar del historiográfico, la visión helenocentrista de sus descripciones, su finalidad como entretenimiento y el trasfondo moral.

En « $\Delta\omicron\kappa\epsilon\acute{\iota}\nu$: apuntes para una gramática de los términos epistemológicos griegos (II)» (pp. 263-274), **F. Javier García González** trata, de manera descriptiva, un tema de indole semántica

como es la inclusión del léxico de la Opinión como parte de un estudio dedicado al Conocimiento. Según el autor, el campo del Conocimiento puede ser estructurado en dos bloques: «uno, expresando mayor seguridad –*eidénai*–, y otro, menor seguridad –*dokein*–, según que el hablante se comprometa, o no, con la veracidad de lo enunciado». El campo de investigación serán las obras de Eurípides, Esquilo, Sófocles, Aristófanes, Tucídides e Hipócrates. En las siguientes páginas se analiza el uso de *dokein* en el corpus citado, acompañando a las conclusiones parciales cuadros descriptivos, en los que se dispone la frecuencia de uso en cada autor.

El profesor **Carlos García Gual** presenta un interesante trabajo acerca de la pervivencia homérica en «Ecos novelescos de la *Odisea* en la literatura española» (pp. 275-283). El artículo se estructura mediante la descripción de las características esenciales de tres obras: *Odiseo*, *El ciego de Quiós* y *La herida de Odiseo*. La primera es obra del escritor barcelonés Agustín Bartra, en la que se insertan, de modo original y cargado de un fuerte colorido sentimental, las aventuras del héroe heleno, tales como el encuentro con Nausica, Circe, Calipso y Penélope. Antonio Prieto, en *El ciego de Quiós*, muestra una reflexión novelesca sobre la ficticia construcción de la *Iliada* y la *Odisea*, trazada con cierta ironía y fino sentido de la creación literaria que se nutre de la tradición poética y de la propia experiencia. Termina el autor su artículo con un análisis-homenaje a la obra poética de Jacinto Herrero Esteban, *La herida de Odiseo*.

Fernando García Romero, en «Tener (o no tener) el arte de Glauco» (pp. 285-291), analiza la expresión *Glaukōu téchne*, documentada tanto en fuentes literarias, como en eruditas. Destaca en los testimonios cierta contradicción en cuanto a su significado, pues podía utilizarse a propósito de aquello cuya realización requiere gran destreza a causa de su propia dificultad, o a propósito de aquello que puede llevarse a cabo sin dificultad. El problema, según el investigador, se debe a su transmisión en la colección Zenobius Athous, donde aparece el lema con formulación negativa, pero con la explicación en positiva. En cuanto al origen de la expresión proverbial, basándose en el testimonio de Marcelo de Ancira, transmitido en el *Contra Marcelo* de Eusebio, Glauco pudo haber sido cinco personajes distintos, de los cuales Fernando García Romero señala como más plausibles Glauco de Regio, autor del 400 a.C., o Glauco de Quiós, famoso por inventar la soldadura del hierro.

En «*Quasi quoddam salutare sidus* (PL III [11] 2,3): el tópicus y su contexto histórico» (pp. 293-304), a cargo de **M^a Pilar García Ruiz**, se aborda la imagen del soberano en la *Gratiarum actio* de Claudio Mamertino en honor del emperador Juliano. La primera parte del artículo es una presentación de los paralelos que existen de esta figura en otros discursos transmitidos por las *Res Gestae* de Amiano Marcelino. La comparación de estos fragmentos demuestra que existe una serie de tópicos que se repiten en las descripciones de ceremonias de *adventus*: alegría popular, espontaneidad, universalidad y, especialmente en el caso de Juliano, su representación como luz y esperanza de salvación. Su significado, según la autora, es religioso, considerando a los emperadores que llegan como seres cuasi-divinos, en términos solares o astrales. De hecho, Juliano, apasionado adepto del culto a Helios Mitra, eligió como iconografía monetaria la imagen de un toro y dos astros. Estos símbolos esconden la representación zodiacal del emperador (*taurus*) y las dos estrellas pertenecientes a la constelación de Tauro, Aldebarán y el grupo de las Pléyades. Tras este análisis, se concluye que a la luz de la religiosidad del emperador Juliano se entiende el motivo que da título al artículo y se disipa la posibilidad de un discurso de contenido religioso neutro.

Manuel García Teijeiro, en «Algunas aportaciones de los textos mágicos griegos» (pp. 305-316), dedica su estudio a ciertas peculiaridades de los documentos mágicos del mundo grecorromano. En concreto, la investigación tiene como fuentes los tratados o manuales de magia, muchos de los cuales están conservados en papiros; las aplicaciones concretas de la magia, tales como las *tabellae defixionis*, las fórmulas de execración o los textos grabados sobre talismanes; y, finalmente, las obras literarias: el idilio II de Teócrito, la *Apología* de Apuleyo, el *Philopseudes* de Luciano o la recopilación de Flegón de Tralles. Con esto, el artículo trata, en primer lugar, los documentos mágicos, en cuanto manifestación del deseo de conseguir algo, comparándose con las peticiones de las oraciones, solicitudes y cantos de pedigüños. En segundo lugar, se describe la figura del mago y de sus clientes según los textos mágicos. Finalmente se abordan algunos ejemplos concretos de dichos documentos mágicos.

En «Lectura de un mito» (pp. 317-335), **Manuela García Valdés** analiza las figuras de Agamenón y Clitemnestra dentro de las fuerzas humanas y divinas que entran en conflicto en la trilogía de Esquilo. En cuanto al primero, el coro muestra su descontento por la mala política de su soberano, quien ha transgredido la justicia divina –sacrificio de Ifigenia– y humana –guerra de Troya–, a causa de la injuria de Menelao. Por esto, el coro, que ha visto marchar a sus familiares a la guerra fluctúa en sus sentimientos hacia Agamenón. Egisto y Clitemnestra unidos por un mismo interés de venganza ante las injurias recibidas por parte del general atrida, toman el poder de Argos y se extralimitan imponiendo una tiranía. Clitemnestra, individualmente, demuestra un carácter opuesto al concepto femenino, demostrando, frente a la credulidad, racionalidad y prudencia. Pero, a causa de las repetidas ofensas recibidas por su marido –obligación de casarse, sacrificio de Ifigenia y Casandra como concubina de Agamenón–, demuestra un carácter frío, calculador y prepotente hasta que lleva a cabo su revancha. Todo esto causa la valoración negativa del coro hacia ella.

El profesor **Luis Gil**, en «Sobre cómo imaginar la τέχνη ἀλυσίας de Antifonte el sofista» (pp. 337-343), analiza los testimonios que hacen alusión a la técnica de «quitar las penas» mediante razonamientos, practicada por Antifonte. A partir del análisis de los fragmentos alusivos al sofista, en *Vidas de los diez oradores* de pseudo-Plutarco y *Vidas de los sofistas* de Filóstrato, se advierte que Antifonte, en su local junto al ágora de Corinto, llevaba a cabo el trabajo de un primer «psicoterapeuta». Sus fundamentos teóricos, según deduce magistralmente el autor, son dos: «el poder de la mente en la relación psicosomática» y «la naturaleza bipolar del placer y el dolor, la alegría y la pena». De este modo, en su praxis, por ejemplo, intentaría convencer a un padre de que la muerte de su hijo en combate acabará siendo un gozo perenne por su fin honroso. Si esto no funcionara, trataría de hacerle ver que más le valdría avenirse a soportarlo de buen grado que a la fuerza. Finalmente, si nada consiguiera con lo anterior, haría uso del ἐπιφθῆ.

En «Una doble conjetura de F. Arévalo al texto de Juvenco: II 353 y III 153» (pp. 345-352), **Ma Carmen Gil Abellán** analiza dos propuestas de Faustino Arévalo. En concreto, se trata de *nisu* por *risu* en los fragmentos que dan título al artículo, insertos en la *Historia Evangelica* de Juvenco. Se concluye que, las conjeturas de Arévalo, opuestas a los demás editores, están apoyadas por el sentido de los fragmentos y no contravienen la gramática ni la métrica, aunque puedan faltar los apoyos que proporcionan paralelos más evidentes.

Pilar Gómez y Francesca Mestre analizan, en «Luciano y la tradición de la mosca» (pp. 353-364), la descripción del citado insecto en el discurso paradójico de Luciano. En primer lugar, las investigadoras encuadran la obra de Luciano en el género, destacando posibles inspiraciones de Gorgias, Isócrates, Eriximaco, Dión Crisóstomo y Libanio. En segundo lugar, se detienen en un motivo específico: la semejanza establecida por Luciano entre la mosca y el héroe aqueo Menelao. Este paralelismo, según las autoras, desempeña un fin cómico: mediante la alusión del texto homérico, el de Samosata dibuja a la mosca y al hermano de Agamenón como inferiores en el campo de batalla, pero deseosos de desempeñar su cometido, indefensos, pero testarudos. En tercer lugar, se analiza el gusto del insecto por la sangre humana, demostración de su filantropía. Finalmente se concluye ponderando la construcción de Luciano y su uso de las fuentes en este 'juego' retórico.

El siguiente artículo, «Aretalogías y experiencia didáctica» (pp. 365-379), a cargo de **Antonino González Blanco**, comienza con un sentido recuerdo de un seminario compartido con el Dr. García López e impartido por el profesor Rodríguez Adrados, en el que se trató el tema de las aretalogías. Esta rememoración lleva al autor a explicar las cosas que hubieran podido aprender con un sistema de docencia más participativo: «Los estudios de aretalogías», «El número de las existentes», «El género literario», «El apasionante trabajo de campo» y, finalmente, «El gozo de la contemplación. El comentario del texto».

El volumen primero continúa con el artículo de **Rafael González Fernández**, «Casio Dion y los motivos (¿fiscales?) de la concesión (¿universal?) de la ciudadanía romana» (pp. 381-395). El profesor analiza la medida del emperador Caracalla *Constitutio Antoniana* (212 d.C.), por la que se otorgaba la ciudadanía virtualmente a todos los habitantes libres del Imperio. A la luz de los textos de Casio Dion, el papiro Giessen número 40 y otros testimonios referidos, se concluye que

Caracalla perseguía tres fines principales: el primero, aunque con contradicciones internas, sería el posible aumento de número de contribuyentes; en segundo lugar, se propone la acción de satisfacer a los dioses mediante el incremento de fieles; en tercer lugar, el autor destaca como fin más plausible de los mencionados el universalismo, corriente en la que el emperador de origen africano se ve imbuido.

En «Argos Panoptes: entre lo humano y lo divino» (pp. 397-404), **Rosario Guarino Ortega** describe y analiza las principales características del ser mitológico Argos. De éste trata uno de los rasgos más destacados por las culturas antiguas, sus ojos, cuyas dos cualidades son ser heterotópicos —transmutados por desplazamiento— y aumentados en número, características que describen su irracionalidad. Un segundo elemento importante en el mito de Argos es su muerte a manos de Hermes. Este relato es interpretado por la autora como «la metáfora del intento por parte del Hombre de aprehender lo divino, de llegar a descifrar el código de la Vida y a poseer las claves de lo sobrenatural». Así Hermes cumple su cometido, liberando a Argos —el Hombre— de su ignorancia y posibilitarle la trascendencia, transmutado para siempre en la cola del pavo real, cuya importancia simbólica pervive en la alquimia.

Helena Guzmán, en «Helena contadora de historias (*Odisea* IV 233-264)» (pp. 405-412), continúa su línea de investigación relacionada con la esposa de Menelao. Tras un comentario detallado del fragmento homérico que da título al artículo, la profesora concluye que Helena adopta el papel de los contadores de historias, con las que pretende deleitar para conseguir el olvido de las preocupaciones que agobian a los oyentes: Telémaco y Pisístrato. Pero, según la autora, puesto que se trata de un personaje femenino, su naturaleza supone una diferencia con el «mundo aséptico de los aedos», resultando más cercana a las Sirenas, de cuyo canto difiere por su finalidad positiva.

El neohumanismo cristiano del s. XVIII y uno de sus representantes, Faustino Arévalo, es el tema elegido por **M^a Dolores Hernández Mayor** en «El *codex arevalianus* del *Carmen Paschale* de Sedulio» (pp. 413-424). La autora centra su interés en uno de los manuscritos de la biblioteca de Arévalo, del que tan sólo se tiene noticia por las informaciones y *lectiones* insertadas por el humanista español. Así pues, la autora intentará llevar a cabo su reconstrucción a partir de los datos ofrecidos por Arévalo. Se trataría de un códice en papel de principios del XV, escrito posiblemente en letra gótica, en el que se habrían también insertado otras obras de diversa índole, incluyendo el *Carmen Paschale*, que aparecía con el principio y el final parcialmente mutilados. A continuación, se abordan las *lectiones* opuestas a las editadas por el autor español, más de doscientos errores de diversa naturaleza, como incorporación de glosas, mala lectura del escriba, etc, lo que demuestra que se trataba de un *codex recentior*.

El siguiente estudio pertenece a **Felipe G. Hernández Muñoz**, quien en su «Demóstenes, Esquines y el teatro» (pp. 425-430), aborda la relación existente entre el teatro y la oratoria, analizando las acusaciones que se lanzaron los dos egregios contendientes de la tribuna. El autor se detiene en los dos discursos demosténicos más importantes desde el punto de vista del léxico dramático: *Sobre la embajada fraudulenta* y *Sobre la corona*. En estos textos, según el análisis del profesor Hernández Muñoz, se describen ciertas características teatrales de Esquines: por un lado, Demóstenes reconoce en Esquines buenas cualidades como su capacidad de pronunciar el discurso sin tomar apenas aliento y su capacidad memorística, pero, por otro, lo descalifica, tachándolo de actor terciario, «mono trágico» y altilocuente por el numeroso uso de citas poéticas en sus discursos.

En «El «*triconium fori*» y el «*triconium militiae*». Notas sobre la novela histórica *Escipión el africano* de Ross Leckie» (pp. 431-438), **M^a Cruz Herrero Ingelmo y Enrique Montero Cartelle** analizan la exitosa novela histórica que da título al artículo, publicada el año 1988. Los autores del artículo resaltan los grandes errores en los que incurre Ross Leckie, licenciado en Filología Clásica por la Universidad de Oxford. En concreto, las incorrecciones se agrupan del siguiente modo: el uso del latín —*servo* por *servio*, *triconium* por *tirocinium*—, problemas de cronología y *realia* y, finalmente, problemas de la traducción española.

El profesor **Javier de Hoz** dedica su trabajo «Algunos aspectos de los cultos griegos en el extremo occidente» (pp. 439-452) a investigar las prácticas religiosas colectivas exportadas de las

metrópolis a las nuevas *póleis* iberas. Puesto que, según demuestra el investigador, era una práctica general que los cultos de la metrópoli fueran conservados por las colonias y éstas fueron fundaciones de origen focense que tuvieron que pasar o proceder de Marsella, es relativamente posible reconstruir los cultos de las ciudades greco-iberas a través de los testimonios referentes a Marsella. A este trasfondo griego se añadirían los cultos producto de la misma colonia y los nacidos de la confrontación con la cultura indígena. Así, esta teoría se contextualiza con el profundo estudio de la pervivencia del calendario y festividades focesas, de las divinidades mayores, con especial interés por Ártemis efesia, y de Themis en la ciudad de Ampurias. Para su estudio, el autor se sirve de textos literarios, como Aristóteles, de un número abundante de inscripciones y de la antroponimia. Las últimas tres páginas son una abundante y actual bibliografía sobre el tema.

José-Javier Iso, en «Abstractos latinos en *-tas, -tudo, -itia, -ities*» (pp. 453-459), presenta la historia del uso de estos sufijos a lo largo de la latinidad, de Plauto a Orosio, atendiendo también a sus tendencias a la complementariedad a la hora de expresar la abstracción. Para ello presenta en un cuadro, central en su artículo, la frecuencia total de los términos así sufijados en los autores del *corpus*. Como conclusiones se extrae que los abstractos en *-tas* son más frecuentes que los en *-tudo*, seguidos por *-itia* e *-ities*, en orden decreciente de uso; que los abstractos en *-tas* son más frecuentes en prosa que en poesía; y, finalmente, que la aparición de estos abstractos es casi nula en los poetas tardorepublicanos y altoimperiales.

Juan Jiménez Fernández aborda en «Paremiás y frases hechas» (pp. 461-467), en primer lugar, la definición de paremia y, en segundo lugar, el análisis de algunas paremiás con pervivencia en la lengua española. En concreto se detiene su estudio en 'la golondrina no hace primavera', 'llevarse la parte del león', 'el ojo del amo', 'el fin justifica los medios' y 'poner el colofón'. Para su investigación, el autor hace referencia en algunos casos a las colecciones de los paremiógrafos; en otros a los textos literarios.

Dolores Lara Nava analiza, en «La lengua imita a la música. Comentario al cap. 18 del *Peri diaítes* hipocrático» (pp. 469-475), el sentido verdadero de que haya una imitación de la música por parte de la lengua, en el pasaje citado en el título de su trabajo. Frente a la lectura de los manuscritos *-γλωσσα μουσικὴν μιμεῖται-* los editores propusieron lo contrario, que la música imita a la lengua. Según la autora, no es necesario proponer una corrección del fragmento, puesto que en el contexto, donde se asemeja la música a la cocina, la lengua es elemento común a ambas materias, distinguiendo sabores o notas musicales, de modo que el texto transmitido posee significado sin necesidad de enmendarlo.

Antonio Lillo, en «¿Hay testimonios de ἕως ἄν + subjuntivo de presente con el valor de *hasta que?*» (pp. 477-485), tras recoger la interpretación que ofrecen los gramáticos, analiza la conjunción en las obras de Aristófanes, Tucídides y Jenofonte. Tras el detallado estudio que ofrece el autor, concluye que no puede «mantenerse la existencia de una pauta ἕως ἄν + subjuntivo de presente para referirse al límite de una situación que se dará en el futuro, sino que dicha pauta hace referencia siempre a una acción simultánea a la de la principal».

Juan L. López Cruces dedica su artículo, «'Sufrir para no sufrir': un dicho de Diógenes en Estobeo» (pp. 487-496), al análisis de una anécdota de Diógenes el cínico, recogida en *Sobre la enfermedad y la liberación de las penalidades que comporta* (IV 36, 10=SSR V B 486) de Estobeo. En principio, el dicho que da título al trabajo del autor podría ser interpretado simplemente en el sentido de que «si un enfermo sufre, acabará por soportar mejor las penalidades». Pero un estudio más detallado permite que sea plausible una explicación distinta: que el escenario, no transmitido, en el que se pronuncia el dicho sea el Metroo, donde se desarrolló la famosa anécdota del tonel diogénico. Allí, el cínico, al observar el sufrimiento ritual de un sacerdote castrado de la Diosa Madre, le diría irónicamente el citado dicho, dando a entender que hay modos más naturales de sufrir para evitar el sufrimiento, aquellos en los que el filósofo se ejercita.

El siguiente artículo lleva por título «En torno a los coloquialismos de la *lexis* de la tragedia griega» (pp. 497-505), a cargo de **Antonio López Eire**. El autor comienza su trabajo definiendo los coloquialismos en los siguientes términos: «rasgos lingüísticos en los que aparece con toda claridad la lengua en su función dialógica, es decir, la lengua transmitiendo algo más que contenidos semánticos...». A continuación, con gran acribía, distingue una serie de usos coloquiales

extraídos de las tragedias griegas y explica su significado profundo. Sirva de ejemplo μάλ' αὐθις, que aparece en ciertos pasajes de las tragedias esquileas, sofocleas y eurípideas para reforzar o subrayar expresivamente dentro de un coloquio una acción hablada. Este mismo análisis se desarrolla con las formas ἦ μὴν, μὴ ἀλλ', γε, οἴμοι, εἶεν e ἰδοῦ.

Juan Antonio López Férez, en «Algunos eufemismos, indicadores de la relación sexual, en el *corpus hippocraticum*» (pp. 507-517), articula su estudio en once apartados, en los que presenta usos eufemísticos en contexto médico. En concreto, destaca el autor los siguientes grupos: términos relacionados etimológicamente con Afrodita, relacionados con la noción de «unir» –μίσγω y su familia léxica–, referentes a la noción de «estar junto a» o «al lado de», verbos de movimiento que corresponden a la noción de «ir hacia alguien, acercarse a alguien», προσίημι con el significado de «aproximarse a», verbos de movimientos que conllevan la noción de «llegar», «alcanzar» o «tratar», φοιτῶω con el sentido de «visitar con frecuencia» y «mantener relaciones sexuales», verbos que significan «yacer al lado», «echarse junto a alguien», verbos que conllevan la idea de «echarse en la cama con alguien», «estar en la cama junto a alguien», el verbo que indica «dormir con alguien, junto a alguien» y, finalmente, innovaciones terminológicas de la escuela hipocrática, relacionadas etimológicamente con la noción de «flojedad» y «blandura».

En «Un héroe griego de origen español: el poeta Lorenzo Mavilis» (pp. 519-529), **Amor López Jimeno** presenta al sonetista y militante defensor de la causa griega que da título a su trabajo. Comienza la autora con un breve acercamiento biográfico e histórico al personaje que trata, destacando los turbulentos momentos en que vivió: 1860-1912, para analizar la breve, pero interesante, producción de Mavilis. En concreto, la profesora López Jimeno describe brevemente su labor como traductor y prosista, para centrar su análisis en la obra poética, gracias a la que el poeta de Corfú trascendió en la literatura universal. Mavilis, representante de la Escuela Heptanisiótica, fue el introductor del soneto en lengua griega, composición que empleó en 58 ocasiones. En sus sonetos, Mavilis trató temas como la libertad, la naturaleza, el amor, la Grecia clásica –se rastrean referencias a Homero, Píndaro y Anacreonte–, el motivo del *beatus ille* y, destacando sobre los demás, el amor a la patria junto al cantar también a la patria chica.

José María Lucas, en «La *Amimona* de Esquilo» (pp. 531-542), aborda el estudio de esta tragedia perdida. Gracias a los datos recogidos de la tradición mitográfica, la iconografía y los tres fragmentos conservados de transmisión indirecta, a los que se une el *Papiro de Oxirrinco* 2256, fr. 3, el autor reconstruye un plausible argumento de la tragedia perdida de Esquilo: «en una primera parte de la pieza un coro de sátiros guiados por Sileno persigue a Amimona con la pretensión de poseerla, e incluso tal vez desposarla; en un momento dado aparecería Poseidón, que hace frente a los acosadores, y éstos retrocederían asustados; finalmente, el encuentro entre el dios y la muchacha, cuyo planteamiento de llegada desconocemos, termina en un final armónico, resultado de lo cual será el afloramiento de una fuente por obra de Poseidón».

El artículo que pone fin al primer volumen, intitulado «Cuatro notas críticas» (pp. 543-550), está a cargo del profesor **Eugenio R. Luján Martínez**. A la luz de la información extraída de su trabajo para el *DGE*, el autor aborda cuatro problemas de crítica textual, en los que concluye, con una gran acribia, que los editores enmendaron erróneamente el texto transmitido por los códices, equivocando el significado del texto griego. En concreto, conserva la lectura ἐνάργημα en lugar de ἐνέργημα en Diógenes Laercio 10.37; ἐξαγωγή por διεξαγωγή en Areteo, *SD I 2*; ἐμπαπέυσα por ἐμπατεύσα en Nicandro, *Theariaca* 809-810; finalmente, ἐξοργῶσιν en Caleno 17(1).598.

El segundo volumen de *Koinòs lógos* se abre con el trabajo de **Jesús Luque Moreno**, «Los gramáticos y la música. Los músicos griegos y el lenguaje» (pp. 551-563). En el presente estudio, el autor profundiza en los estrechos vínculos que unen la música y el lenguaje. Así, tras una breve diferenciación de los tipos de *vox articulata*, primeramente se trata cómo los gramáticos griegos hacen uso de la terminología musical para definir accidentes del habla, como el tono o acento. Para ejemplificar esto, utiliza textos de Dionisio Tracio, Aristides Quintiliano y los *Scholía Marciana*, entre otros. En segundo lugar, se expone la posibilidad inversa, la opinión de los teóricos de la música, quienes establecen referencias y comparaciones entre el sistema lingüístico –léxis– y el musical –mélòs– en su doble vertiente, rítmica y harmónica.

La comicidad de los nombres propios en la comedia aristofánica, que por el juego del doble sentido, asocian al caballo con los genitales humanos es el tema elegido por **Luis M. Macía Aparicio**, en «De caballos y meneos. Palinodia por Hipocino» (pp. 565-580). En primer lugar, el autor demuestra cómo la tradición conocía ya desde los primeros tratadistas este tipo de juegos semánticos. A continuación, se disponen los ejemplos de la utilización de caballo con connotaciones sexuales, de nombres compuestos por la raíz *-hipo-*, Fidípides o Hippias y de la modificación de nombres preexistentes, sirvan de ejemplo: Tisamenofenipos y Lamaquipito. En segundo lugar, se abordan los casos de *kineín* y sus compuestos por *bineín*. Finalmente, el profesor trata el nombre de Hipocino o Hipobino y su problemática, proponiendo como traducción en *Ranas* «Pichabrava».

Antonio Marco Pérez comienza su artículo, «La respuesta de Éolo a Odiseo (*Od.* 10, 72-75)» (pp. 581-587), tratando la figura del «administrador de los vientos» en micénico y en la tradición mitográfica, para pasar al tema central de su trabajo: las dos escenas de Ulises y Éolo en la *Odisea*. Del primer encuentro –vv. 19-54– el autor destaca los elementos mágicos insertados, tales como la isla flotante en la que Éolo habita, el odre contenedor de vientos, etc. A continuación, se analiza la segunda respuesta recibida por Odiseo, en su segundo encuentro –vv. 72-76–. Ahora Éolo no se muestra como benefactor amable de la causa de Ulises, pues su fracasada llegada a Ítaca demuestra que se trata de un *maldito de los dioses*, con los que Éolo no se quiere indisponer.

En «La gimnástica médica y el tratado hipocrático *Sobre dieta*» (pp. 589-594), **José Antonio Martínez Conesa** trata las tesis fundamentales del tratado médico, el equilibrio de los alimentos y los ejercicios físicos. Tras un breve repaso a la tradición literaria que se refiere a este tema –Heródico de Selimbria, Aristón, los pitagóricos, Pródico o Platón entre otros–, aborda los ejercicios que incluye el catálogo del *Sobre dieta*: los paseos, las carreras, la *alíndesis*, el baño y la natación, la saltatoria, la psicoterapia y la aseolía.

Ángel Martínez Fernández, en «El culto y los honores a los héroes en la antigua Creta» (pp. 595-602), realiza un profundo estudio de la epigrafía cretense y de los pocos testimonios literarios conservados, a fin de describir estas tradiciones en honor a los héroes, surgidas probablemente a finales de época geométrica y principios de la arcaica. En concreto, analiza personajes de los que conservamos algunas noticias, como Minos, el soberano Aqueo que conquistó Cnosos tres generaciones antes de la guerra de Troya y expulsó a los carios de las islas (ca. 1250); Cortis, hijo de Radamantis, héroe fundador de la ciudad de Cortina; Idomeneo, hijo de Deucalión y nieto de Minos. Junto a éstos, el autor nos presenta un numeroso grupo de héroes de cuyo culto y mitología nada sabemos: Itano, Áptero, Festo, Cidón, Arco, Budamos o el Héroe Sanador cretense.

En «ΕΡΟΣ ΠΑΝΔΑΜΑΤΩΡ: el amor todo lo vence» (pp. 603-610), **Marcos Martínez**, tras describir las atribuciones de Eros, hace un breve repaso de las alusiones a esta divinidad en los géneros literarios griegos –de Hesíodo a la novela helenística–. Finalmente, aborda este epíteto en las *Dionisias* de Nonno de Panópolis, donde no sólo es aplicado a Eros, terminando con una alusión a la pervivencia de esta divinidad en la emblemática del s. XVI.

El siguiente trabajo, intitulado «El dulce vino de Ulises (Eurípides, *Cíclope* 147)» (pp. 611-618), a cargo de **Antonio Melero Bellido**, lleva a cabo un comentario del drama satírico euripídeo, atendiendo especialmente a la escena desarrollada en el primer estásimo (v. 96 ss.). El texto editado, según el autor, debe ser enmendado de la siguiente manera: «ἤδιστον ὄν πῶμι ὅσον ἄν ἐξ ὄσκού ρυῆ». De este modo, se entiende que la escena de Ulises y los sátiros es una típica escena de compraventa, construida a partir de los testimonios épicos –Hom., *Od.*, IX 193 ss.–, con una finalidad clara, la comicidad, conseguida porque ninguna de las dos partes del intercambio poseen lo que afirman, pero intentan vender lo mejor posible.

José Luis de Miguel Jover, en «Odiseo y los compañeros: la caracterización de los personajes secundarios en la *Odisea*» (pp. 619-631), tras un extenso comentario de los personajes secundarios que participan en la epopeya –Euriclea, el mendigo Iro, Telémaco, Circe, etc.–, aborda el tema central que da título al artículo. El autor se detiene en los distintos relatos que marcan el carácter de los itacenses: la marcha de Troya, el encuentro con los Lotófagos, Polifemo y Circe, en los cuales se puede rastrear cómo Odiseo se aleja poco a poco de sus compañeros, pues llevados por la *atasthalía*, actúan imprudentemente, causando sus propias muertes. Finalmente, el investigador se detiene en la tragi-cómica figura de Elpénor.

El artículo de **Carles Miralles**, «L'esternut de Telèmac» (pp. 633-643), comienza con unos versos de Leopardi que conducen el comentario de los versos 545-547 del canto XVII de la *Odisea*. En este pasaje se relata el estornudo de Telémaco que resuena en todo el palacio y es interpretado por Helena como signo de buen agüero. El investigador, tras describir la simbología que para los antiguos tenía el estornudo, aborda el comentario del fragmento homérico con gran acribía, deteniéndose en cómo esos augurios se resuelven favorablemente con el regreso de Odiseo.

En «Jacobo Salvador de la Solana, un humanista murciano de XVI» (pp. 645-656) **José C. Miralles Maldonado** propone un acercamiento general a la vida y obras del autor que da título a la investigación. Según los datos recogidos por el autor, el humanista español (ca. 1533 o 1537-1580), tras su formación en Salamanca y Roma, demostró como filólogo, teólogo, matemático, naturalista y poeta su polifacética cultura. Fruto de ella son los tres trabajos de Solana que el profesor Miralles Maldonado detalla, aportando la transcripción y traducción de algunos fragmentos relevantes.

José Guillermo Montes Cala, en «Heracles en el *Idilio* IV de Teócrito» (pp. 657-668) aborda el comentario del fragmento 5-9 del *Idilio* teocriteo, para concluir que la alusión a Heracles, además de ser por causas culturales y religiosas, al elogiarse a un vaquero-púgil de Crotona, parte de un refrán –ἄλλος οὗτος Ἡρακλῆς– y del concepto de Heracles cómico, propio del helenismo, como recurso de construcción del texto literario. Así, apoyándose en la tradición del atleta glotón, Teócrito construyó el fragmento con una finalidad paródica, valiéndose además del contraste, al usar terminología propia de la épica y la lírica coral.

El volumen conjunto continúa con «Plutarco y la serenidad. Notas al fragmento 143 Sandbach» (pp. 669-677), a cargo de **Alicia Morales Ortiz**. La autora dedica su trabajo a defender que las ideas que plantea el *περὶ ἡσυχίας*, obra de la que tan sólo se conservan los testimonios transmitidos por Éstobeo, no entran en controversia con la ideología plutarquea, de modo que la obra puede ser adscrita al de Queronea. La citada obra presenta una serie de tópicos relativos a la oposición entre el *otium* y el *negotium* y al elogio de la vida retirada y contemplativa. A partir del análisis de ciertos pasajes de Plutarco y Platón, la autora defiende que esta ideología no contradice el género de vida propuesto por el de Queronea, según el cual el individuo debe dedicar su vida no sólo al pensamiento y la filosofía, sino también a actuar como ciudadano de la pólis.

En «Recursos didácticos en Platón: a propósito de *Protágoras* 320C-322D» (pp. 679-683), **Concepción Morales Otal** revisa el fragmento que da título a su trabajo, para, tras su debido comentario, utilizarlo como inspiración de una serie de medidas educativas: «es posible enseñar mejor», «es importante buscar el método apropiado y agradable, consultados los interesados» y «es conveniente contar con la tradición y la experiencia ante la innovación, sabiendo los jóvenes escuchar más al anciano».

Carmen Morenilla Talens aborda, en «Paratragedia del Pathos en la *Hermíone* eurípidea» (pp. 685-698), el oscuro personaje de *Hermíone*. Según la autora, se observan diferencias del mismo personaje en la obra de *Orestes* frente a la *Andrómaca*. Mientras que en la primera es una adolescente sumisa a las órdenes de los mayores, en la segunda se encuentra en pleno conflicto conyugal, enfrentada a *Andrómaca* por Neoptólemo. A partir de las dos intervenciones de *Hermíone*, la autora reconstruye un personaje que, además de encarnar los defectos que los atenienses aplicaban a las espartanas, se muestra malcriada, coqueta, presuntuosa e irascible y cuyo arrepentimiento ante el mal cometido contra su marido es motivado por el miedo a las represalias.

El siguiente artículo, cuyo título es «Catulo, Ovidio y Propertio en el *Anacreón* de Quevedo» (pp. 699-711), a cargo de **Francisca Moya del Baño**, analiza la problemática traducción del *Anacreón castellano*, obra del conceptista publicada el año 1609. En primer lugar, la autora analiza la forma de traducir de Quevedo, que, puesto que poseía un conocimiento rudimentario de la lengua griega, es definida como traducción-paráfrasis, dependiente de la edición con comentarios de Henrie Estienne y de las versiones latinas. En segundo lugar, la autora se detiene en los comentarios de Quevedo que hacen referencia a los elegíacos latinos –Catulo, Ovidio y Propertio–, y demuestran la gran erudición del poeta español.

Jesús M^a Nieto Ibañez, en «La educación física en la *paideia* cristiana: ejercicio y espectáculo» (pp. 713-719) rastrea las referencias al ejercicio físico en algunos de los tratados cristianos

dedicados a la formación de los jóvenes en la nueva *paideia Christi*. Según el autor, aunque en el *NT* no hay ningún elemento que guarde relación con el ideal de la *kalokagathía*, existe una evolución ideológica, según la cual, de postulados más cercanos al concepto helenístico, se pasa a los duros ataques desde Tertuliano a San Agustín. En *El pedagogo*, Clemente de Alejandría propone el trabajo físico masculino como complemento a la fe; Basilio de Cesarea, en *A los jóvenes sobre el provecho de la literatura clásica*, extrapola la figura del atleta al cristiano que lucha por su salvación; finalmente, Juan Crisóstomo, en *De la vanagloria de los hijos*, hace desaparecer toda referencia al cuidado del cuerpo. Semejante evolución se presenta en cuanto a los espectáculos, permitidos hasta que en los s. III y IV el cambio educativo favorece su desaparición.

El siguiente estudio pertenece a **Alfonso Ortega Carmona** quien, en su «Sobre el nacimiento del libro» (pp. 721-727), plantea la evolución del libro, desde que el mítico Cadmo trajera de Oriente a Occidente las *Letras Cadmeas*, pasando por el papiro y el pergamino en forma de rollo, la publicación de los cuatro *Evangelios* en forma de códice de pergaminos, ordenada por Constantino el Grande, hasta la invención de la imprenta.

Enrique Otón Sobrino desarrolla en «Y miraron al cielo» (pp. 729-736) una profunda retrospectiva de la religiosidad romana, en estrecha correspondencia metafórica con la manera de mirar al firmamento. Según el autor, Epicuro y su discípulo Lucrecio, como se ha transmitido en *De rerum natura*, tuvieron «el valor de mirar frente a frente a la bóveda celeste», desmitificando el firmamento, ya no habitado por los dioses, quienes vivirían en los *intermundia*. En Virgilio observa el autor la búsqueda de una nueva teología. A continuación, las obras de Germánico, *Phaenomena* y *Pronostica* son descritas como frutos de la ideología epicúrea y virgiliana. Manilio muestra un afán «mítico e inmanentista», mientras que Apuleyo y S. Agustín «se encuentran con la Divinidad justamente a partir de su miseria moral». Finalmente, destaca el investigador la *Carta a los Efesios*, donde se presenta una nueva desmitificación del firmamento, para llegar a una teoría de la salvación.

Diana de Paco Serrano abordará en «La *Crestomatía* de Proclo y la tradición poética y retórica» (pp. 737-745) la problemática adscripción de esta obra al gramático Proclo del s. II o al filósofo del s. V d.C. La autora defiende la segunda opción y, para su demostración, realiza un estudio de su obra y un análisis de la tradición anterior a Proclo. Concluye la autora con la clasificación que Proclo lleva a cabo sobre los géneros literarios –diegéticos: épica, yambo, elegía y lírica; miméticos: tragedia, drama satírico y comedia–, ponderando la gran utilidad de su obra tanto para los estudios literarios antiguos como modernos.

Rosa Pedrero analiza en «El aprendiz de brujo: de Luciano a Walt Disney pasando por Goethe» (pp. 747-755) los aspectos principales de la transmisión del tema, deteniéndose en los detalles que han pervivido y en los que no. El *Philopseudés* de Luciano de Samosata comienza una tradición, con posibles rastros del cuento popular, que continúa en el *Der Zuberlehrling* (1797) de Goethe, el *scherzo* de Paul Dukas titulado «L'apprenti sorcier» (1897) y, finalmente, en *Sorcerer's Apprentice* (1937) de Walt Disney.

El profesor **Jesús Peláez** aborda en «La definición de los lexemas en el *Diccionario Griego-Español del Nuevo Testamento* (DGENT): βασιλεία y lexemas afines» (pp. 757-766) el estudio del significado lexical y de los diferentes sememas o acepciones del lexema que aparece en el título de su trabajo. Primeramente, haciendo uso del método de análisis semántico utilizado para la confección del DGENT, diferencia los tres significados que en contexto presenta βασιλεία: realeza, reinado y reino, cuyos sememas presentan una secuencia descriptiva metonímica. A continuación, procede de igual modo con los derivados y compuestos de βασιλεία: βασιλεύω, συμβασιλεύω, βασιλεύς, βασίλισσα, βασιλεις y βασιλικός.

Sabino Perea Yébenes dedica su estudio «Un testimonio tardío sobre la sátira greco-latina (Lido, *Mag.* I, 40-41)» (pp. 767-776) a analizar las ideas del tratadista del s. VI d.C. acerca de «la comedia y la tragedia, y cuándo fueron conocidas por los Romanos». Según el autor, Lido identifica a Titinio, L. Afranio y T. Quintio Atta como los pioneros de la comedia latina. En cuanto a la comedia griega, Lido, ignorando a Aristófanes, centró su tratado en Cratino, como iniciador de un género en el que se mezclaba el *komós* y la farsa e introductor de las fábulas mitológicas en argumentos de la vida corriente. También se citan a otros autores de los que no conservamos apenas alguna noticia, tales como Rintón de Tarento, Esciras o Bleso de Caprea «el tartamudo».

La música en la novela helenística es el tema elegido por **Enrique Pérez Benito** y **Diego Vicente Sobradillo** en «Música y literatura en Grecia: elementos musicales en la novela de Longo de Lesbos y su deuda con el modelo teocrito» (pp. 777-784). En primer lugar, los escritores ofrecen algunos apuntes sobre las principales manifestaciones musicales en Grecia y sus repercusiones sociales. Concluyen los profesores, tras un detenido análisis de las obras de Teócrito y Longo, afirmando que el primer autor da una gran importancia tanto en el contenido como en la forma a la materia musical, lo que es adoptado por Longo amplificándolo. Según los escritores, «la música en *Dafnis y Cloe* no es un simple divertimento de pastores, sino algo que supera los límites de la esfera humana».

Francisco Javier Pérez Cartagena, en «Χοροδιδασκαλία. La dirección del coro en el drama ático» (pp. 785-794), responde a una serie de cuestiones sobre la figura del director del coro en el drama clásico, tomando como punto de partida su concepto moderno como «encargado de adiestrar al coro en los ensayos y dirigirlo en escena». El autor concluye que, una vez formado el coro y organizado según las aptitudes de los cantantes, el *chorodidaskalos* comenzaba con los ensayos, en los que se aprendía el ritmo y la melodía mediante la repetición y la memorización, y se unían las voces en un todo armonioso en timbre y articulación, mientras que los *hegemón chorou*, *koruphaíos* y *chorolektés* serían los directores de escena.

Aurelio Pérez Jiménez, en «Retórica y crítica a los estoicos en Plutarco: relevancia estilística de una cláusula métrica en *De esu carnium* II 6, 999A-B» (pp. 795-801), analiza, desde los puntos de vista del contenido y la métrica, la crítica de Plutarco contra los estoicos, quienes, en opinión del de Queronea, se contradicen al despreciar los placeres superfluos, pero defender con entusiasmo la ingestión de carne. Según el autor, en este fragmento, la cláusula de los períodos hasta llegar a la toma de posición directa de Plutarco contra los estoicos, y con excepción de la primera, es la más habitual en el autor griego: el ditroqueo. El investigador deja abierta la posibilidad de que éstas cláusulas se traten de una coincidencia o habilidad inconsciente del escritor.

En «Alejandro Magno: asuntos científicos» (pp. 803-816), **Miguel E. Pérez Molina** y **Carmen Guzmán Arias** estructuran su trabajo en dos partes bien diferenciadas: en la primera, refieren las fuentes principales a partir de las que se puede reconstruir la vida del general macedonio, mientras que, en la segunda, abordan el tema de los avances científicos consecuentes de la campaña asiática. En concreto, detallan los descubrimientos en la flora y fauna, en la geografía o en el ámbito de la arquitectura civil y militar, hallazgos de ciertos materiales como la nafta/bitumen y fenómenos naturales como las mareas o los eclipses de luna.

«Vencedores y esclavos: las *Trojanas* de Eurípides» (pp. 817-822), a cargo de **Domingo Plácido**, plantea una nueva lectura del texto de Eurípides, a la luz de dos planteamientos esenciales: el protagonismo de los personajes femeninos, cuyo sufrimiento representa al de toda la comunidad y el trasfondo histórico en el que esta obra se escribe y lleva a escena, en un momento entre la victoria y esclavización de la isla de Melos y el combate contra Sicilia. Así, según el autor, la obra plantea un autoexamen del floreciente imperialismo ateniense.

Jaume Portulas plantea, en «La excusa de Hera» (pp. 823-826), una interesante interpretación de los versos 198-210 del canto XIV de la *Iliada*. Según el autor, la petición de los encantos de Persuasión para reconciliar la relación matrimonial de Océano y Tetis es un ejemplo en el que se observa el motivo del *deus otiosus*, con paralelos en la religión mesopotámica, como muestra el *Enuma Elish*. Así, para el investigador, Hera pretendía provocar un nuevo abrazo entre las divinidades primordiales, para, por medio de su progenie, modificar el orden del cosmos impuesto por Zeus.

El volumen segundo continúa con el artículo «Literatura latina y mitología clásica: reflexiones y una propuesta didáctica» (pp. 827-840), a cargo de **M^a Carmen Puche López**. La autora, partiendo de la «fructífera simbiosis en el mundo antiguo entre mitología y literatura», presenta una propuesta didáctica que pueda «adiestrar al alumno en la mitología clásica como otra herramienta más» para la interpretación y comprensión de los textos. Su propuesta es ejemplificada en la poesía elegíaca latina.

Milagros Quijada dedica su trabajo «'Por Ilión, ¡oh musa!, cántame entre lágrimas un canto de duelo, un himno nuevo' (Eurípides, *Trojanas* 511 ss.)» (pp. 841-853) al comentario de este fragmento euripideo. Según la autora, este mensaje, revestido del antiguo lenguaje épico, advier-

te del intento de Eurípides por crear un estilo nuevo en los coros trágicos, marcado por innovaciones rítmicas y musicales en la métrica; en cuanto al contenido, una separación con respecto al argumento de la tragedia; finalmente, Eurípides propondría la introducción de nuevos instrumentos musicales y novedades narrativas, según las cuales la linealidad del relato queda supeditada a la búsqueda de una plasticidad descriptiva.

Sebastián F. Ramallo Asensio, en «*Signaculum* de bronce hallado en las excavaciones del teatro romano de Cartagena» (pp. 855-865), presenta un profundo estudio del sello de bronce en forma de anillo hallado el 11 de enero de 2005 en la Unidad Estratigráfica 10792 del yacimiento arqueológico de Cartagena. El mayor interés procede de su inscripción, en la que puede leerse *L(ucii) Porci(i) Valeriani*, personaje al que se intenta identificar en la segunda parte del artículo. Finalmente se describe la problemática de datación, dependiente del lugar encontrado, y se destacan los escasos paralelos conocidos de este tipo de piezas.

En «*Éros* femenino en los orígenes de la historiografía griega: notas sobre la acepción de *μίσγω*» (pp. 867-872), **Vicente Ramón Palerm**, tras identificar como significado común de *μίσγω* en los textos de Heródoto: el acto sexual, específicamente predicado «de mujeres no griegas» y con «un matiz inequívocamente erótico (animalesco o de promiscuidad) y aún ajeno a las convenciones de mayor raigambre helena», analiza los precedentes historiográficos de Heródoto. En concreto, el autor cita a Ferécides de Atenas, Escilax de Carianda y Janto de Sardes. El significado del término en estos autores, parecido al rastreado en Heródoto, apoya la idea de que el historiador tuvo que contar «con precedentes de nota en la historiografía preexistente».

Enrique Ángel Ramos Jurado, en «Hacia una nueva edición del *Contra Christianos* de Porfirio» (pp. 873-878), realiza, con gran acribía, una crítica a la edición de A. Von Harnack de la citada obra de Porfirio. Se propone, ante la arbitrariedad y mala justificación del anterior *corpus*, una nueva edición, cuyos textos fragmentarios sean ordenados alfabéticamente por los autores-fuentes y que ofrezca en una tabla recapitulativa qué fragmentos el editor considera con fiabilidad procedentes del *Contra Christianos* y cuáles serían sólo del «stock» de la polémica anticristiana, incluyendo, por supuesto, los nuevos fragmentos propuestos desde 1916.

En «*ἄρμυνία* y *τόνος* en la práctica musical griega» (pp. 879-886), **Pedro Redondo Reyes** aborda el estudio de la música, siguiendo los testimonios de Heráclides Póntico, Arístides Quintiliano, Focio, Aristoxeno, Miguel Psello, el *De musica* pseudoplatarqueo y los *Anónimos de Beller-mann*. Tras su análisis concluye que la doble nomenclatura de *harmonía* y *tónos* superó a los autores antiguos, quienes no eran especialistas ni profundos conocedores de la música, por lo que transmitían su información sin saber exactamente a qué fenómeno musical se referían. Así, el autor plantea que, mediante la diferenciación de los citados términos en los textos griegos, se puede intuir su antigüedad aproximada.

Miguel Rodríguez-Pantoja, en «Traducciones del griego al latín en la poesía epigráfica» (pp. 887-896), realiza un profundo análisis de algunos ejemplos de traducciones del griego, conservados en soporte epigráfico y editados en el *corpus* de F. Bücheler-E. Lommatzsch. En los textos aparecen distintas posibilidades como verter el texto literalmente, traducirlo suavizando ciertos términos de mal gusto y recogiendo reminiscencias mitológicas y literarias. Sirve al autor esto para determinar que la traducción no sólo fue practicada por intelectuales y eruditos, sino también por anónimos autores interesados en encontrar una «frase atractiva».

Helena Rodríguez Somolinos dedica su artículo, «Los nuevos versos de Safo y el tema de la inmortalidad por la poesía (*PKöln.inv.* 21351re fr.1.1-8)» (pp. 897-903), al análisis papiroológico y comentario de los nuevos fragmentos encontrados de la poetisa de Lesbos. Del estudio de los fragmentos se extrae que *PKöln.inv.* 21351, vv. 1-8 contiene el final de un nuevo poema sáfico; que *PKöln.inv.* 21351vv. 9-20 + *PKöln.inv.* 21376 + *POxy.* 1787 fr. 1, vv. 11-22 contienen el poema sobre la vejez; que *PKöln.inv.* 21376 recoge dos versos no pertenecientes al poema de la vejez de difícil adscripción; que los versos 1-10 del *POxy.* 1787 fr. 1 son el final de un poema diferente al de la vejez; y que los versos 23-26 del mismo papiro contienen la declaración de Safo sobre la *ἄβρο-σύνη*. En cuanto al contenido, la autora apoya la autoría de Safo, al presentar ideas semejantes a otros poemas bien transmitidos, pero proponiendo un comentario distinto: en el poema «Safo se imagina a sí misma cantando ante los dioses», alcanzando así su inmortalidad.

En «La tradición clásica griega en el teatro de Jacinto Grau. *En el infierno se están mudando*» (pp. 905-913), **Lucía Romero Mariscal** analiza la influencia que el pensamiento platónico y su relación con el arte de la tragedia ejercen sobre este drama, atendiendo a la caracterización de los personajes y al llamativo título de la pieza. Finalmente, atiende la autora, con especial interés, a la presencia de las Parcas mitológicas en la parte última de la obra.

El homenaje continúa con el artículo «La *Vita Aesopi* y el griego coloquial de época imperial (I)» (pp. 915-923), en el que **Consuelo Ruiz Montero** y **M^a Dolores Sánchez Alacid** analizan las expresiones coloquiales en estilo directo de la obra citada, en sus dos recensiones: G y W. En concreto, las autoras basan su estudio en los vocativos expresivos y las frases optativas positivas y negativas, concluyendo que los términos coloquiales estudiados apenas aparecen en otros autores de la antigüedad y que, dentro de la *Vita*, casi todos se registran en el primer bloque temático de la obra, en el que se refiere la historia de Esopo como esclavo.

Marcos Ruiz Sánchez analiza, en «El tema de la suplantación de la divinidad en una novela latina de G. Morlini y sus paralelos clásicos y populares» (pp. 925-934), la pervivencia clásica en la obra del napolitano *Morlini novellae cum gratia et privilegio Cesareae Majestatis et summi pontificis decennio duratura* (1520). El interés del autor se detiene especialmente en cómo Morlini recoge un tema tradicional en el argumento de su novela: un patricio finge ser Cristo para cenar con una mujer, pero su engaño es dejado al descubierto cuando otro joven, al verle a través de una ventana, disfrazado de San Pedro pide también ser convidado. Se trata, por tanto, de un tema rastreado en historias como la de Olimpiade y Nectanebo en la cultura griega, en versiones hindúes y árabes, en el Renacimiento o en los cuentos extremeños de Curiel Merchán.

En «El teatro como "furor jubiloso": un aspecto moderno de la tradición clásica» (pp. 935-943), **Aurelia Ruiz Sola** se pregunta qué conserva el drama del s. XX de la antigua tragedia y comedia griegas, por qué y para qué les sirve a los autores ese recurso en el nuevo contexto histórico-cultural. La autora distingue una serie de vías a través de las cuales se identifican los idealizados motivos griegos, como pueden ser el interés por conectar el teatro actual con los oscuros orígenes rituales de la escena y su condición festiva, popular y transgresora o la desmitificación mediante el humor. La obra de Francisco Nieva, en la que abunda lo dionisiaco, sirve de ejemplo a la investigadora.

Ángela Sánchez-Lafuente Andrés, en «El género gramatical en latín: teorías ergativistas» (pp. 945-952), platea, en primer lugar un estudio diacrónico desde el indoeuropeo al latín, atendiendo principalmente a la aparición de los géneros femenino y masculino, a la luz de la teoría ergativista. Como conclusión expone la autora que, frente a la dualidad lingüística e histórica, «convendría una distinción absoluta entre lo animado y lo inanimado, conseguida en algunas lenguas actuales como el inglés, en donde la distinción de género sólo se manifiesta en los pronombres. Como sabemos... el latín quedó a mitad de camino en esta cuestión».

El siguiente artículo, intitulado «El rapto de Helena en la literatura grecorromana» (pp. 953-962), a cargo de **Félix Sánchez Martínez**, aborda la figura de Paris en las fuentes conservadas. Así, a través de Dictys cretense, la *Eneida*, las obras de Homero, Ovidio y Heródoto, entre otros, el autor reconstruye la historia de Paris desde su nacimiento y, por ende, la de Helena.

En «La medicina filológica de Miguel de Villanueva» (pp. 963-972), **M^a Teresa Santamaría Hernández** aborda el estudio del Humanismo médico del s. XVI a partir de dos representantes de este movimiento, Miguel de Villanueva y Miguel Servet. Según la autora, el primero intentó conciliar el saber árabe y el procedente de la tradición griega, especialmente de Hipócrates y Galeno, pero sin desdeñar otros autores como Celso, Dioscórides y los médicos bizantinos, para lo cual resultaba imprescindible la comprensión de los textos.

Germán Santana Henríquez titula su aportación a este volumen conjunto, «Modalidades amoratorias en Hesíodo: Heterosexualidad, incesto, castración y zoofilia (I)» (pp. 973-980). Tras definir el término sexualidad y realizar un conciso resumen de su manifestación femenina en el mundo griego, aborda distintos detalles sobre este tema extraídos de la *Teogonía*: las uniones amorosas de Zeus y Mnemósine, Noche y Érebo, Europa y Zeus y la emasculación de Urano.

Carlos Schrader, en «El *pséfisma* de Temístocles (ML 23) y la estrategia ateniense en 480 a.C.» (pp. 981-987), realiza un concienzudo análisis de una estela descubierta por M. Jameson en Damala, el verano de 1959. Su contenido se apartaba de lo transmitido por las fuentes griegas del

s. V, por lo que propició que se escribieran ríos de tinta acerca de su autenticidad. El profesor Schrader, tras su estudio, concluye que el *Psefisma* de Temístocles es importante no como testimonio del s. V, sino como una muestra de la historia propagandística ateniense surgida en el s. IV (ca. 357-346). Una vez creada «la tradición sobre el *Psefisma*, la estela que nos ha llegado recoge, con una factura del s. III, dicha tradición».

En «Las celebraciones taurinas en Tesalia (s. V a.C.): documentos epigráficos, fuentes literarias e iconográficas» (pp. 984-994), a cargo de **Manuel Serrano Espinosa**, se presenta una completa investigación acerca de la *taurokathapsía*, en la que, mediante la utilización de textos literarios, especialmente Heliodoro y Artemidoro, los testimonios epigráficos de Asia Menor y Tesalia y la iconografía monetaria y pictórica, se describe el tipo de rito que se celebraba, desde el s. VII a.C., y cómo esta fiesta fue adaptada en Asia Menor.

Emilio Suárez de la Torre, en «A propósito de la inscripción délfica CID 9D 29-43» (pp. 995-997), propone un nuevo comentario a los versos citados, prestando especial atención a los términos *προθύω* y *προμαντεύομαι*, los cuales, según el autor, se refieren a las víctimas y ofrendas previas a la consulta del oráculo.

Las relaciones interculturales entre Occidente y Oriente es el tema elegido por **Sven-Tage Teodorsson**, en su «*Ex oriente lux, ex occidente dux*: griegos, cartagineses y romanos en contacto y conflicto» (pp. 999-1006). El profesor Teodorsson plantea la historia de Grecia desde el 2000 a.C. hasta la entrada de Roma en la política mediterránea, desde el punto de vista de las relaciones griegas y orientales, a partir de las cuales Occidente se enriquece culturalmente, pero también se ve amenazado por un poder que siempre aspira a dominar el Mar Mediterráneo. Finalmente, el investigador se pregunta qué hubiera pasado si Occidente hubiera sucumbido, tras una hipotética caída de Sicilia en poder cartaginés.

José B. Torres analiza, en «*Utraque lingua*. Autores romanos con obra en griego» (pp. 1007-1015), el proceso de helenización que vive el pueblo romano desde el s. III a.C. Como cristalización de este proceso, el autor destaca diez escritores que, siendo romanos de nacimiento, escribieron en griego: Quinto Fabio Pictor, Aulo Postumio Albino, Lucio Licinio Lúculo —cultivadores del mismo género en el período republicano—; Cayo Asinio Polión, Julio César Germánico, Plinio el Joven —cultivadores del mismo género y escritores de ocasión en griego—; finalmente, Lucio Aneo Cornuto, Cayo Musonio Rufo, Marco Aurelio y Claudio Eliano —escritores de escuela—.

En «La imagen de Zeus en Apolonio de Rodas» (pp. 1017-1035), artículo de **Mariano Valverde Sánchez**, se estudia la presencia de Zeus, en su conjunto, en las *Argonáuticas*, su papel en el desarrollo de la acción épica y los rasgos que caracterizan su figura y su imagen. Para esto, el autor comienza describiendo la posición y función que cumple Zeus en la religión griega y, posteriormente, en el poema helenístico. Tras el análisis realizado, se concluye que, aunque el Zeus de Apolonio de Rodas conserva las características de la divinidad clásica, «influye en el desarrollo de los acontecimientos sólo desde la distancia» y ha desaparecido completamente como personaje antropomorfo.

Luc Van der Stockt plantea, en «Education and public speech: Plutarch on aesthetics and ethics» (pp. 1037-1046), el problema de la educación, según la corriente de la segunda sofística, que promovía una autodefinición del individuo a través de una «nostálgica» confrontación con la Grecia Clásica. En esta situación emerge un modelo ideal: el conocedor del arte de los discursos públicos. Para este estudio, se realiza un profundo comentario de los testimonios de Plutarco, principalmente en *Moralia*. Éste, según el autor, sin desdeñar la enseñanza de la teoría retórica, pondera la importancia de los recursos intelectuales del orador, por lo que los alumnos necesitan una educación basada en los conceptos morales. Así, el modelo ideal de Plutarco no es tanto el que conoce la retórica, sino el conocedor de la filosofía.

En «Jenofonte y la *πολιτική τέχνη*» (pp. 1047-1057), **José Vela Tejada** investiga el concepto de política en Jenofonte, para lo cual parte de los antecedentes de que dispuso el autor ateniense. A continuación profundiza en las obras que abordan este tema, en concreto: *Hierón*, *Económico*, la *Constitución de los Lacedemonios* y *Ciropeia*. Las conclusiones que el autor refiere afirman que Jenofonte acepta ciertas ideas de Sócrates como la concepción de que la democracia ha demostrado su ineficacia al poner el poder en manos de incompetentes, o una propuesta de eco-

nomía basada en la autarquía económica y en la austeridad de gastos estatales. De este modo, enuncia su «Constitución ideal» que busca un equilibrio de poder, ejercido por las clases medias.

La obra se cierra con un trabajo a cargo de **Jesús de la Villa**, «Aristófanes, *Ranas* 1249 y la sintaxis de ἔχω» (pp. 1059-1066). En este artículo se discute una enmienda realizada por José García López en su edición, traducción y comentario de las *Ranas*. En concreto se refiere a ἔχω + οἷς o ὡς + subjuntivo o futuro. Mientras que los códices y la mayoría de los editores eligieron ὡς, el profesor García López propuso οἷς, pero a tenor de los paralelos dentro y fuera del *corpus* aris- tofánico resulta más plausible la opción de ὡς.

Tras estos breves resúmenes, que simplemente son los planteamientos principales de cada artículo, podemos afirmar que *Koinòs Lògos* es, sin duda, una obra conjunta de consulta valiosísima para todo investigador que quiera saber qué trabajos se están realizando en la actualidad dentro y fuera de nuestras fronteras. La calidad de los artículos es muestra de gran erudición, como no podía ser menos, al ser escritos por conocidos filólogos de la filología clásica europea. Asimismo, la variedad de los temas tratados permite descubrir el crisol de disciplinas que conforma la materia estudiada. No obstante, hay que dejar constancia de algunos inconvenientes de edición que dificultan la lectura de estos volúmenes. En primer lugar, destacamos el hecho de que los artículos no hayan sido organizados por materias, sino por orden alfabético, lo que complica la consulta, sobre todo al descubrir que tampoco se ha dispuesto un índice de obras y autores citados, tanto antiguos como modernos, o tópicos y temas comunes. Igualmente útil habría sido incluir al principio de cada trabajo un breve resumen o *abstract* con la descripción de la materia que se va a tratar, pues en ocasiones, como se ha visto, la materia desborda la breve alusión del título. Finalmente, siendo un detalle de menor importancia, se advierte que el tipo de notas a pie de página y las citas bibliográficas no siguen un patrón determinado, lo que no favorece la homogeneidad de los volúmenes. Con todo, no podemos sino agradecer de nuevo que obras de esta índole, cuyo valor es inmenso, vean la luz, y unirmos al sentido homenaje que todos los autores han dedicado al «Maestro» José García López.

Israel MUÑOZ GALLARTE
Universidad de Córdoba

GALENO. *Sobre la composición de los medicamentos según los lugares. Libro II*. Introducción, traducción, notas e índices por Germán Santana Henríquez, Las Palmas de Gran Canaria: Servicio de Publicaciones de la Universidad de las Palmas de Gran Canaria, 2005, 157 pp.

Santana Henríquez nos presenta en este libro la primera traducción a una lengua moderna del tratado de Galeno *Sobre la composición de los medicamentos según los lugares* (libro II).

Esta primera traducción a una lengua accesible para el lector actual, resultaba indispensable en el caso de una obra que despertó gran interés científico en la antigüedad siendo traducida en repetidas ocasiones al latín, en ediciones como la de Basilea: Froben (1549) o la de Venecia: Juntas (1565), y al árabe, bajo el título de *Kitāb al-Mayāmir*.

El autor que sigue naturalmente la edición de C.C. Kühn, *Claudii Galeni Opera Omnia* (volumen XII, pp. 498-598), Hildesheim, 1964-1965, (reimpresión de la ed. de Leipzig, 1821-1833) nos ofrece en paralelo el texto griego y su traducción al castellano. En cuanto a la traducción latina que encontramos en la edición de Kühn, Santana Henríquez ha preferido no ofrecerla por no parecerle fiable, aunque admite haberla tenido en cuenta. Como es sabido, las traducciones latinas que Charterius (París 1639) incluyó en su edición de Galeno, y que después colocó Kühn a su vez, no se corresponden con el texto griego de las ediciones griegas renacentistas, que ambos recogen.

No se trata, pues, de una edición del texto griego sino de una traducción al español que ofrece al lector la interesante posibilidad de ir cotejándola con el texto griego al uso.

El tratado *De compositionem medicamentorum secundum locus* es, con *De simplicium medicamentorum temperamentis ac facultatibus* y *De compositione medicamentorum per genera*, uno de los tratados específicamente farmacológicos que escribió Galeno. En esta obra, el autor realiza un iti-

nerario, *de capite ad calcem*, por las diferentes partes del cuerpo humano, citando los remedios adecuados según la localización de la dolencia.

Esta concepción de la terapéutica, con una farmacia específica para cada órgano, es consecuencia lógica del pensamiento fisiológico de Galeno, en el que cada parte del cuerpo tiene una función y unas facultades que le son propias.

En el libro II de este tratado Galeno ofrece diferentes remedios contra el dolor de cabeza, teniendo en cuenta sus diferentes causas (insolación, embriaguez, dolor de estómago). El autor, que comienza el tratado criticando los métodos de los que tratan el dolor sin conocer su causa, no duda en alabar y recopilar, diferentes tratamientos de otros quince médicos, entre ellos Apolonio, Arquígenes o Antígono.

A lo largo de los tres capítulos que dividen este libro, podemos apreciar no sólo la complejidad y variedad de los fármacos, normalmente compuestos, utilizados por Galeno, sino también su precisa administración que variaba dependiendo de en qué momento de la crisis se empezaba a tratar el dolor.

El tratado, que bien podría ser una obra moderna de recetas homeopáticas para aliviar el dolor de cabeza, encuentra una traducción fiel, en ocasiones, más cercana en su sintaxis a la lengua de origen que a la de llegada, de la mano de Santana Henríquez.

La traducción se ve completada por una introducción donde el autor trata el estado de la cuestión en lo que a ediciones y traducciones de textos médicos antiguos se refiere, planteándonos la problemática de la traducción de textos antiguos y los principios en los que él mismo se ha basado para traducir este tratado. La introducción ofrece también una pequeña biografía de Galeno y repasa sus teorías médicas en lo que a anatomía, fisiología, enfermedad y terapéutica se refiere.

Tras la traducción, dos índices, una de nombres propios y otra de nombres de plantas, vienen a completar este trabajo.

Ana María GONZÁLEZ MARTÍN
Universidad Complutense de Madrid

Eugenio PADORNO y Germán SANTANA HENRÍQUEZ (eds.): *El Cuerpo*, Gran Canaria, Universidad Las Palmas de Gran Canaria, 2005, 197 p.

Este volumen colectivo recoge las intervenciones llevadas a cabo por los ponentes del seminario «El Cuerpo», celebrado en la ciudad de Arucas del 25 al 29 de octubre de 2004.

El concepto de cuerpo es abordado en siete trabajos heterogéneos que ponen de relevancia tanto la amplitud de significados de esta palabra como las distintas disciplinas desde las que se puede realizar su estudio.

Germán Santana Henríquez, editor del texto junto a Eugenio Padorno, comienza su trabajo «El cuerpo en la medicina griega imperial. Sobre los dolores de cabeza en Galeno» con una breve introducción general al tema del seminario en la que repasa las diferentes concepciones del cuerpo a lo largo de la historia.

Tras esta presentación, el autor nos pide que «volvamos al siglo II de nuestra era» para examinar el concepto de cuerpo y medicina a través de los textos de Galeno. El estudio se divide en tres partes principales que corresponden a las bases de la medicina griega antigua: El funcionamiento del cuerpo humano, a través de su anatomía y la teoría de los cuatro humores, la enfermedad, provocada por causas internas o externas, y la terapéutica. Los fármacos utilizados en esta terapéutica son descritos prolijamente por el autor, en especial, aquellos citados en el tratado de Galeno «Sobre los dolores de cabeza» a los que dedica la última parte del estudio.

Antonio María Martín Rodríguez, por su parte, rastrea en los textos latinos el ideal de belleza femenina en la Roma clásica.

En «Eres alta y delgada: estereotipos de la belleza femenina en la literatura romana» el autor recopila textos de autores como Ovidio, Propertio o Catulo donde se hace referencia a partes del cuerpo de la mujer.

La alabanza de determinados atributos, como la piel blanca, una estatura alta o el pelo rubio, y el vituperio de otros, como el exceso de peso, los andares toscos, o las manos grandes, configuran progresivamente un estereotipo de belleza que no dista de aquel del Renacimiento.

El autor define, pues, no solo el ideal de belleza femenina en la literatura romana, sino también la perduración de éste a lo largo de la historia.

Jonathan Allen en «El cuerpo: vehículo del ideal» enfoca desde un punto de vista artístico la concepción de cuerpo.

Allen estudia las recreaciones de los cuerpos humanos como ideales de belleza desde la prehistoria hasta la actualidad, señalando la similitud de estos modelos artísticos a lo largo de la historia así como sus distintos usos político-sociales.

El ideal de un cuerpo masculino joven y atlético como el de los kouroi griegos o las representaciones clásicas de Apolo nos conducen a las pinturas de los caballeros medievales, al David de Miguel Ángel y a algunas imágenes renacentistas de Cristo.

El atormentado Laoconte, por su parte, se refleja en los dramáticos Cristos manieristas.

El autor estudia, de un modo más resumido, el ideal de belleza femenino, la Venus clásica, y sus diferentes connotaciones en la historia del arte.

Ramón Díaz Hernández nos presenta en «El cuerpo en la percepción geográfica» un estudio sobre las relaciones del cuerpo y su entorno de inspiración fenomenológica. El trabajo que nos introduce en la geografía de corte fenomenológico existencial, pone en evidencia la subjetividad de la geografía tradicional que entiende la realidad física como única. El autor entiende que existe otra realidad, además de la física, en la mente de cada sujeto, formada por imágenes mentales y esquemas cognitivos y mentales propios, que da lugar a los diferentes sentimientos del hombre por su entorno.

El autor analiza además un poema de Domingo Rivero «Yo, a mi cuerpo», de corte existencialista y fenomenológico, donde el cuerpo es concebido como un contenedor material del alma.

Jorge Rodríguez Padrón, por su parte, analiza en «El cuerpo dormido» la representación del cuerpo en el poema «Primer Sueño» de sor Juana Inés de la Cruz. El autor, que va cotejando su estudio con otros comentarios del mismo poema hechos por Octavio Paz o Pedro Álvarez de Lugo, señala la unión de lo místico y lo científico en la descripción del cuerpo que duerme.

Rodríguez Padrón analiza con especial interés la diferencia entre el vocabulario mítico, utilizado para referirse al viaje del alma y el prolijo vocabulario científico utilizado para describir los procesos del cuerpo durante el sueño y su estado al despertar.

Belén González Morales estudia en «Cuerpo y Creación. Soledad de Unamuno» la metáfora de la literatura como alumbramiento. La creación, dolorosa física y anímicamente, es comparada al parto y con ello unida a la idea de maternidad.

La autora analiza en la obra Soledad, el papel de Unamuno como Dios padre-madre de sus personajes, a los que da vida a través de su dolor y ánima a través de la palabra, enraizándose así en la idea de la trascendencia hebreo-cristiana.

Eugenio Padorno, en el último trabajo de este estudio «el cuerpo excelente conductor de poesía y herramienta de la historia» se refiere al cuerpo como hombre y al hombre como poeta.

El autor no realiza pues un estudio sobre el concepto de cuerpo en ninguna de sus posibles vertientes, sino una reflexión sobre la relación que poeta y lector mantienen con la obra poética.

Padorno, como poeta, explora su propio mundo analizando el entorno del autor, sus momentos de creación y sus sentimientos al finalizar una obra.

Ana María GONZÁLEZ MARTÍN
Universidad Complutense de Madrid

Andrés LAGUNA, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos. Edición facsímil de 1566 con estudios introductorios de Pedro Laín Entralgo, Juan Riera Palmero, Francisco Javier Puerto Sarmiento, Aurora Miguel Alonso, Juan Esteva de Segrera y Juan Luis*

Tamargo Menéndez. Biblioteca de Clásicos de la Medicina y de la Farmacia Española, Fundación de Ciencias de la Salud, [Madrid], 2005.

La Fundación de Ciencias de la Salud ha puesto en manos de unos pocos afortunados una reimpresión, que no se encuentra de venta al público, de su edición del Dioscórides de Andrés Laguna, de la cual se publicaron en 1999 ochocientos ejemplares numerados con motivo de la conmemoración del quinto centenario del nacimiento del célebre médico segoviano. La obra se halla incluida en la Biblioteca de Clásicos de la Medicina y de la Farmacopea Española, colección que contiene exclusivamente facsímiles.

El Dioscórides de Laguna dejó de publicarse en el siglo XVIII, momento en el que pierde su valor práctico al verse remplazado por otras obras farmacéuticas más modernas. El siglo XX, sin embargo, ha visto renacer el interés por esta obra, que resurge principalmente a partir de motivaciones filológicas o relacionadas con la Historia de la Farmacia. Esta atención que de nuevo se le presta se traduce en la aparición de ediciones:

–Edición crítica basada en el texto de Salamanca 1570, en el tercer volumen de César Dubler, *La Materia Médica de Dioscórides: transmisión medieval y renacentista*, Barcelona, 1953-1959, 6 vol.

–Facsímil de Salamanca 1566, del Instituto de España, Madrid, 1968, 2 vol.

–Facsímil de Salamanca 1566, de Ediciones de Arte y Bibliofilia, Madrid, 1983.

–Facsímil de la edición especial de Amberes 1555 hecha para el futuro Felipe II, de la Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad de Madrid, Secretaría General Técnica, Madrid, 1991.

–Facsímil de Salamanca 1566, de MRA Creación y Realización Editorial, S.L., Barcelona, 1994, 2 vol.

–Facsímil de Valencia 1677, de Roig Impresores, [Valencia], 1996.

La edición de la Fundación es la séptima y última de esta lista. Como se puede comprobar, sigue el camino trazado por la mayoría de sus predecesoras en cuanto a la forma facsimilar (hasta ahora, sólo César E. Dubler ha hecho una edición crítica del texto), pero se desmarca por el formato elegante de su único volumen, con el que sólo puede competir la lujosa edición de la Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad de Madrid: el largo del lomo es de 28, 8 cm., las tapas son duras; las hojas, de papel excelente con un tono ligeramente satinado.

El facsímil propiamente dicho se encuentra precedido de una serie de seis estudios cuya paginación se establece en números romanos. El primero de ellos se titula «Andrés Laguna» (pp. XIII-XXI) y su autor es el ya fallecido Pedro Laín Entralgo, entre cuyos muchos méritos podemos destacar el de ser catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad Central de Madrid, rector de la misma (entre 1950 y 1954) y presidente de la Real Academia Española (de 1982 a 1987). Este mismo texto ya fue publicado anteriormente con el título «Andrés Laguna y la medicina del Renacimiento» en la edición de la Secretaría General Técnica de la Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad de Madrid. Tras una presentación y una breve introducción acerca del humanismo y su relación con la medicina renacentista, el autor desarrolla un estudio centrado en la obra de Andrés Laguna, dividiéndolo en apartados de poca extensión cuyos títulos resumen bien su contenido: «Laguna, Galenista», «Laguna, anatomista», «Laguna, clínico y epidemiólogo» y «Laguna, farmacólogo». En la conclusión se destaca el papel fundamental que jugaron los humanistas como Laguna a la hora de transformar la medicina en una ciencia moderna.

El segundo artículo lleva por título «Estudio bio-bibliográfico de Andrés Laguna» (pp. XXIII-XLIV) y está firmado por Juan Riera Palmero, catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Valladolid. Comienza con un resumen comentado de la bibliografía existente sobre el médico segoviano, al que sigue la sección biográfica «Vida de Andrés Laguna», que da paso a su vez al desarrollo central del estudio. Éste está constituido por una serie de apartados que tratan sobre la obra del eminente doctor, haciendo especial hincapié en el aspecto filológico: «Laguna, humanista», «Laguna, humanista: ediciones de Hipócrates y Galeno», «Laguna: opúsculos y tratados», «Historia natural y materia médica: el Dioscórides» y «Laguna y el Viaje de Turquía». El trabajo se cierra con una lista bibliográfica. A pesar de que encontramos cierta parte de los contenidos aquí expuestos plasmados igualmente en el texto de la ponencia «Andrés Laguna y el galenismo renacentista», del mismo autor (en *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa renacen-*

tista. Congreso Internacional. Segovia, 22-26 de noviembre de 1999, Junta de Castilla y León, 2001, pp. 161-177), no cabe duda de que los dos estudios son originales y diferentes el uno del otro (con la excepción de la bibliografía que acompaña a ambos, que es la misma).

El tercer estudio es obra de Francisco Javier Puerto Sarmiento, catedrático de Historia de la Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid, y se titula «Felipe II y la sanidad» (pp. XLV-LXXV). La introducción es una descripción de la condición física y de salud que presentó Felipe II en distintas etapas de su vida, lo cual nos da una idea del talante general de este trabajo, que se aparta de la cuestión filológica y de la obra de Andrés Laguna para introducirnos en un interesante análisis sobre la relación del monarca con los médicos y, en general, con el mundo de la sanidad: «Los guardianes de la salud real», «El influjo regulador de Felipe II sobre la formación de médicos, cirujanos y boticarios», «Las características intelectuales y personales de los sanitarios», «Una legión de científicos al real servicio», «Las innovaciones en la asistencia sanitaria», «Un médico comprometido con la política cultural de Felipe II», «La terapéutica en la corte de Felipe II» y «Los medicamentos para el rey» son las secciones que componen este estudio. Las abundantes referencias bibliográficas a pie de página suplen la carencia de una lista bibliográfica.

El cuarto estudio lleva por título «Las ediciones de la obra de Dioscórides en el siglo XVI. Fuentes textuales e iconográficas» (pp. LXXVII-C), y su autora es Aurora Miguel Alonso, doctora en Historia del Arte y directora de la Biblioteca de la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid. La presentación expone las innovaciones que aportó Andrés Laguna en su versión de la obra de Dioscórides y reivindica la actualidad de la misma, además de servir como introducción al desarrollo del estudio propiamente dicho. Éste consta de varias secciones cuyos títulos resumen perfectamente los contenidos: «Las ediciones de la obra de Dioscórides en el primer siglo de imprenta», subdivida en «Ediciones griegas y bilingües», «Traducciones latinas» y «Traducciones en lenguas vernáculas»; «La ilustración botánica renacentista. Su evolución durante la primera mitad del siglo XVI», y «La obra *Acerca de la materia medicinal* de Andrés Laguna, y sus fuentes textuales e iconográficas. Historia de sus ediciones en Flandes y en España», que contiene a su vez los apartados «Descripción de la Materia Medicinal de Dioscórides-Laguna», «Fuentes textuales e iconográficas» e «Historia de las ediciones en Flandes y España». Se añaden por último varias relaciones cronológicamente ordenadas de las «Ediciones de los siglos XVI y XVII citadas en el texto», a saber, «I. Obras de Dioscórides en griego y edición bilingüe», «II. Obras de Dioscórides en versión latina», «III. Ediciones y comentarios en lenguas vernáculas», «IV. Herbarios» y, para terminar, «V. Ediciones facsimilares del Dioscórides-Laguna». Cierra el estudio una bibliografía.

Juan Esteva de Sagra, catedrático de Historia de la Farmacia de la Universidad de Barcelona, es el autor del quinto estudio, titulado «La materia medicinal de Dioscórides y la farmacia» (pp. CI-CXIX). Abandonamos de nuevo el punto de vista filológico para centrarnos en la Historia de la Farmacia. El artículo se divide en tres partes. La primera, «Los fundamentos teóricos del empleo del fármaco en la Antigüedad clásica», describe la teoría griega del humorismo, el concepto de medicamento y el de enfermedad, y las dos posturas básicas de la medicina clásica ante el elemento patógeno: la modificación y la expulsión. La segunda, «La compilación de Dioscórides», describe principalmente la teoría farmacológica implícita en la obra, a saber, aquélla que antepone los medicamentos simples a los compuestos y el principio de la terapéutica correctiva frente a la expulsiva, lo cual, según el autor, acerca la postura de Dioscórides a las ideas vigentes en la actualidad. La tercera y última parte, «Repercusión de la Materia Médica de Dioscórides en Galeno y autores posteriores», da un rápido repaso a la recepción e influencia de la obra en Occidente, mientras que se detiene con detalle en el mundo árabe. Las referencias bibliográficas pueden hallarse tanto a pie de página como listadas al final.

El sexto y último estudio, titulado «Tras la huella de Dioscórides» (pp. CXXI-CLV) es obra de Juan Luis Tamargo Menéndez, catedrático de Farmacología de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid. Se trata de un trabajo extenso de carácter farmacológico en el que podemos distinguir claramente dos partes en cuanto a su contenido, aunque éstas no se hayan separado formalmente en el texto: la primera, la más breve, gira entorno a Dioscórides y su obra, y la segunda consiste en una serie de consideraciones sobre los fármacos de origen vegetal en la actualidad. Los títulos de los distintos apartados que configuran el estudio son los siguientes: «¿Qué nos enseñó Dioscórides», «¿Qué sobrevive de las enseñanzas de Dioscórides?» (hasta

aquí, la primera parte), «Los remedios vegetales», «Nuevos fármacos de origen vegetal», «La investigación de los productos naturales: una tarea ardua y difícil», «El nuevo auge de la Fitoterapia», «Los mitos de la Fitoterapia», «El problema de los remedios herbales», «¿Cuál es la incidencia y la gravedad de las reacciones adversas de los remedios herbales?», «Hacia una nueva ética de la información de los remedios herbales», «Importancia del uso racional de medicamentos», «Los grandes olvidados: los productos de origen marino», «Los productos de origen animal», y «Perspectivas futuras». Al final se añade una bibliografía.

Terminan aquí los preliminares, que, como hemos visto, combinan con maestría el aspecto filológico con el farmacológico, dando así una perspectiva amplia de las distintas dimensiones del texto que puede interesar a los lectores formados en cualquiera de las dos disciplinas.

A continuación comienza el texto facsimilar, que reproduce la edición de Salamanca, 1566. A propósito de las ediciones de esta obra, se sabe a ciencia cierta que se hicieron varias antes del siglo XX, pero hasta hoy se sigue dudando de cuántas y cuáles fueron. De las diecinueve distintas ediciones que se han llegado a proponer, se puede comprobar únicamente la existencia de las diez que nombra César Dubler en *La materia médica de Dioscórides: transmisión medieval y renacentista*, a saber: Amberes, 1555; Salamanca 1563, 1566, 1570 y 1586; Valencia, 1636, 1651, 1677, 1695; y Madrid, 1733. La aparición de ediciones fantasmas tiene una explicación fundamental, que ejemplifica bien el caso de la supuesta edición de 1635: basta con que a un ejemplar de 1636 se le pierda la portada para que inmediatamente se date en 1635, porque éste es el año más tardío que aparece en los preliminares. Y en cuanto un librero hace esta datación errónea, la equivocación se perpetúa, porque posteriormente se citará al librero en cuestión sin comprobar previamente su información.

La elección de un original de 1566, por la que también se han decantado mayoritariamente los editores de los facsímiles anteriores, está bien justificada desde un punto de vista filológico, puesto que el resto de las ediciones originales conocidas presentan los siguientes problemas:

—La primera, publicada en Amberes en 1555, carece de ciertos pasajes que Laguna debió dejar escritos para que se incluyeran posteriormente, lo cual se hizo a título póstumo a partir de la segunda edición.

—Las del siglo XVII presentan numerosos recortes de la censura inquisitorial y acusan fuertemente el progresivo deterioro del texto original en lo que a erratas se refiere.

—La del siglo XVIII (Madrid, 1733) añade las aportaciones de un tercer comentarista, el doctor Suárez de Ribera, por lo que se desvirtúa la obra tal como la concibió Laguna.

Además, la elección de un ejemplar del siglo XVI resulta también acertada por lo que a las ilustraciones se refiere, ya que los tacos con las que se hicieron son los originales, condición que no cumplen las ediciones posteriores. En efecto, contrariamente a la versión comúnmente aceptada hasta hoy por todos los estudiosos, que afirma que siguieron utilizándose los mismos tacos de las ilustraciones desde la primera edición hasta la de 1695, hemos podido comprobar que en realidad se cambiaron en la primera edición del siglo XVII. Así lo reconoce incluso el propio editor de Valencia 1636, que en la nota que dirige al lector afirma haber sufragado los gastos de refección de los tacos, puesto que los viejos estaban ya prácticamente inutilizables. Las diferencias entre las ilustraciones de una edición del siglo XVI y otra del XVII son pequeñas, pero se pueden percibir a simple vista. En cuanto a las ilustraciones del siglo XVIII, cambian completamente respecto a las originales: ya no son xilografías, sino calcografías, y su tamaño se reduce considerablemente, pues pasan de intercalarse con el texto a razón de una o dos por página a agruparse en láminas, albergando cada una de ellas unas dieciséis figuras aproximadamente.

La mejor opción es, por lo tanto, la que la Fundación la elegido: reproducir alguna de las ediciones del siglo XVI.

En general, se puede decir que, tanto por lo completo y abundante de sus estudios preliminares como por el detalle y el cuidado puestos en su presentación, este facsímil de la Fundación de Ciencias de la Salud es uno de los mejores que hasta ahora se han hecho de la obra de Dioscórides-Laguna.

María Luisa ALÍA ALBERCA
Universidad Complutense de Madrid